

EL ESPAÑOL

3 Ptas.

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 14 - 20 abril 1957 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - Il Epoca - Número 436

LA SEMANA DE MAS ALTO NIVEL

UN AÑO DE
PREPARATIVOS
PARA SIETE
DIAS UNICOS
EN EL MUNDO

LA FE, EL ARTE Y
LAS COSTUMBRES
DE LAS CINCUENTA
PROVINCIAS
ESPAÑOLAS

Entrevista con Cerezo y Muñoz Campos, pág. 10 * El general Speidel, comandante en jefe de las fuerzas centroeuropeas de la Otan, página 13 * Nueva ley para nuevos bosques, pág. 17 * Crónica viajera por Ibiza, pág. 22 * VIII Salón de Humoristas, pág. 32 * «El problema de los milagros», por Jean Chermite, pág. 46 * El hockey, un deporte sin nómina, pág. 50 * Entrevista con don Wifredo Ricart, página 55 * «Recurso supremo», novela por Domingo Manfredi Cano.



**NUNCA SABRIA!
POR QUE!**

Cuando leyó la noticia «Próxima boda de la señorita...» apenas podía dar crédito a sus ojos. Lo que creía un enfado pasajero era una ruptura. Ella le abandonaba definitivamente. ¿Por qué? No lo sabría nunca. Y en realidad sólo había un motivo... **HALITOSIS**

Ni las más excepcionales cualidades de una persona pueden hacer tolerable su compañía, si padece halitosis (fetidez de aliento). Y lo peor es que ella no se entera ni los demás se atreven a decírselo.

Enjuáguese mañana y noche con Antiséptico LISTERINE. Evita y combate la halitosis por el procedimiento más seguro y eficaz: eliminando los gérmenes causantes de la halitosis.

**ANTISEPTICO
LISTERINE**

PURIFICA EL ALIENTO

CONCESIONARIOS: FEDERICO BONET, S. A. - INFANTAS, 31 - MADRID



C. S. 14.242

Complete la higiene de su boca usando **CREMA DENTAL LISTERINE** con **ACTIFOAM**, la penetrante espuma activa antienzimática que limpia profunda y completamente.



LA SEMANA DE MAS ALTO NIVEL

UN AÑO DE PREPARATIVOS PARA SIETE DIAS UNICOS EN EL MUNDO

LA FE, EL ARTE Y LAS COSTUMBRES DE LAS CINCUENTA PROVINCIAS ESPAÑOLAS

TODO el actuar de un año se condensa en siete días, expresión íntima y, al propio tiempo, externa del sentimiento.

Cuando concluyen los últimos ecos del Domingo de Resurrección ya se está pensando y diseñando lo que ha de caracterizar la próxima Semana Santa. En la cofradía, en la parroquia, en el Ayuntamiento, en el hogar, el comentario es siempre el mismo: «Este año ha estado mejor que el pasado. Tenemos que superarnos para hacerlo mejor». Y se habla de un paso nuevo, de un mejor ornato para el Monumento, de un nuevo itinerario que haga resaltar mejor todo el conjunto procesional. Desde el primer momento, y sin perder un solo minuto, hay que ponerse manos a la obra.

Se buscan amistades. Se insiste. Se ruega. Hay que recurrir al amigo del imaginero para que el paso que se esperaba no falte el próximo año. En las parroquias, los feligreses se ofrecen e indican quiénes poseen excelentes jarrones de cobre o viejos candelabros que hagan lucir con más esplendor el Monumento. Y con meses y meses de antelación, se encargan montañas y montañas de flores.

Y desde la provincia o el pueblo se recurre al señor acomodado para que no se olvide de sus paisanos y colabore en la reparación del «Ecce Homo» o la «Sagrada Cena». Y se insiste con ese «gran» actor aficionado, un poco apático, para que se preste a actuar en las representaciones populares de los dramas de la Pasión. Y el humilde tallista o el ebanista distraen horas al sueño para poder participar con su artesanía en la victoria del sentimiento de su pueblo.



Al atardecer, las sombras de los encapuchados se estiran como una larga plegaria

Todo es un auténtico pregón, más eficaz y natural que las palabras bonitas, a las que no hay que regatear méritos, pero que no tienen la fragancia del hecho mínimo, sencillo y las más de las veces anónimo, pero que es el verdadero protagonista de la Semana Santa española.

AFAN COTIDIANO DEL PUEBLO

A dos pasos de los días mayores del año, asomarse a cualquier capital andaluza significa ser testigo de un grandioso «traller» cofradiero. A cualquier capital y a cualquier aldea, por serrana que parezca. Cuando menos se piensa, en un rincón olvidado durante los restantes días del año, hay una animación desusada. Animación por partida doble. Unos se afanan y otros son espectadores.

Al repique de las herramientas que van perfilando los tronos procesionales, cada uno de los devotos de su cofradía se asoma a diario mientras se dirige a su ocupación. Va a ver cómo adelantan las obras. Va a discutir con los albaceas la conveniencia de que sean tres hileras en lugar de dos las que convienen al trono de su Cristo, que tiene mucho que

hacer hablar a la cofradía de la parroquia de al lado.

En una calle sin salida, bajo un toldo gigante que resguarda de la posible lluvia y de la excesiva curiosidad, Nuestro Padre Jesús de Viñeros, el Cristo de la Buena Muerte y Nuestra Señora de la Soledad, el Santísimo Cristo de la Sentencia y María Santísima de la Soledad —tantas advocaciones piadosas como devociones populares—, están preparados en sus tronos, esperando su día y recorrido.

Málaga, Sevilla, Granada, Almería, todas las capitales andaluzas, viven un calendario especial: los siete días de la Semana Mayor. Durante otros siete días anteriores empiezan los preparativos. En cada una de las capitales la Agrupación de Cofradías celebra la tradicional cuestión anual Pro Semana Santa. De ese modo se recaudan los fondos con los que se atienden, en parte, los cuantiosos gastos que producen los desfiles procesionales. Está a las puertas el domingo de Pasión.

Mientras tanto, cada cofradía va anunciando sus preparativos y dando a conocer a los hermanos algunas advertencias necesarias. Los itinerarios se prevén con mu-

cho tiempo de antelación. Durante la semana de Pasión, el acontecimiento de los traslados figura una Semana Santa en pequeña escala. De cada una de las sedes, donde las imágenes procesionales han permanecido durante casi todo el año, se realiza el traslado al lugar señalado para el comienzo del desfile, que tiene lugar, casi siempre, por la mañana, en medio de una devoción singular: el Rosario de la Aurora. Acompañan los Hermanos Mayores, los secretarios, las camareras, los hermanos de la cofradía y sus familiares.

Ya se decide el pueblo por sus votos y sus promesas, por sus «velas», y la Agrupación de Cofradías organiza la tanda de sillars que durante siete días quedan apostadas en las calles de los recorridos para ser usadas durante cuatro o cinco horas de la noche.

Uno de los acontecimientos previos a la Semana Mayor son los repartos de túnicas a los hermanos y penitentes de las cofradías. Se anuncia en el periódico, se transmite la noticia por la radio, mientras un devoto no tiene inconveniente en lanzar su saeta entre los amigos. Luego, en el día del desfile, la oír el mismo Cristo de la Salud y Nuestra Señora del Refugio, de la parroquia de San Bernardo, de Sevilla; Nuestro Padre Jesús del Soberano Poder, en su «Prendimiento»; María Santísima de Regla y San Andrés Apóstol, también de Sevilla, de la capilla de San Andrés.

O el Cristo de la Buena Muerte, de Mena, en Málaga, guardado fielmente por los marciales legionarios, mientras el pueblo cae en el silencio de una oración, de un ruego, o en el simple mutismo que producen las cosas sacramentales.

O la Soledad del Calvario granadina, que sale de la iglesia de San Juan de Letrán sacada por la cofradía de los ferroviarios, y que se titula majestuosamente Santísimo Cristo de la Buena Muerte y Nuestra Señora del Amor y el Trabajo.

Para todos los pasos —calle de las Sierpes, barrio de la Matarena, calle de Larios, alameda del Generalísimo, calle de los Reyes, ora se trate de una u otra ciudad andaluza—, para cada uno de los tronos, hay una saeta especial que fué ensayada con cariño durante mucho tiempo. Luego, cuando el trono de su devoción, su cofradía —su Cristo—, pase a su vera, el devoto cantará su saeta.

LA SEMANA SANTA VI- VA: PROTAGONISTAS ALDEANOS

Cuando ya las ciudades, las capitales andaluzas, tienen a punto sus pasos tradicionales y sólo se espera a la Semana Mayor del año, las aldeas —por muy serranas y quizá a fuer de serranas— llevan a cabo su estilo procesional. Es decir, algunas aldeas de algunas provincias apartadas. Donde menos se podía esperar. Salta a la vista que estos lugares pequeños no se quieren quedar atrás. Y lo hacen de un modo singular.

Tan singular como sus pocas posibilidades de tronos suntuosos y desfiles orientales. Hacen su

Semana Santa viva. Es decir, dejan a un lado el arte, que en este caso es muerto, y personalizan a los protagonistas de la Pasión. Los mismos campesinos son esos protagonistas. Por eso, en esta Semana Santa de algunas aldeas —Moclínejo, en Málaga, por ejemplo— no hay que ver más que buena voluntad. Hay que dejar a un lado, en primer lugar, el lenguaje con que se repiten un año y otro las sacrosantas palabras y los hechos por los que se redimió a la Humanidad va para dos mil años.

Los campesinos tienen su papel. Uno de ellos «hace de Jesús». Otro, de Pilatos, y los restantes, de cada uno de los personajes que intervinieron en el mayor drama humano. No es extraño, por consiguiente, oír, en plena representación viva de la Pasión, algunas locuciones como ésta:

—¿Eres tú Jesús el Manzanero?

Depués, las escenas se van sucediendo como en otra calle de la Amargura. En Ricogordo, un pueblecito malagueño perdido entre las sierras de Cólmenar, donde comienza ya el declive hacia el interior de los montes de Málaga, la Pasión vive todos los personajes, con sus locuciones especiales, con sus altos caprichosos pero lógicos y con un gran sentimiento y devoción de los protagonistas. Allí, los personajes vivos de la Pasión se muestran llenos de su papel, y ese papel se transmite de generación en generación. Los padres se encargan de transmitirlo a sus hijos, y así de generación en generación.

María Magdalena, Poncio Pilatos, el apóstol San Juan, los soldados romanos, todo se complementa para traer a una aldea de poco más de tres mil habitantes veinte siglos de historia y una historia de hace veinte siglos.

Y en los pueblos ya mayores, el mismo no descansar, el mismo deseo de superación.

En los «cuarteles» de Puente Genil, los hermanos velan los ropajes y los «martirios». Después, en las procesiones, las inmóviles posturas, horas y horas seguidas, darán testimonio de la viva presencia.

SOBRIEDAD CASTELLANA

En Castilla todo es esencial: perfil, paisaje, palabra, sentimiento. Nada se remienda con adornos: lo accesorio no existe. Igual da que se trate de Burgos que de Cuenca. Lo mismo siente Medinilla de Rioseco que Madrigal de las Altas Torres, Socuéllamos, Illescas o Castorgeriz. Alguno de estos nombres, tal vez, no correspondan a lo que suele llamarse Castilla, pero la geografía del sentimiento es muy amplia y no distingue ni delimita excesivamente. Por eso, la Semana Santa castellana —mejor sería denominarla del Centro— abarca algo más que las dos Castillas, y se desparrama por las llanuras manchegas y parte de Aragón.

Aquí, como en el resto de las regiones, el fervor y el entusiasmo no tienen solución de continuidad.

Unas veces es la preocupación por un paso nuevo. Otras, por la creación de una cofradía más. Otras, por llevar a efecto el cum-

plimiento de una promesa. Laীগadura del pueblo castellano con esta máxima fiesta religiosa es siempre muy variada.

Cuenca, desde el Lunes Santo, espera el acontecer insólito que puede producirse en un instante cualquiera. Una expectación en los conguenses no se reduce solamente a los días de la Semana Santa. Viene de todos los días del año, porque todo el año es preparación. Retoque de las imágenes. Arreglo del Monumento para superar el del pasado año. Y con igual entusiasmo se trabaja en las parroquias del centro, donde los medios arteriales son mayores que en las más humildes iglesias de los barrios apartados.

Desde la procesión de las palmas del Domingo de Ramos al desfile procesional del Domingo de Resurrección, el alma de los conguenses no está pendiente de otra cosa más que del esplendor de sus imágenes y pasos.

Y si los niños se entusiasman con el paso de «La borriquilla»

—Jesús entrando en Jerusalén—, sus ojos ya quedan también a la espera del año próximo para ver de nuevo esa «borriquilla» que se va tambaleando por las calles planas de la Ciudad Encantada.

TAMBORADAS Y TROM- PETAS POR ARAGON Y LA MANCHA

A lo largo de todo el año, en Hajar, allá por tierras de Teruel, hay un grupo de hombres, los «auroros» o «cantores de la aurora», que en el amanecer de los días festivos del año se lanzan a la calle para la salmodia del Rosario de la Aurora. Haga frío, lluvia o nieve, nada puede quebrantar la constancia y la entrega de esos hombres de espíritu elevado y cuerpo rudo que un día y otro se sacrifican por mor del privilegio que se les concede en la madrugada del Viernes Santo.

Porque la Semana Santa de Hajar posee características muy peculiares, que se sintetizan en la «Tamborada». Hasta iniciado el primer segundo del Viernes Santo no puede oírse en el pueblo un solo tambor.

En la noche del Jueves al Viernes nadie piensa en dormir. Y ya una hora antes de las doce de la noche la gente se lanza a la calle. Los tercercos, con sus regras túnicas y el correspondiente tambor, deambulan de un lado a otro. A medida que se aproxima la medianoche, el silencio se va imponiendo. Todos los oídos están atentos al reloj para ver quién es el que inicia el primer redoble de tambor tan pronto como suene la primera campanada de las doce.

En el ánimo de todos está el recuerdo de igual momento durante la pasada Semana Santa. Sólo se oye el primer golpear del badajo, porque rápidamente la barahunda invade todo el pueblecillo en este batir de tambores que no cesa hasta la mañana del sábado.

A las tres de la madrugada salen a la calle los «auroros» para tomar parte en la procesión de «Los despertadores», con el paso «La Oración de Jesús en el Huerto de los Olivos», que va precedido de tambores y bombos. A su

lado, los Cantores de la Aurora, que entonan el « Ay de mí! », compuesto por fray Diego de Cádiz, en 1787, con ocasión de unas misiones que predicó en el Bajo Aragón. Concluida la procesión, los de los tambores se desperdigaron por el pueblo sin dejar de tocar un solo instante, hasta la hora de los Oficios.

Y así, en este incesante batir de bombos y tambores, transcurren los días más significativos de la Semana Santa de Híjar, en la que los aragoneses manifiestan su peculiar entusiasmo y fervor. Como en Zaragoza, mientras se glosan las Siete Palabras, en tanto que discurre la procesión. O en Alcañiz, donde bombos y tambores tratan de rivalizar con los de Híjar, y que el Sábado Santo desborda entusiasmo en la procesión del «Sello del Sepulcro», rebusante de figuras bíblicas, hebreos, guardias romanos y «baturras» que portan en cestos las tortas benditas, obsequio del prior y los mayordomos; luego, en la plaza, la ceremonia de sellar el sepulcro del Señor. Y por los altos de Huesca, el Orfeón de la ciudad representa en el teatro Olimpia las «Estampas de la Vida de Jesús», que siempre roba horas y horas a los entusiastas oscenses.

No son los aragoneses los únicos que redoblan con viveza. También en algunas ciudades manchegas, como Hellín y Mula, los bombos y tambores dejan oír su continuo redoblar. Y en otras villas, como Socuéllamos, varias semanas antes de que se inicien los desfiles procesionales, las bandas de trompetas de las diversas cofradías tratan de acompañarse mediante los ensayos nocturnos que tienen lugar en las afueras del pueblo.

Luego, en las procesiones, luciendo vistosos uniformes, las bandas rivalizan en demostrar una eficiente preparación. Únicamente la cofradía de los «Cruciferos», silenciosa y humilde, ha prescindido del lujo de trompetas y tambores para desfilarse con sus túnicas negras, portando una cruz y arrastrando cadenas.

Por lo demás, el entusiasmo y la movilización es general. Bajo el capirote de las cofradías acompañan a los pasos el más humilde peón manchego y el gran cosechero de vinos. Y al lado del médico o del farmacéutico puede ir el carpintero que acaba de poner a punto los grupos escultóricos de los pasos.

Pero dejemos La Mancha y regresemos de nuevo al meollo de Castilla, a contemplar los últimos retoques de preparación con que en Avila se última el Vía Crucis a las cinco y media de la madrugada del Viernes. Pero a los de Toro les parece que nadie puede rivalizar con la vistosidad y el sentido profundo que se da al solemne oficio de «La Coena Domini», en la iglesia de San Julián. Y allí, en la periferia, en Comillas, la «Schola Cantorum» del padre Prieto ensaya sin descansa antifonas y salmos.

LO POPULAR DE CASTILLA

La fe y el sentimiento de nuestros grandes imagineros de los siglos XVI y XVII se asoma a la



Dos edades y un mismo sentimiento se reflejan en estos dos «naza renos»

calle para conmover el sencillo corazón de los vallisoletanos.

El vallisoletano vive en la calle el proceso de la Pasión con el realismo que le comunican los extraordinarios grupos de los imagineros; por eso la procesión general de la Sagrada Pasión del Salvador, el Viernes Santo, puede considerarse única, ya que en ella se abarca toda la historia de la Pasión en 22 pasos.

Otra clásica Semana Santa es la de Zamora, que trae su fuerza de la misma entraña del pueblo. En ella late un fondo popular característico. Por el viejo puente sobre el Duero, cansado de correr tierras castellanas, pasa la procesión del Cristo de San Frontis, con unos resabios camperos que traen a la memoria la ceremonia de la bendición de los campos.

Y en la del Resucitado, el son del tamboril y de la gaita, acompañados del disparo de las descargas al aire de los cazadores de la ciudad, recuerdan algo la alegría de las fiestas campesinas.

Pero siempre, como en toda Castilla, lo que predomina es sobriedad y silencio, que se concretan en la gran procesión del Santo Entierro, del Viernes, y en la de Nuestra Madre, exclusiva para las bellas zamoranas, que aquella noche acompañan a la Virgen por las calles silentes de la ciudad.

La ansiedad más extraordinaria, por su tinte humano, es la que se registra en la Prisión Provincial de Burgos todo el año, y especialmente en estos días de recogimiento. El Martes Santo, durante la procesión del Perdón, que tiene una de sus estacionese en la mencionada Prisión, se da libertad a uno o más detenidos, que salen de la celda para mezclarse con el pueblo, acompañando a la procesión hasta que se recoge. Siempre, por estas fechas, el corazón de estos hombres encerrados días y días late con una mayor fuerza, esperando que esa pequeña posibilidad se concrete en cada uno de los detenidos.

Siempre el fervor es la princi-

pal característica. No son numerosas las procesiones que salen al aire de Castilla. Pero nunca falta la de la Dolorosa. Por pequeño que sea el pueblecillo, hombres y mujeres no dejan de acompañar a la Madre en la pena del Calvario. Tras el pendón enlutado, se estiran las hileras de cirios por costanillas y llanadas. Y siempre, tras el clero y las autoridades lugareñas, el pueblo en masa sigue a las imágenes entonando cánticos sagrados. Para ayudar al fervor, en algún pueblo, como Casavieja, en la provincia de Avila, se canta la Pasión en versos sencillos y descriptivos que impresionan a los oyentes por su realismo elemental:

«Quedaba su cuerpo real desollado; por todas partes la sangre corría, y no se hartaba la gran perrería la Variza y Koruza y Cobañado...»

TRADICION Y AUSTERIDAD EN CATALUÑA

Desde el Domingo de Ramos, con la bendición de palmas y «palmons», hasta el repique de campanas en el Domingo de Resurrección, las comarcas catalanas —desde los pueblos más pequeños hasta los centros más populosos e industriales— están como sobrecogidas por esa tradición que, si nunca las abandona, está en estos días más al vivo.

En la tradición están esos grupos de chiquillos que, con ruido ensordecedor, con mazas y garrotos que golpean sobre maderos, dentro del mismo templo, «matan judíos», al seguir una de las más típicas tradiciones catalanas de la Semana Santa.

Pero donde la tradición catalana de la Semana Santa se nos muestra en su brillo mejor es en las llamadas «Passions» o representaciones escenográficas de la Pasión y Muerte de Nuestro Señor. Ahí sí que Cataluña ostenta la primacía dentro de la Península.

ESCENOGRAFIA DE LA «PASSIO» JUNTO A MONTSERRAT

La costumbre de representar escenográficamente la Pasión de Cristo para la contemplación de grandes multitudes se inicia en Alemania, en el año 1634. Comienza entonces la representación escenográfica de la Pasión de Oberammergau, que no resulta tan antigua si la comparamos con la que al pie de la montaña de Montserrat se representa ya en 1642.

Uno de los mayores atractivos de la celebración de la Semana Santa en Cataluña lo constituye la «Passió de Olesa de Montserrat», que se representa todos los años en un teatro especialmente construido para ello.

Es frecuente establecer un directo paralelismo entre las representaciones que en el valle de Ammer, en la Alta Baviera, tienen lugar cada diez años, y las catalanas, a la falda de la montaña de Montserrat; pero éstas son anuales y suelen celebrarse en teatros cerrados y sin que intervengan en ellas actores profesionales, sino gentes del pueblo, que si bien se preparan todo el año para estas representaciones, las hacen compatibles con sus oficios y profesiones laborales.

En Olesa, las representaciones comienzan a tener lugar todos los domingos de Cuaresma, y desde hace un par de años ha sido toda de la traducción simultánea al español, francés e inglés, ya que, como es sabido, el diálogo es siempre en catalán.

Las versiones políglotas de la «Passió» de Olesa se procura que correspondan al texto poético de la obra en las síntesis narrativas de cada cuadro. Cada butaca del amplio salón teatral, construido ex profeso para la «Passió» de Olesa, tiene un aparato de audición y selección de los idiomas en que los versos catalanes son traducidos simultáneamente. Gentes sencillas, dedicadas a la agricultura o a la industria, realizan todos los años el milagro de la asombrosa fidelidad al espíritu y el texto de la Escritura.

Además de la de Olesa, es célebre la «Passió» de Esparraguera, también en las proximidades de Montserrat.

En la gama de procesiones de los pueblos de Cataluña destacan las de Verges, con su impresionante danza de la muerte; San Esteban de Bas y San Vicente del Horts.

Alrededor de la santa montaña de Montserrat se han creado las «Passions» de Olesa y Esparraguera, la primera de las cuales cuenta con tres siglos de existencia; pero también arriba de la montaña, en el monasterio, enmarcado entre rocas impresionantes, tienen lugar las solemnes funciones religiosas de la Semana Santa, y en el Vía Crucis de piedra que serpentea los caminos de la montaña hay también las estaciones con un fondo de impre-



Variedad y unidad espiritual en la Semana Santa española. A la izquierda, un paso en la capital de España. La otra foto corresponde a un desfile procesional en Cartagena



Ante la catedral de Barcelona, los catalanes concretan su fervor para adorar al Cristo de Lepanto, en tanto se glosan las Siete Palabras

sonante paisaje. La Escolanía, tan alegre en los cantos a la «Moreneta», se vuelve triste en esos días de penitencia. Es la muerte de Cristo; una tristeza mayor a la de la ternura de la «mort de l'escolá». Se espera la señal del gozo; se espera la campana del Domingo de Resurrección, en que la Escolanía de Montserrat pueda convertirse en un gran coro de «caramellas» que derrame su alegría por esa montaña que se rieron los ángeles para hacerle un palacio entre las rocas a la excelsa Patrona de Cataluña.

LOS SOLDADOS ROMANOS, AL PASO POR TARRAGONA

Volviendo a la celebración de la Semana Santa, destaca la de Tarragona por la tradición de su Arzobispado y hasta por la tradición misma de Tarraco, la gran capital romana de la España citerior. Los «armats», los soldados romanos, en ninguna ciudad catalana están tan en su sitio como en esa capital de la Tarraconense, que fué en tiempos otra Roma.

Consagración de los santos óleos, lavatorio de pies a doce pobres, y al día siguiente la función de las siete palabras. Al entrar la noche la tradicional procesión del Santo Entierro, que partiendo de la iglesia de Nazareth recorre las calles de la ciudad. El ritmo del desfile de la cohorte de soldados romanos, con el golpe acompasado de las lanzas, ha llevado muchas horas de ensayo, de acople y de conjunción.

El acto de mayor realce de la Semana Santa tarraconense es el de la procesión del Santo Entierro, el día de Viernes Santo. Toda la ciudad, a la que han llegado millares de forasteros, está en la calle.

El pueblo entero, hasta llegar a ser penitente, hasta llevar sobre sus hombros los pasos y las imágenes, ha tenido muchas horas de preparación, de mejora, de pasar y reparar las ropas y los ornamentos para que cada año el homenaje popular al Salvador sea superior al del año pasado.

GERONA HEROICA A LA LUZ DE LOS HACHONES

La Semana Santa gerundense es una de las más tradicionales de toda Cataluña y a la que ofrecen un marco muy apropiado e incomparable la parte más antigua y monumental de la heroica ciudad. Al resplandor de los hachones, las fachadas pétreas de las casas, ante el marco sobrecogedor de las escaleras de la catedral o bajo la arcada de «Sota Portes» el paso de los encapuchados tiene un encanto de autenticidad plena.

Desde hace unos años la Semana Santa gerundense, con la actuación coordinadora de la Junta de Cofradías, ha tomado una fuerza renovadora realmente notable y las procesiones se atienen a un orden perfecto y a una seriedad impresionante.

Los «manaies» o soldados romanos están perfectamente organizados por manípulos, están formados por jóvenes voluntarios y entusiastas que se atienen a una férrea disciplina no sólo externa, sino interna.

Con una música característica desfilan los «manaies» gerundenses a un paso estudiado y con variaciones perfectas; al rítmico golpear de las lanzas forman la «estrella» y otros alardes de organización al llegar a una plaza o al doblar una esquina. Los estandartes del «S. P. Q. R.», las corazas, las plumas y las barbas de los soldados, así como la cua-

driga que cierra el paso de los «manaies», constituyen una de las más coloridas estampas que ofrece la Semana Santa en toda Cataluña. Desde tres meses antes que llegue la fecha los jóvenes «manaies» llevan ya ensayando las evoluciones con sincronizada perfección y armonía.

Las manifestaciones de fe son también muy vivas en los pueblos y las aldeas. Por ejemplo, resulta especialmente emotiva la visita en esos días a alguno de los agrestes poblados del Pirineo catalán, en el que todavía no hay nieve en esta época. Pueblos con plañideras aún, con las tres Marías, con dulzainas y caramillos preparados para el momento gozoso de las «caramellas», que son coros de muchachos con barretina, pendón con cintas y cesta para los dones que se recogen al cantar de masía en masía.

EL INGENIO LEVANTINO

El genio popular levantino, luminoso, imaginativo y musical, no podía por menos que manifestarse también con pródigas muestras de la Semana Santa. Valencia y Murcia—el Levante español—son pródigos en cofradías bien organizadas y de ensayos metódicos.

Asentimiento y participación popular, y, por si fuera poco, están en Levante las joyas incomparables de Salzillo.

Semana Santa de Valencia. Procesiones famosas de Murcia.

Cartagena, que plasma su larga tradición en dos grandes cofradías: la de los Californios, así llamada porque en 1754 ingresaron en la Hermandad unos marineros venidos de San Francisco de California y se incorporaron a la Hermandad de Nuestra Señora de la Esperanza de Madrid, y desde entonces los cofrades usan el

distintivo de las dos áncoras cruzadas, símbolo de la Esperanza.

Los Californios tienen a su cuidado, entre otras, a la Cofradía de Jesús del Gran Poder, y, según frase popular, «echan a la calle» la procesión el Miércoles Santo, cuyo paso esencial es «La oración en el Huerto», acompañada por tercio de hebreos, el Arca de la Alianza y personajes históricos, como Caifás, David, Faraón y Moisés.

Otro grupo de Cartagena es el de los Marrajos, que sacan a Nuestro Padre Jesús Nazareno el Viernes por la noche.

Es conocida en toda España la noble rivalidad que existe entre estas dos cofradías en la lucha por el esplendor de las procesiones. En una ocasión, en 1774, el obispo don Diego de Rosas Contreras, en vista del jaleo que suponía el paso de la procesión por la noche, dió orden de que saliera de día, y tan tenaz fué la oposición de los Marrajos a romper su costumbre tradicional que el obispo hubo de revocar la orden.

Estas procesiones son cortejos de grandes efectos, cantando a varias voces las llamadas correlativas de cinco versos por los Aurores. El Sábado Santo se celebra a media noche el despertar de la Aurora, cantando las salves moriscas, de color y ritmo, con el solo acompañamiento musical de la campanilla de bronce, habilísimamente manejada.

Todos los años Lorca estrena nuevos mantos, nuevos grupos, nuevos jinetes. Este año también en los «secretos» talleres del Paso Blanco o del Paso Azul se bordan, en hilillos de oro, sobre rojos, negros o azules terciopelos, los atavíos que llevarán las bíblicas figuras de la comitiva. Y las mujeres, que lo hacen gratis, por amor al Salvador, llevaron varias noches sin dormir porque todo estuviera perfecto y acabado.

DOMINGO DE RAMOS EN ASTURIAS

Fresco de amanecida primaveral. El castaño, florecido, bordea las orillas de los vericuetos de las montañas astures. El gallo, aún callado, soñoliento, en la casuca baja cercana a la gorrinera. La retama, sombría, y el río, como siempre, acostado panza arriba sobre las canciones y el misterio.

A esta hora, a la madrugada hora de las cuatro, en Valdesoto, un pueblecito perdido entre caminos de herradura, los muchachos quinceañeros salen cada uno por su lado, sin hablar, como auténticos ladrones hábiles y seguros. Se van hacia los montes, el hacha sobre el hombro derecho, la boina ladeada sobre la cabeza. Todavía no llega el sol cuando comienzan a darle alegremente al hacha con fuerza. Uno, dos, tres, y la savia fluye, y llega un olor como de vida, y ellos, la frente perlada, siguen cortando el árbol o la rama más noble.

Cae al suelo el árbol y ellos, los jóvenes, lo miden serenamente con sus zancadas y comparan con otros árboles anteriores. Luego se lo cargan al hombro y vuelven a la casa por atajos ocultos,

para que nadie les sorprenda. ¿Cuántos muchachos, a esta hora ignorada, realizan el mismo acto en Asturias? De Llanes a Ribadeo, ruta que sabe del mar y de paisajes suaves; de Gijón al puerto de Pajares, en esta amanecida del Domingo de Ramos la caravana es larga, anchurosa, ilimitada.

Ya en el hogar, la madre, con su pañolón negro apretado en un lazo breve bajo el mentón, le mira orgullosa mientras el rapaz poda el árbol calmosamente, a punta de navala templada. Y el padre, viejo minero de andadura valiente, echa una ojeada de reñilón y suelta una broma para preocupar al mozo:

—Cuando yo era joven, ese árbol lo llevaba un niño. No creo que te luzcas hoy con eso.

El muchacho acusa el golpe, pero continúa su labor y sólo reacciona con una respuesta un tanto interrogante:

—Eso se verá, padre.

Y luego avanza la mañana y el sol entre preparativos. Las mozas casaderas estrenan en este día uno de los dos trajes anuales, y el saetre del pueblo ha pasado una semana tremendamente agotadora, inclinado sobre las telas para que llegaran a tiempo los innumerables pedidos. Las viejas sacan del arcón los pendientes de oro y el padre limpia la mejor pipa con cuidado.

Cada mozo lleva hacia la iglesia su ramo, su árbol gigantesco. Es una procesión escalonada. El camino hasta la iglesia casi siempre es larga andada de dos o tres o más kilómetros. Y todos los jóvenes quieren conseguir el mismo fin: que su ramo sea el más alto, el más fiero, el más desafiante. Y a su paso se abren las ventanas y surgen los comentarios como rosarios bravíos:

—¡Llevas el árbol más grande de todo el pueblo, Juan!

Y el mozo hincha el pecho, respoya y sonríe como si fuera un dios legendario. Y piensa en lo que le dirá el cura cuando, en la misa, al bendecir los ramos, vea su copa avasallando a las otras, por muy lejos que esté del altar.

Y así la iglesia parroquial, en la mañana adomingada, está saturada de olores montañeses y la vista sólo alcanza un panorama de ramaje y de árboles plantados bajo la bóveda.

Es el pórtico de la Semana Santa. Es la llamada dulce y humana de quien entró a lomos de un borriquillo en Jerusalén.

SILENCIO Y SOLEMNIDAD DEL SANTO ENTIERRO EN LA MONTAÑA

Luarca, nido de águilas asturiano, pueblecito coronado por escarpadas peñas graníticas, donde crece la escoba y el muérdago, y ya más abajo las barcas de los pescadores.

Ante la impresionante belleza del paisaje asturiano y la mirada abierta de la gente se celebra el Miércoles la primera procesión, al trasladar las imágenes desde la ermita al pueblo. El Jueves al caer la tarde sale de la parroquia una comitiva en la que cofrades y encapuchados con tú-

nicas moradas abren paso tocando el bombo y el ciarin.

En el majestuoso marco natural de Luarca puede observarse claramente la diferenciación que existe entre la Semana Santa de Asturias y las del sur de la Península. Aquí, en estos valles apretados de belleza, las procesiones discurren en medio de un extraordinario silencio. No existe la mínima cosa que rompa el paso de las imágenes y se escucha el arrastrar de pies de los penitentes. No hay aquí esa espada que corta el viento de la sasta que libera el monótono ritmo de las plegarias o de la andadura. Los hombres siguen el cortejo silenciosos, graves, impresionantemente serios. La mujer, bajo la mantilla, murmura levemente la oración eterna. Quizá Asturias tenga un capítulo aparte en lo que se refiere a las procesiones del Santo Entierro, que se celebra el Viernes Santo.

Sama de Langreo, villa de minas desperdigadas en los alrededores, prepara meticulosamente esta procesión, la más solemne y la más importante de todas las que se celebran. Ya caída la noche, casi rondando la hora once, sale de la iglesia parroquial la procesión del Cristo Yacente, y realiza una ruta de circunvalación por las calles. No hay casi antorchas ni teas. El pueblo camina tras la imagen tan recógicamente que es un espectáculo que cala muy hondo. El Cristo va lleno de luces, y exceptuando esto, solo la luz del cielo, de las estrellas y de la luna ilumina la caminata. Se apagan las luces de las casas. Se unen todos en fraternidad hermandad.

En esta villa, desde hace muchos años, un hombre que se oculta bajo un capuchón lleva una cruz con las mismas medidas que se supone tendría la de Cristo. Cumple una promesa antigua, porque una de sus hijas se salvó de una muerte cierta. La ruta es larga y al final todos los años se dobla bajo el peso de la cruz.

En la noche samense pasa el Cristo Yacente el Viernes Santo, y el párroco, don Dimas, hombre típicamente asturiano, con enorme fortaleza física, habla desde el púlpito con voz sencilla y clara, y los mineros, en la noche recogida de vientos, porque el valle está rodeado de montañas, dan vueltas en sus manos calladas a la vieja boina y prometen, el corazón alto, llevar un cirio de cera en peregrinación a Covadonga para enjugar culpas.

DE GALICIA A GUIPÚZCOA, MOVILIZACION TOTAL

Por las tierras costeras del Noroeste la sobriedad es igualmente un lugar común. Las procesiones suelen estar rodeadas de gran sencillez. La climatología juega su papel: raro es el año en que el mal tiempo no obliga a la suspensión de gran número de procesiones. Por eso ansiosamente se espera la Semana Santa con la esperanza de que no ocurra lo de años anteriores.



En el marco típico de Sevilla, a la vera del Guadalquivir, uno de los más admirados pasos de Andalucía recorta su silueta en el cielo

res y el agua desluzca el desfile de los pasos procesionales.

Santiago de Compostela, allá entre brumosa humedad, puede decirse que no conoce una Semana Santa completa. Si comienza con sol concluye con lluvia. Y en el mejor de los casos, si se ha iniciado lluviosa, puede cerrarse con algún día soleado que permita a las compostelanas lucir la infantilla el Jueves Santo. Y luego el Viernes, tras la gran procesión del Santo Entierro, la de la Soledad, en la que las mujeres pasan por las rúas acompañando a la imagen de la Soledad. Y pese a lo anacróni, siempre suele sonar una saeta entonada por algún estudiante andaluz que no puede reprimir su impulso natural y lanza requiebros a la santa imagen, que se detiene para proseguir su ruta callejera hasta recogerse en la iglesia de Santa María Salomé.

Donde la Semana Santa conserva también un gran rigor es en Pontevedra, la ciudad que

duerme y que todo lo hace con sensibilidad. De unos años a esta parte los pontevedreses se ocupan con todo interés por dar un paso más hacia la perfección. Hoy por hoy puede afirmarse con toda exactitud que la Semana Santa pontevedresa es un ensamblaje de la sobriedad castellana con la dulzura característica de lo gallego.

En Vizcaya los mozos de Valmaseda participan en las escenas que se representan en la procesión del Prendimiento. Han dejado muchos días antes sus vestidos pueblerinos para consagrarse con exclusividad a las ceremonias de la Semana Santa, que alcaza en aquel pueblo su mayor peculiaridad en el tradicional canto de «Ya murió mi Redentor». Los guipuzcoanos de Fuenterrabía tienen especialidad en los actos del Domingo de Resurrección, que culminan con la impresionante caída de los soldados romanos ante el altar. Los pamplonicos también tienen su-

peculiaridades, como ese curioso anacronismo de los niños con palmas que participan en la procesión del Entierro.

Esa es la estampa renovada, la estampa de todos los años en nuestro país. Todas las regiones, de Cataluña a Canarias, de Galicia a Baleares, de Asturias a Andalucía, con Castilla en medio, han movilizado a sus hombres, a sus mujeres y a sus niños, no a los siete días de la Gran Semana, sino a los trescientos sesenta y cinco de todo el año.

Suscríbase usted a
La Estafeta
 Literaria
 Aparece los sábados

SINTOMAS ACTUALES DEL SINDICALISMO

DOS HOMBRES Y UN LIBRO

**AÑOS DE EXPERIENCIA,
CENTENARES DE ARTICU-
LOS Y SEIS MESES PARA
LA REDACCION
DE LA OBRA**

La entrevista en el cuarto piso del número 27 de la calle de Ruiz, de Madrid. Una habitación amplia, tresillo, óleos en las paredes, largas alfombras en el suelo, araña de cristal, cortinas verdes en la ventana, por cuyos cristales se ve un paisaje de tejados y chimeneas. En el fondo de la habitación, un espejo que ocupa un testero, y muy cerca una biblioteca bien surtida con gruesos volúmenes que hablan de disciplinas jurídicas. En la mesita de centro, sobre su mármol, una artística pagoda con ribetes dorados, con música, bailarina y cigarrillos. Frente a mí dos hombres. Son jóvenes. Entre los dos no llegan a los setenta. Don Juan Muñoz Campos tiene treinta y cuatro años. Es un abogado valenciano que lleva diecisiete años en Madrid. A su lado, don Enrique Cerezo Carrasco, treinta y cinco años, también abogado, también valenciano y unido a su compañero por muchos años de una amistad vieja, amistad de colegio, de profesión y de ilusiones. Los dos casados con valencianas, para que el parecido sea más perfecto.

Muñoz Campos y Enrique Cerezo acaban de publicar un libro de doscientas y pico de páginas, de letra apretada y menuda. Un libro de sugerencias, de profundo estudio, de visiones amplias y concretas. Los dos autores han dedicado casi la mitad de su vida al Sindicalismo. Por eso no es de extrañar que el primer libro que de sus plumas sale, de plumas también unidas como en un perfecto «a la limón», sea precisamente sobre el Sindicalismo.

—En un principio pensamos que su título fuera «Síntomas actuales del Sindicalismo», pero este título naufragó por creerlo la editorial demasiado técnico.

Sobre las pastas rojas, en un



Muñoz Campos y Enrique Cerezo, autores de «Ante un Sindicalismo nuevo»

recuadro blanco, aparece con grandes letras negras el título: «Ante un Sindicalismo nuevo».

NI FORMULAS NI RECEPTARIOS

—¿Qué modo y forma de colaboración han seguido para esta obra?

—Cuando tuvimos la idea, la discutimos para su elaboración definitiva. Ya concreta, Cerezo hizo un guión inicial. Sobre él empezamos a trabajar, acumulando material bibliográfico que, en este caso, consistía en agrupar alrededor de unos cuantos centenares de artículos que sobre este tema habíamos publicado, a lo largo de nuestra larga vida sindical. Después, Angel, el mecanógrafo, copió los artículos. Salieron demasiados folios, y sobre ellos nos pusimos a trabajar con igual intensidad y con los mismos criterios. El pasado año pasamos las vacaciones en Valencia. Allí dimos una lectura de conjunto al trabajo.

—¿Qué tiempo tardaron?

—Unos seis meses. De abril a octubre. Antes tuvimos muchos

cambios de impresiones. Después vinieron las correcciones de prueba.

Como la compenetración en los criterios es también perfecta, es de extrañar que, a mis preguntas los autores respondan también un poco «a la limón». Por eso, casi no vale la pena señalar cuándo es Muñoz Campos y cuándo Cerezo Carrasco quien responde.

La obra va precedida de una enjundiosa y bien trazada introducción. Una introducción necesaria para aclarar conceptos. De su lectura sale la primera pregunta:

—¿Puede considerarse alguna actividad humana que deba o pueda quedar al margen del Sindicato?

—Todas cuantas actividades giran alrededor de la Empresa deben quedar integradas en el Sindicato. Todo el mundo «no laboral», por tanto, habrá de quedar fuera.

Una pregunta necesaria:

—¿Parten para la base de este nuevo sindicalismo, del estudio de algún Sindicato particular: europeo o americano



Enrique Cerezo: Valenciano, treinta y cinco años y abogado



Juan Muñoz Campos: Valenciano, treinta y cuatro años y abogado

—No. Estudiamos el fenómeno sindical en general y sus tendencias universales. Claro que a tal fin ha sido necesario examinar las realidades que los Sindicatos ofrecen hoy en el mundo, pero no para enjuiciarlas, sino para considerarlas. De ahí que el título no quepa interpretarlo como el ofrecimiento por nuestra parte de una fórmula o recetario, sino más bien la afirmación de que los síntomas actuales del fenómeno sindical apuntan hacia un sindicalismo nuevo. El que luego, a lo largo de la obra, se hayan elegido para robustecer ciertas ideas, ejemplos concretos, eso es otra cuestión.

—¿Puede considerarse el sindicalismo como uno de los muchos fenómenos producido por las consecuencias sociales y políticas de la Revolución francesa?

Una llamada de teléfono nos deja a don Enrique Cerezo y a mí frente a frente. El es quien responde:

—No es absolutamente correcto ese enfoque. En el nacimiento del Sindicato han influido con desigual intensidad, tanto la Revolución francesa, al condenar la

libertad de asociación profesional y ensalzar la libertad política de asociación, como la revolución industrial, acompañada esta última de la libertad de producción. Añádase a todo ello los abusos del incipiente capitalismo, influido por una filosofía positivista y se tendrá aproximadamente el cuadro de elementos constituyentes del sindicalismo. Y habría que hacer una observación: El Sindicato de hoy es radicalmente distinto del gremio medieval, como lo son la Empresa y los hombres que en ella trabajan.

—¿Podría hablarse de una crisis en el concepto mundial del sindicalismo?

—Si entendemos por crisis la transformación, producida por su indudable crecimiento, de acuerdo. A su vez esta transformación viene obligada por otros factores, que, por sí mismos, están cambiando la faz de la sociedad: la crisis política del Estado democrático, la caída de las estructuras que en otros tiempos sirvieron de cauce a las inquietudes del hombre, la sustitución del capitalismo liberal por un intervencionismo económico y la nueva

revolución industrial. No se olvide añadir que la actitud del trabajador ante el Estado va evolucionando día a día, de tal suerte que hoy no sería exacto afirmar que el proletariado carece de interés por la cosa pública.

FUNCION POLITICA DEL SINDICATO

—¿Es acertado decir que el Sindicato es más acción que pensamiento más práctica que teoría, realidades operantes más que conceptos claros y profundas ideas?

Cerezo Carrasco habla, mientras su compañero ofrece un pitillo. Se ha abierto la pagoda, suena la música y una ballarina diminuta gira maravillosamente entre sus pies.

—Hasta cierto punto sí. La resolución de un problema económico, o social exige en principio un pragmatismo fuera de toda duda. Pero, esta actividad, este puro tanteo, tiene unos límites de orden natural y de justicia que no pueden preterirse. A lo que se resiste todo sindicalismo es a una limitación de cualquier otro orden, cuando con ella pueden perjudicarse sus finalidades esencia-

les. También debe destacarse que difícilmente podrán cubrirse metas si faltan conceptos claros y criterios sólidos.

—Como estructura social y representativa, ¿ha de tener el sindicalismo necesariamente trascendencia política?

—Si hoy en día los fenómenos económicos-sociales no produjeran tantos quebrantos de cabeza, esto es, si la política siguiese siendo parcela reducida—la justicia, la educación, la defensa de la nación, etc.—nos apuntaríamos al sector que clama contra la significación política de los Sindicatos. Pero, cuando en todos los países se intenta producir más hierro, más acero, más lingote, más coches o más buques, no se puede prescindir de las asociaciones sindicales. De ahí su importancia política actual. Es la misma en su valoración abstracta aplicable al actual Sindicato, o al que tenía una corporación florentina. Pero al subir y tomar caracteres preponderantes el problema de la producción dentro del marco político, los Sindicatos han subido de valor también y sus decisiones y actitudes entrañan una repercusión política innegable.

—¿El sindicalismo de hoy está suficientemente preparado para el trastorno inminente que la moderna industrialización causará en la sociedad?

—Posee la experiencia acumulada de otra revolución, gracias a la cual vino al mundo. Esa experiencia hace hoy que el Sindicato comprenda que sin la mejora de la producción se fija un límite muy bajo a sus pretensiones. O que aconseja disponer, más que abogados, de técnicos o su servicio para ayudar a transformar una empresa que se hunde.

EL FIN OBJETIVO DEL FENOMENO SINDICAL

Algunos teóricos plantearon más de una vez la antinomia en el binomio Estado-Sindicato. Las opiniones y el pensamiento de los autores de esta nueva obra que acaba de salir al público, son claros y precisos:

—El error trasciende al no distinguir con precisión entre Gobierno y Estado. Pero aún, los propios defensores del Sindicalismo total, plantea un Estado sindical. Si el Estado es la organización jurídica de la sociedad, el sindicalismo clasista luchó contra ella en cuanto venía a ser armazón y escudo de una burguesía capitalista. Pero, una vez obtenidas ciertas defensas sociales, aun dentro de ese mismo glacis, los propios Sindicatos han reconocido y pactado con ese Estado, con esa estructura. En su alza política, el Sindicato sólo roza con la acción ejecutiva del Poder. Hay que establecer una distinción diáfana entre política de misión nacional y política sindical según la intuición joseantoniana, que en esto, como en otras tantas cosas, dió la clave de soluciones reales.

—Se habla con frecuencia del apolitismo del Sindicato norteamericano. ¿creen ustedes que, realmente, el Sindicato en Norteamérica es completamente apolítico?

Los dos autores cuando hablan, tienen la preocupación de remachar aquellas ideas que son fundamentales. La claridad en la exposición, en la conversación, co-

mo el libro, es virtud eminente de los dos abogados y escritores.

—Es un error de valoración. El Sindicato norteamericano es «político» en el sentido europeo de no estar vinculado a un partido político. Pero interviene activamente en política. En las luchas políticas actúa no como un guerrero de un ejército regular, pero sí como un guerrillero que hace la guerra por su cuenta cuando lo cree útil. Más aún. En la configuración sociológica de aquel país está llamando la atención el hecho de que el Sindicato viene sustituyendo a otras estructuras tradicionales para la conformación del pensamiento político del país.

—¿Cuál se podría señalar como el fin objetivo del fenómeno sindical?

—Esta cuestión, pocas veces tratada, es quizá el meollo, la parte fundamental de nuestro libro, donde resumimos nuestro punto de vista. Y al hablar de fin objetivo sindical, pensamos en el «porqué inmediato, jurídico y objetivo de las asociaciones sindicales, cualesquiera que éstas sean. Es, pues, una determinación técnica y estructural. Cada Sindicato, o grupo de Sindicatos tienen un fin orgánico propio. Así, el Sindicato moderno de gestión económica tiene, como tal fin, la contratación. O el Corporativismo, la superación de la lucha de clases. Al lado de estos aparecen las motivaciones psicológicas o fines sindicales, propiamente dichos, comunes a todo tipo de Sindicatos. La previsión, el ajuste de salarios, etcétera, son partes de una escala de fines a alcanzar según el desarrollo de cada grupo sindical. Pero, entre unos y otros, aparece uno de carácter definitivo, que algunos autores lo sitúan en la permanencia y nosotros estimamos es el suficiente poder para defender sus fines propios de acuerdo con su programa orgánico para ser una estructura operante, eficaz, idónea y útil a la sociedad.

Muñoz Campos se ha puesto de pie y es él, ahora, el que, despacio, sin apenas gesticular con las manos, sigue hablando:

—Se han de buscar fórmulas que permitan una mayor actividad del individuo. En este punto, no puede olvidarse el sistema federalista como correctivo de una excesiva centralización—siempre perjudicial—, y la vuelta de las actividades sindicales al marco de la empresa, en donde los obreros sienten, como en ningún otro sitio, sus primeras y más elementales necesidades y donde pueden hacer sus primeros planteamientos.

LA ESENCIA DE UN FENOMENO NUEVO

La charla tiene a veces fondo musical: La musicuilla de la pagoda que, desafortunadamente, sólo dura unos segundos.

—¿Puede, en alguna ocasión, herir ese principio de unidad sindical la libertad del individuo?

—El Sindicato tiende constantemente hacia la unidad. Es cierto que la unidad sindical acaba con una parcela de la libertad: la llamada libertad de «inventar» asociaciones. Pero frente a esta neolibertad perdida se alzan tres grandes realidades: En primer lugar, el Sindicato-parcela no puede arrogarse la representación de intereses profesionales, sino tan sólo la del grupo que dicen representar. Además, la efi-

cacia aumenta con la unidad, no con la división. Y en tercer lugar, no hay que ignorar que ninguna libertad es un fin en sí misma. Todas son medios para alcanzar ciertas metas.

—Las soluciones a la crisis del mundo laboral, ¿pueden hallarse en la superación del contrato de trabajo?

Enrique Cerezo acompaña sus palabras con gestos breves y lentos de sus manos:

—La solución no está en la sustitución de un contrato de trabajo por un sistema de cogestión, por ejemplo. Porque el malestar actual no radica en el contrato en sí, sino en el clima de disolución que hoy priva en la Empresa. Esta triste realidad tiene profundas raíces. En muchos países fracasan medidas consideradas como revolucionarias, porque no se ha cuidado, previamente a su promulgación, superar ese clima.

—¿Cuál sería la esencia de un sindicalismo organizado de modo que su eficacia fuese más decisiva en la formación de un mundo mejor?

—Los Sindicatos, si efectivamente queremos alcancen con plenitud los fines que hoy se apuntan en el horizonte, esto es, que sean una estructura temporal importante para la sociedad, han de tener personalidad bien definida: propia capacidad, tanto para dictar normas, en el ámbito de su competencia, como exigir su cumplimiento, deben actuar movidos por el afán de la eficacia; deben disponer de lo que como a tal institución le es inherente y, finalmente, en ningún caso pueden funcionar, en uno u otro sentido, sin captar con precisión la verdadera inquietud de todo el mundo del trabajo.

Son las cinco de la tarde. A los abogados les espera el bufete abierto. Muñoz Campos cierra la pregunta que comenzó a responder Enrique Cerezo:

—Con todo, podemos atrevernos a afirmar que el buen sindicalismo tiene que operar, más que con los hombres de la producción, con la Empresa. Esto es, ha de ser la unidad productiva, la comunidad sociológica, el verdadero elemento integrante del Sindicato. Estamos ante un futuro en el que dominará el Sindicato de Empresa, cuya función básica será velar porque todos los fines a ella inherentes se cumplan debidamente. Para ello utilizará a los factores humanos y les atribuirá su quehacer respectivo; pero nunca de éste podrá resultar algo que atente a esa unidad básica, elemental, sustantiva, que es la Empresa, en la cual ha de reinar la justicia y desde la cual han de rendirse eficacísimos servicios a la sociedad. Esto es un sindicalismo que estará al servicio de las Empresas y no al contrario. De esta forma, el ideal hay que situarlo en unas «empresas» libres pero no «capitalistas», en su sentido de injusticia social; jerárquicas, pero no autocráticas o totalitarias; operando económicamente en un mercado cristalino y transparente y engarzadas en un sindicalismo que, por encima de todo, ha de actuar con una autenticidad plena.

Ernesto SALCEDO
(Fotografías de Mora.)



EL GENERAL SPEIDEL, DEL ESTADO MAYOR DE ROMMEL A COMANDANTE DE LAS FUERZAS DE LA O. T. A. N.

EL HOMBRE QUE INTERVINO EN LA CONSPIRACION DEL 20 DE JULIO

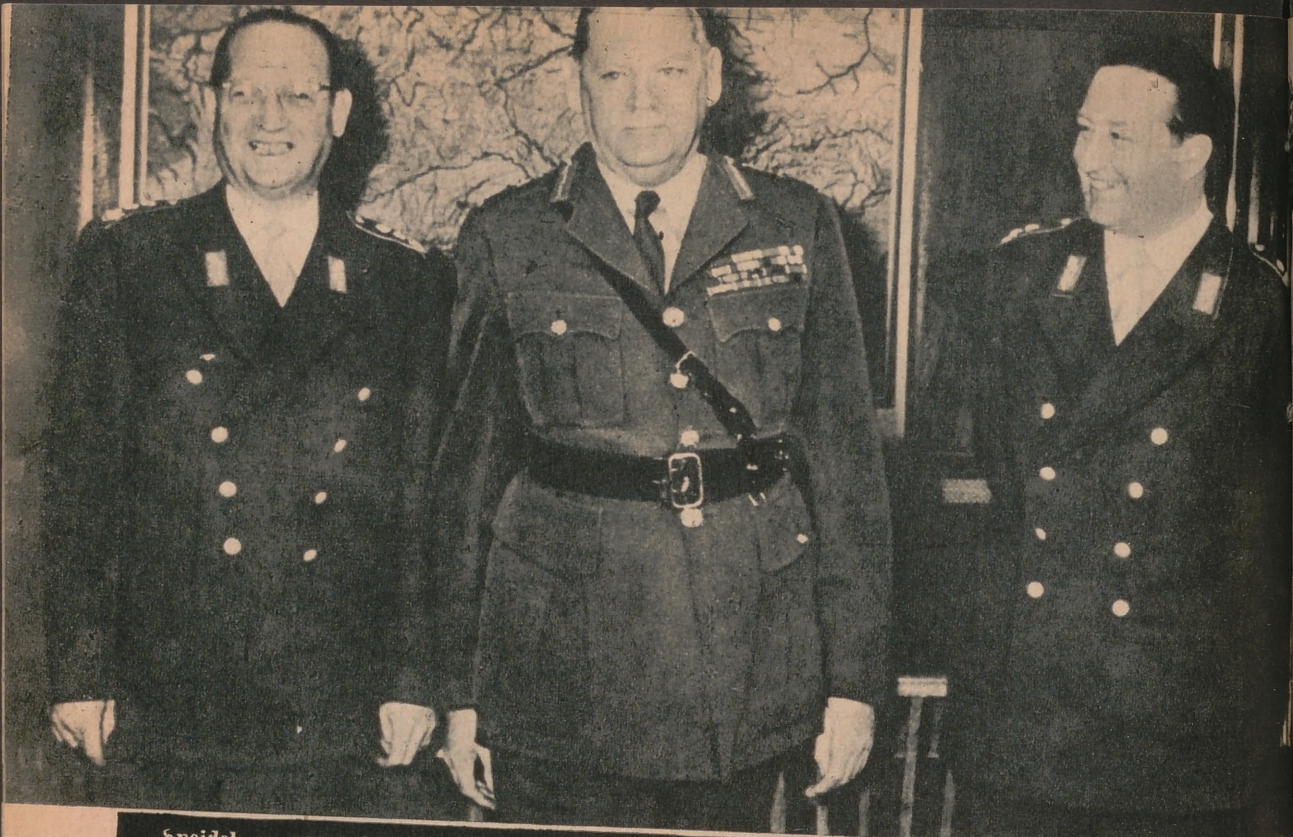
LOS SOLDADOS FRANCESES LE SALVARON DEL FUSILAMIENTO

MAÑANA clara en Fontainebleau. Cuartel General de las Fuerzas Aliadas de Centroeuropa. En los estanques de los bellos jardines el agua refleja el paso de los soldados. Flotan, al leve aire del 4 de marzo, las banderas de 15 naciones. El comandante general de todas las fuer-

zas centro europeas, el general francés Vallny, revisa las tropas. Es un hombre fuerte, con una cejas negras y altas que dan a su mirada un aire inquisitivo. Lleva a su derecha, guerrera, pantalón largo, zapato negro, con sólo la alta gorra tradicional al general alemán Hans Speidel. La

ceremonia dura unos minutos. En silencio, el general Vallny estrecha la mano a Speidel: «Messieurs, el nuevo comandante de las fuerzas terrestres de la O. T. A. N. en Europa central...»

Rojo, negro y oro flota la bandera de Alemania. Los soldados rompen filas. El teniente general



Speidel, en compañía del general Gale y el comandante Lageler, durante la visita del primero al Cuartel General Aliado en Alemania

Speidel se quita las gafas durante un momento. Lleva enguantada una mano. ¿Qué piensa?

Es un instante; rápidamente vuelve a su aire sereno y tranquilo.

—Parece un profesor—dice un curioso.

—Pues eso es: un profesor de Filosofía.

—Es el hombre que redactó los términos de la rendición francesa en 1940.

—El mismo.

Hace cinco años, el diputado francés George Heuillard levantaba una tempestad de aplausos en la Asamblea por este grito: «¡No estoy dispuesto a que mis hijos sirvan en el Ejército al lado de los alemanes!»

Cinco años después, el teniente general Speidel asume el mando terrestre—no hay que olvidar que queda bajo el mando directo del general Vallny, comandante supremo de las distintas Armas, aeronavales y terrestres, de Centroeuropa, y que el general Speidel se limitará a mandar estas últimas en sustitución del general francés Carpentier—de las unidades norteamericanas, francesas, canadienses, belgas, holandesas, inglesas y alemanas que están destacadas en esta parte del mundo. He aquí, pues, el rápido cambio de la situación. El mundo va de prisa.

Mientras tanto, allá, en Alemania, comienza la movilización militar. Se ha desterrado la bota que recuerda al viejo Ejército. El uniforme, de tendencia americana, desfigura la clásica idea germánica del soldado. Muy dividida la opinión pública, no se muestra enteramente conforme con la nueva etapa militar. En Bonn, capital de la Alemania dividida, un chiste gana la ma-

yor popularidad. He aquí la historieta:

Primer alemán. — ¿Oyó usted hablar del nuevo comandante de la O. T. A. N.?

Segundo alemán.—No. ¿Quién va a ser?

Primer alemán.—En realidad, será realizada una distribución por zonas. Detrás, en los cuarteles generales, estarán los ingleses. A un nivel semejante se encontrarán los franceses y, por último, nosotros tendremos reservada la primera línea.

En fin, muy recientes están los últimos acontecimientos; por eso mismo. Hans Speidel cobra una importancia grande. Es soldado que puede conseguir lo más difícil: hacer coincidir en un mismo plano los Ejércitos y tropas europeas. Ya en Colonia, el V Regimiento de «spahis» francés convive en el mismo cuartel con la I División blindada alemana. Tal comienza la historia.

LA VIDA DE UN SOLDADO

A los diecisiete años, Hans Speidel entró en la Academia Militar. Tenía un carácter reservado y sereno. Uno de sus compañeros de sección escribía a sus padres: «Ha llegado un pájaro muy raro; creo que es del Sur.»

En realidad, su joven compañero llegaría a ser uno de sus mejores amigos y daría muchos datos interesantes de su vida. «Gasta más tiempo con los libros que con nosotros», añadía.

Los padres confiaban en él. Cuando estalla la primera guerra mundial, el joven zuavo pasa al Regimiento de Granaderos de Ulm, que se bate en las verdes tierras francesas, como dice la leyenda. En realidad, es la ho-

ra de las terribles batallas de Verdún y el Somme. En la segunda batalla del Marne, Hans Speidel mandaba una compañía.

Ernest Junger escribe: «En torno de él reina la paz; la calma que conviniere al eje de una gran rueda en el centro de un tifón.»

Tal es el misterioso soldado. Discreto, desaparece en los momentos de esplendor. Se difumina en el cuadro.

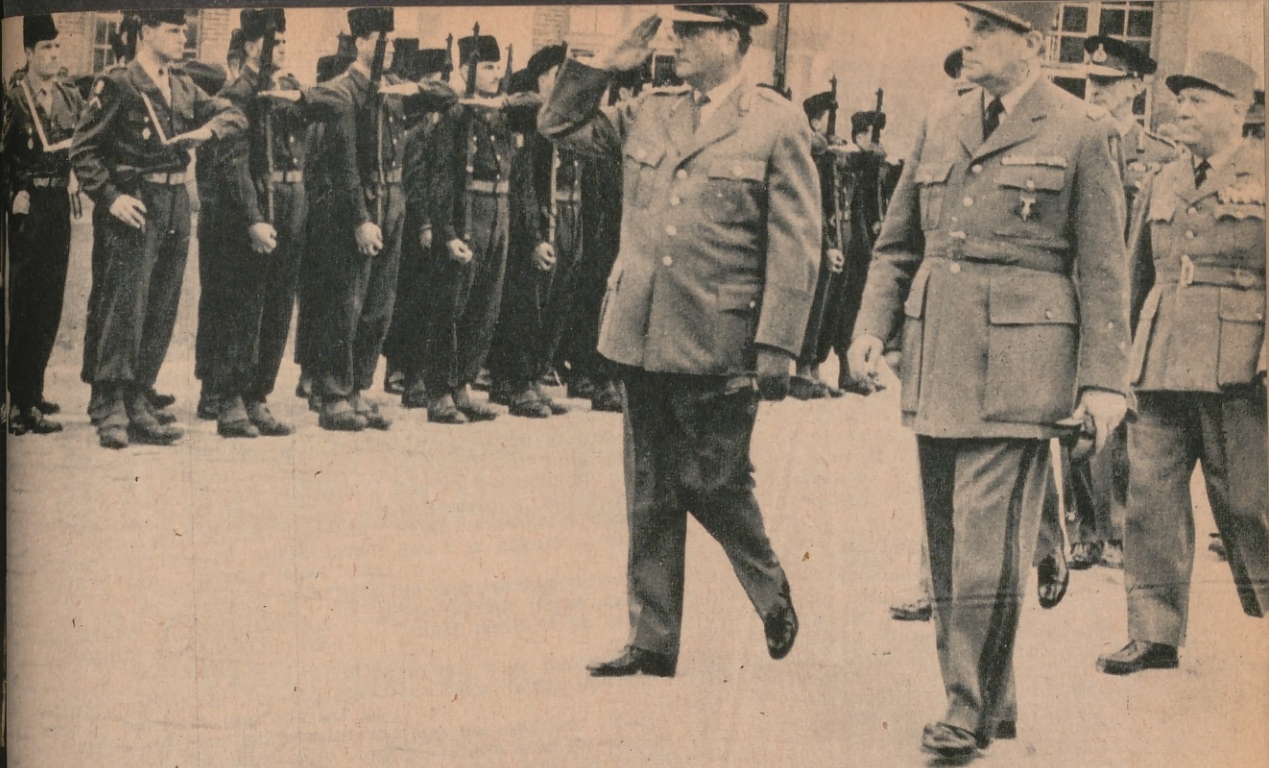
El Estado Mayor se fija en él. «¿A qué le dedicamos?»

UN OFICIAL, A LA UNIVERSIDAD Y AL PERIODISMO

Cuando termina la Gran Guerra—aquella pequeña y polvorienta gran guerra de entonces—vuelve a levantarse, poco a poco, entre trucos, fraudes y tratados, un nuevo Ejército: la Reichswehr, de 100.000 hombres, que era, en principio, el núcleo permitido por las potencias vencedoras. Uno de esos soldados es Speidel, que ingresa en la 13 compañía de Fusileros.

Son días curiosos. En aquellos cuarteles comienzan a aparecer las caras de quienes iban a ser, quince años más tarde, los mariscales del III Reich. En Munich, un capitán de Infantería, de nombre Guderian—el que iba a ser famoso en la guerra de los tanques—, propone a su comandante movimientos rápidos y combinados de camiones y hombres, dejando atrás la «primera línea»...

El teniente Speidel, «siempre entre libros», medita sobre el arte militar. Se convierte en colaborador asiduo del «Frankfurter Zeitung» (un periódico liberal, pero que entraba al ataque contra las tropas francesas que ocu-



Pisando los viejos adoquines de Fontainebleau, Speidel pasa revista a las tropas el día en que se posesionó de su nuevo cargo

paban el Ruhr) y envía una serie de artículos militares a una revista suiza de esa especialidad.

En el nuevo Ejército se necesitan, porque todo hay que hacerlo de nuevo, universitarios capaces. Se busca en los regimientos oficiales que deban pasar a la Universidad. Entre los elegidos, el subteniente Speidel, que ingresa en los cursos de Historia y Economía Política de la Universidad de Tubingen.

Es una nueva etapa de su carrera. Años más tarde, el oficial británico Desmond Young dirá: «Es un oficial vestido de paisano.» ¿Cierto totalmente? Difícil contestación.

Por lo pronto, bueno será decir que su tesis de la Universidad, que ha unido su nombre al de Scharnhorst y Seeckt, es una tesis sobre el siguiente tema: «1-813-1924. Estudio de una política militar.»

PROFESOR DE LA ACADEMIA DE GUERRA Y JEFE DE LA SECCION «EJERCITOS EXTRANJEROS»

Doctor en Letras. ¿Qué hace Hans Speidel? Estamos en el año 1927, cuando el Estado Mayor le nombra profesor de los «Cursos de Formación del Jefe Auxiliar», eufemismo que camufla sustancialmente la Academia de Guerra alemana, prohibida por el Tratado de Versalles. Durante tres años trabaja allí con el mismo aire imperturbable y sereno. Su jefe, el general Beck, escribe en su Diario: «Se trata de un hombre que posee un don rápido de concepción y una inteligencia aguda; pero donde sobresaletotalmente es en su capacidad para manejar la gente...»

Habla francés e inglés. El pro-

fesor es escogido como miembro de la sección militar encargada del estudio de los Ejércitos extranjeros. Poco después es el jefe de la Sección que lleva este título: «Francia»

Los tumultos políticos de la Alemania del 33, cuando nacionalsocialistas y comunistas luchaban en la calle, le cogen en París: es el agregado militar...

París le ve seguir los más variados itinerarios de la capital. Sus contactos con las personalidades francesas, muy frecuentes. En 1937 presenta al general Gamelin, francés, su jefe inmediato, el general alemán Beck. Fue una conversación histórica:

—No queremos batirnos contra Francia —dijo Beck— porque si estalla la guerra, inicialmente, tanto franceses como alemanes creeremos ser los vencedores, pero que nadie crea que lo seremos nosotros: los únicos vencedores serán los rusos...

Buenas palabras, pero para oídos sordos, teniendo en cuenta lo que pasó después, igualmente nefasto para los dos pueblos.

SIEMPRE FRANCIA EN LOS CUADERNOS DE SPEIDEL

Un soldado ve cambiar directamente los horizontes. Hans Speidel no ocupa ningún primer pla-



Otro momento de la toma de posesión del nuevo comandante en jefe de la N. A. T. O. en Fontainebleau

no. Alejado de París vuelve a la teoría. dirige, desde Berlín, la Sección «Ejércitos occidentales». Francia ha quedado lejos: «Me gustaría volver contigo», dice a su mujer. Claro que habla de vacaciones, pero las cosas rodarán para que no pueda hacerlo sino como soldado: teniente coronel en las operaciones del Sarre y del Palatinado. La guerra ha estallado. Sus soldados avanzan mientras el frente se hunde. Tiene que detenerse entonces y estudiar los términos y los principios alemanes para la paz. He aquí, pues, como por misteriosos y paradójicos destinos, el actual comandante de las fuerzas europeas sería, en parte, el definidor teórico de la Francia dividida y ocupada. *Co la vie...*

UN HOMBRE VUELVE AL FRENTE: SPEIDEL

Agregado al comandante en jefe alemán de la Francia ocupada. La guerra parece que será corta a ojos del gran público. ¿Qué piensa Hans Speidel? En las «Memorias» del mariscal Manstein, volvemos a tener una imagen de su presencia, «Estaba siempre sereno y unta a una capacidad notable para el trabajo del Estado Mayor, unos conocimientos generales muy superiores a la media...»

Pero las cosas se fueron prolongando. La vida en Francia se hace difícil. La Resistencia comienza a ser un movimiento peligroso y de creciente importancia. Aparecen las leyes de la guerra, y con ellas las de represalia. Hans Speidel se niega, a pesar de su espíritu disciplinado, a mezclarse en los fusilamientos de los rehenes. Son el comienzo de una serie de altercados con el general Keitel...

¿Resultado? Que el profesor de Historia tiene algo que ver con que las medidas de represalia pasen a las fuerzas de Policía, pero significa para él un traslado a Rusia. Es nuevamente la guerra descarnada, seca y dura. Son días de enorme intensidad. Como jefe del Estado Mayor del V Ejército avanza hasta el Cáucaso. Es la gala de la guerra de Rusia. Le trasladan al mismo puesto que el VIII Ejército, en el momento en que las tropas alemanas quedan cercadas en la bolsa de Tcherkassy. ¿Qué hace el pacífico profesor de Tubingen? Un avión le lleva hasta la bolsa. Se cierra con sus soldados y dirige, contra viento y marea, la retirada de las tropas. Las nevadas de febrero de 1944 escoltan su paso. ¿Piensa ya en la derrota final de todo aquel inmenso esfuerzo?

En realidad no le dan mucho tiempo para pensar: dos meses después, el 15 de abril, se inicia su cuarto retorno a Francia. Esta vez para servir de jefe de Estado Mayor del mariscal Rommel, general en jefe de las tropas que esperan el inminente desembarco aliado.

EL GOLPE DEL 20 DE JULIO

Desde ese momento los acontecimientos se desarrollan con enorme celeridad. En la conjuración de Suabes—Rommel, Speidel y Strollin—, en la primavera de 1944, los tres hombres están con-

vencidos de la inutilidad de la lucha y se comienza a preparar un plan: aliados y alemanes, todos contra los rusos. ¿Era esto posible?

La conspiración del 20 de julio se prolongaba hasta Francia. Ese día Von Stauffenberg depositaba en Prusia Oriental a los pies de Hitler la bomba que había llevado en su cartera.

En París, donde se esperan noticias, la tensión va creciendo. Es el coronel Finck el primero en saber que el atentado ha ocurrido. La noticia es absoluta: se ha formado un nuevo Gobierno provisional.

Finck inmediatamente le comunica al general Blumentritt, que la oye impávidamente, sin mover un solo músculo de la cara. Sin hacer el menor comentario. Sólo dirá Finck, se le escapó al final un suspiro.

Después pidió hablar con el Mariscal Kluge, en su cuartel general. Se puso al teléfono Hans Speidel.

—El Feld-Mariscal está en el frente. Imposible hablar ahora con él.

Blumentritt, temeroso de que el teléfono esté vigilado, duda en dar la noticia. Al final se decide por una leve indicación:

—Speidel, hay noticias de Berlín... Mort.

—¿Cómo?—pregunta Speidel, que no entiende.

—Noticias de Berlín... ¡Mort!

—¡Muerto!

Así llega la noticia. Pero la noticia es falsa. Cuando las tropas de Kluge han detenido y desarmado a las SS y las fuerzas de la Policía se oye por radio la alocución de Hitler: «Unos oficiales desarmados y ambiciosos...»

Comienzan en medio de la retirada las detenciones y los fusilamientos. Rommel muere de manera misteriosa. El general Stulpnagel se suicida, pero el balazo le deja únicamente ciego. Ciego sería pasado por las armas. El mariscal Kluge, aunque vuelve a ponerse a las órdenes de Berlín, busca la muerte de manera tan insistente y desconcertante en el frente que es señalado ya como un traidor más. Le relevan del mando de Francia sin decirle una palabra. Cuando regresa de las trincheras de primera línea como un soldado más, se encuentra a su sucesor.

Hans Speidel sale librado provisionalmente. Es un hombre gris, sereno, imperturbable. Hace frente a la situación. Considerado entre los sospechosos, la Gestapo tarda unos meses en tomar posición contra él. Mientras tanto, una nueva orden: «Vuele los puentes de París antes de abandonar la capital...»

Speidel se niega terminante a volar los puentes, y por esta causa la ciudad no sufrió daños en la retirada. Pero la indisciplina colma la medida: el 7 de septiembre de 1944 le detienen. ¿Cómo se salva? Rueda de un campo a otro de concentración. Cuando le van a fusilar, una orden le hace variar de destino y pasar a otra cárcel.

—Yo—ha contado Speidel—me defendí sobre unas bases lógicas y desprovisto totalmente de emoción.

Transferido, por último, al sur de Alemania, le salvaron del piquete de ejecución las primeras

unidades francesas de la División Rhin y Danubio.

LA HORA DE LA PAZ Y DE LA GUERRA

En 1945, Hans Speidel, mientras su hermano es condenado por crímenes de guerra en Grecia, se reincorpora a la vida ciudadana. Vestido de paisano, dedicado a los libros, vuelve a ser el profesor de la Universidad de Tubingen, en la que da clases de Historia. En Bonn, donde vive con su mujer y sus dos hijas, le ven pasar por la calle con su desconcertante tranquilidad. Así hasta que en 1948, Teodoro Heuss, Carlos Schmidt y... Speidel advierten que no hay defensa sin Alemania. La firma del Pacto de la O. T. A. N. tiene un representante oficioso de Alemania: el general Hans Speidel. El hombre que sabe esperar, dirá François Courtet

LA POLEMICA FRANCESA EN TORNO AL GENERAL ALEMAN

En general, la Prensa francesa ha tratado con realismo el nombramiento del profesor de Tubingen. «La situación—dicen algunos de ellos—es bien clara: Alemania será pronto el más fuerte contingente militar frente a Rusia. Reclamara entonces un general alemán: es preferible Speidel a cualquier otro.»

La Prensa comunista, naturalmente, ha recusado totalmente no solo al general, sino todo lo que suponga rearme alemán; pero como esto es asunto previsto, conviene echar un vistazo para tener una idea completa, pros y contras, de las razones adversas que han motivado algunas ásperas críticas contra el nombramiento.

En primer lugar, se puso en circulación la copia de un documento, aparentemente dirigido por el general Speidel a Mr. Allan Dulles—jefe de los servicios del Intelligence Service americano o Central Intelligence Agency—, en el que se daba cuenta, minuciosa y muy desagradablemente para Francia, de todos los aspectos y estado del Ejército francés. En el documento—a cuya publicación se produjo un mentís categórico de Speidel—se daba por hecho que el Pentágono había prometido que la dirección de las tropas de tierra sería ofrecida a Alemania...

Como es natural, este documento y varios otros más sirvieron para herir el amor propio francés. Se puso entonces en marcha la tesis de que la verdadera ocupación de Speidel al frente de las viejas organizaciones de «Ejércitos Extranjeros» y la sección «Francia-Oeste» no había sido otra cosa que la máscara del espionaje. Su relación con Allan Dulles ratificaría esto...

La verdad es que el mando supremo de las Fuerzas Aliadas de Europa en la O. T. A. N. ha desechado completamente estas tendencias y ha recibido al teniente general Hans Speidel como un destacado soldado. Tal es, pues, en líneas generales, la historia del hombre y el origen fundamental de la polémica. No deja de ser singular, no obstante, el destino de este soldado alemán, hoy cabeza de las tropas que miran a Berlín.

Enrique RUIZ GARCIA

EL RESCATE DEL ARBOL

NUEVA LEY PARA NUEVOS BOSQUES

AYUDAS TÉCNICAS Y ECONÓMICAS A LA REPOBLACION FORESTAL



Los «jeeps» del Ministerio de Agricultura atraviesan un coto de repoblación forestal

La caravana salió al anoche- cer. Eran dos largas filas, monótonas y largas, que marchaban al mismo ritmo. Cuando la cabeza se paraba, la columna detenía su marcha. Caminaban sin atropellos, a un ritmo pausado, casi sin ruido. Allá abajo, a veinte metros, quedaba el suelo, cada vez más lejano. Pronto se hizo de noche. Había comenzado la hora de las orugas. Eran las procesionarias largas y silenciosas que avanzaban en dos filas, una al lado de otra, árbol arriba.

Habían salido con los últimos rayos de la tarde de su bolsa blanca, el algodonoso refugio de las horas diurnas. Ahora buscaban la comida, y el gran pino estaba allí, indefenso en toda su potencia. Su trabajo de destrucción era metódico, las pequeñas bocas engullían con rapidez esas agujas verdes, que son las hojas de los pinares. Trabajaban de pri-

sa y a conciencia. Unas noches más y el gran árbol sería ya un fantasma inútil en el corazón del bosque. No era lenta la destrucción; eran muchas las orugas y muchos los días que tuvieron por delante.

Antes sólo quedaba esperar que



Las tareas de repoblación no son sólo misión del Estado. Incumben a todos. Una centuria del Frente de Juventudes cavando hoyos en donde se hincaron nuevos árboles



Tras esta valla comienza un coto de repoblación. De allí saldrá la riqueza forestal del futuro

un pedrisco destruyera las bolsas donde se refugiaban o que una helada tardía sorprendiera a las procesionarias en su paseo por la enramada. Aquel año por lo menos la plaga estaba vencida. Pero no siempre llegaba el remedio caído del cielo.

Y, por fin, en un momento cualquiera se dió la voz de alarma: 1.700.000 hectáreas de pinares y encinares se hallaban amenazados por las plagas, expuestos al hongo, la lagarta o la misma procesionaria. Los bosques de España estaban en peligro y aquello fue sólo el hilo que desenredó el espeso ovillo. Salieron a la palestra erosiones e incendios, inundaciones y saquias, talas y esquilma- ciones, toda la secuela de viejos problemas en el árbol peninsular.



Una torre de vigilancia se alza en el bosque. Desde arriba se monta la guardia. Al menor rastro de humo, la voz de alarma pone en marcha los servicios de extinción de incendios

La vieja política de café y casino se había olvidado del bosque y las consecuencias se hacían sentir en la carne de España. El empobrecimiento de los espacios forestales trajo el paro, el éxodo, la reducción de nuestras importaciones. Había que volver al árbol como fuente de vida, vivir a su sombra y reparar en lo que ofrecía.

España, país de bosques, se estaba convirtiendo en un inmenso erial.

Y dando marcha atrás en la historia forestal de España, hay que retroceder seiscientos años para encontrarnos las imágenes idílicas del bosque hispano. Entonces era posible ese viejo sueño de Tarzán o de la ardilla: viajar desde Tarifa a los Pirineos de rama en rama, sin tocar la tierra. España era una inmensa selva con un sólo protagonista: el árbol, repetido hasta el infinito. Una vez los pinos graves y serios que se asomaban hasta el mar, o los chopos agrupados junto a una ribera, o los pinsapos de la serranía rondaña. Quizá también las largas alamedas, un poco tristes y siempre inquietas, o los robledales como aquel de Corpes, donde fueron azotadas las hijas de Rodrigo Díaz de Vivar.

La tierra de la Península se sujetaba con raíces en un abrazo largo, pero la amenaza de muerte estaba cerca. De aquí hasta el siglo XIX todo fue un dejar morir la riqueza forestal de España. El árbol, ese viejo hidalgo que nunca protestaba, era cada vez más raro sobre la piel de toro de la

Península. Los incendios, cuando el verano cae aplomo sobre los bosques, nacen siempre sin que nadie los provoque. En un rincón resguardado, donde llegan más fuertes los rayos del sol y las hojas secas de los pinos se amontonan, recalentadas, prende pronto la chispa, a veces nacida del calor de la caída de una rama o una piña. Después, kilómetros y kilómetros se pasean las llamas si nada se ocupa de detenerlas.

El crecimiento de la población empujaba también a buscar nuevas zonas de cultivo en los bosques. Un incendio provocado y un bosque que se va para siempre, dejando lugar a unas tierras aptas para la agricultura. Y

luego, también las talas. Había madera fácil en los bosques y las gentes se olvidaron de guardar esta gallina de los huevos de oro. Siempre cortando, sin ninguna repoblación, y pronto no hubo tronco en donde aplicar el hacha.

Y llegaron poco a poco los remedios. A mediados del XIX, España contaba con 24 millones de hectáreas que no podían llevar otro cultivo que el forestal. Poco más de una tercera parte, 7.300.000 hectáreas exactamente, estaban cubiertas, mal o bien, por los bosques. El resto hasta llegar a los 24 millones eran sólo calveros y despoblados que se multiplicaban cada día. Se crea el Cuerpo de Ingenieros de Montes y empieza a nacer, todavía débilmente, una política forestal.

UNA LEY PARA EL FUTURO

Ha comenzado seriamente la preocupación por los bosques españoles, pero todavía pasará mucho tiempo hasta que esta obsesión por el árbol se plasme en algo más que en proyectos. Don Miguel, la Dictadura y el conde de Guadalhorce consiguen lo que entonces pareció un derroche: cien millones de pesetas destinados a la repoblación de nuestras superficies forestales.

Hoy todas esas preocupaciones han cristalizado en unas realizaciones fructíferas. La estructuración actual de los servicios del bosque se la reparten dos organismos del Ministerio de Agricultura: la Dirección General de Montes y el Patrimonio Forestal del Estado.

Desde arriba, un alto organismo inspecciona las actividades forestales y controla toda la política de bosques. Es el Consejo Superior de Montes.

Los hombres de las selvas han llevado el avión hasta sus tierras. Las avionetas que rozan las copas de los árboles y vuelan dejando el gran rastro blanco del insecticida pertenecen a los Servicios de Plagas Forestales de la Dirección General de Montes; todo un ejército en la pelea contra los pequeños y grandes enemigos del bosque español.

Los árboles de la Península van a conocer mejores tiempos. Nuevos cuidados y atenciones para los seres que se incrustan en el paisaje.



Los plantones de nuevos árboles se alinean a lo largo del vivero

Y por fin una legislación distinta para el bosque. El Gobierno ha presentado a las Cortes el proyecto de una nueva Ley de Montes que suprimirá y renovará diez viejas disposiciones. En el esqueleto de la fórmula legal están los objetivos primordiales de la política forestal. Las tareas de repoblación han sido realizadas bajo la sujeción de antiguas normas cuyo espíritu queda ya muy a trasmano en un momento en que se han superado todas las marcas. El proyecto coordina el interés del terreno forestal, el problema social que entraña el bosque cuando éste se pierde y las ayudas técnicas y económicas que vitalicen el árbol.

Fuera de todo eso nuevas medidas contra los abusos. La propiedad obliga y todos habrán de colaborar en una tarea que beneficia también a todos. Los servicios de protección de nuestras superficies forestales van a tener en su mano instrumentos coactivos. No es tanta su gravedad como la de aquel apartado del viejo «Fuero Juzgo» que castigaba con la pena de muerte al que cortare árboles con mala intención. Simplemente velar, vigilar siempre la vida de esas grandes comunidades inmóviles, pero vivas que son los bosques.

Y con la Ley que defiende el árbol, teléfonos y caminos forestales, nuevas comunicaciones en el corazón de los bosques españoles para estar preparados ante cualquier eventualidad. Desde la terminación de la Cruzada han nacido 2.574 kilómetros de vías forestales. Por ellas se explotará de un modo racional las riquezas de los bosques, y por ellas también llegará el auxilio del hombre cuando el árbol esté en peligro.

LA BATALLA DEL ARBOL

Y el árbol está allí. Primero fué un hoyo en la tierra y después llegó el pequeño vegetal, proyecto de enramada. Los arbolitos se apretaban en una parcela de terreno que era casi un marcial continuo. Un día cualquiera el árbol, al estirar sus raíces, se dió cuenta de que era dulto.

Del suelo llegaba su sustento y a la tierra devolvía los favores. La ancha copa frenaba la fuerza mecánica del agua de lluvia que caía sobre la tierra. De otro modo, con sus raíces defendía la tierra del ataque de las aguas. Las torrenteras no se llevan la capa vegetal si hay algo que aglutine las piedras, el barro y la ladera: las raíces que se cruzan y revuelven sujetan fuertemente la tierra sobre la que se asienta el árbol.

Las hojas traían las lluvias que el árbol aprendió a domesticar y suavizaban también las temperaturas extremas. Una superficie de regadío debe dedicar cuando menos la tercera parte a las especies forestales de rápido crecimiento: chopo, álamo, eucalipto. Un pantano tiene que contar con una masa arbórea circundante. Nada cuenta la capacidad si las lluvias no llegan y las aguas vienen tras los bosques. Un kilómetro cuadrado de bosque cubierto puede recibir hasta 14 litros de lluvia; cinco, si los árboles escasean, y solo dos si no existen.

Los Servicios de Repoblación

son la avanzadilla directa en la lucha contra la erosión. Primero son los árboles que se van; después poco a poco, las aguas roban la tierra a la vertiente y la amontonan allá abajo hasta que la avenida de la torrentera se las lleva para siempre, cauce abajo. Allí queda la rica, pelada completamente, al aire, como un cadáver que ya es imposible que resucite, porque repoblar es prevenirse en salud. Después no queda nada que hacer sino cruzar de brazos, y la política forestal del Estado así lo ha entendido y evitado. Cuando la tierra se pela la semilla no agarra, y tras las tierras que se van queda el agua violenta que no puede ser absorbida para dar aliento a las corrientes subterráneas.

Llegan al hilo de las explicaciones las cifras que lo dicen todo. En 1939, cuando gran parte de los bosques españoles habían desaparecido en las batallas de la Cruzada y otros tantos se dañaron por el abandono de tres años de forzado descuido, fueron repobladas 800 hectáreas. De aquí en adelante la curva trepa por el entramado de los años, a saltos con prisas. En 1940 son ya 7.485, y un año más tarde, 16.718. En 1946 alcanzan la cifra de hectáreas 47.916. Todo va rápido porque hay que ganar el tiempo perdido. España está recuperando ahora viejas posiciones. Antes de dar comienzo la campaña de repoblación emprendida por el Estado la situación española en el porcentaje mundial era claramente desfavorable. Los montes se hallaban reducidos a simples desechos y así naciones como Portugal producían en cifras absolutas una cantidad de madera al año que era siete veces superior a la de España.

El resultado ha valido la pena: de 1939 a 1955, más de 600.000 hectáreas repobladas, cifra no alcanzada por ningún país del mundo. Nuestro estirón ha llevado a España al primer puesto entre las naciones repobladoras. Para conseguir estas victorias ha sido preciso crear una retaguardia en la batalla por el árbol. Los Servicios Forestales del Ministerio de Agricultura disponen hoy de 4.916 viveros, que son como las nodrizas de las nuevas superficies forestales. De allí han salido durante quince años árboles disminu-

tos en números que exigen muchas cifras: 5500 millones de plantas resinosas y 94 millones de plantas frondosas. Las 391.743 áreas que suman las superficies de viveros de España han trabajado a pleno rendimiento, con la conciencia de la prisa y la productividad en el alma de los hombres que creaban riqueza para un futuro de muchos años.

Y las prisas no llevaron aparejada la imprevisión. Todo se tuvo en cuenta. Cada terreno, cada clima y cada explotación maderera exigió una repoblación distinta y adecuada. Para eso estaba el Instituto Forestal de Investigaciones y Experiencias, donde se analizan y desmenuzan todos los proyectos de repoblación en las distintas comarcas españolas. En los terrenos de la Puerta de Hierro de Madrid se elevan, rodeadas de viveros, las instalaciones de este Centro de investigación forestal. Allí se cultivan las especies arbóreas que han crecido bajo el cielo de España y se analizan los árboles de otros países para estudiar su aclimatación a nuestra Patria. Y dentro bajo los techos del edificio quedan las secciones de laboratorio, análisis de resinas, de maderas, de hidráulica torrencial, de celulosa, de suelos botánicos y muchas más que colocan bajo el microscopio y la mesa de investigación los problemas y dificultades que salvará la técnica puesta al cuidado de nuestra riqueza forestal.

España, por sus condiciones naturales y las tareas repobladoras, se está convirtiendo en este aspecto en un país típicamente forestal. Son más de 25.000.000 de hectáreas las que cubren los bosques de nuestra Patria. Y a la hora de pensar en las zonas de concentración de estos árboles que sostienen el suelo y la lluvia, hay que hablar de Extremadura, dos provincias que se llevan la palma de este «marathon» de troncos, hojas y raíces. Badajoz marcha a la cabeza de todas las provincias españolas, con 1.276.000 hectáreas. Detrás sigue Cáceres, casi con igual cifra 1.193.000. El núcleo arbóreo de España, casi como el eje de su riqueza maderera, se prolonga en Ciudad Real y concluye en Cuenca. Otro gran núcleo debe su existencia a los Pirineos, con los grandes bosques de Huesca y Zaragoza.



Los tractores están listos, moverán la tierra donde nacerá después un bosque

EL BOSQUE EN LLAMAS

Por tierras de Segovia el paisaje desdice un tanto la leyenda falsa de la sequedad castellana. La meseta es un pinar inmenso cortado a veces por la vegetación de las orillas de un río, Eresma, Voltoya, o un arroyo, como el Valiássa. Son tierras de Coca, Nava de la Asunción, Cuéllar, y más hacia la sierra de Guadarrama, El Espinar o Balsain. Aquellos pinos no fueron plantados para dar sombra o leña. En el costado llevan una larga herida y al pie un vaso de barro donde cae lentamente la resina. Un hombre, azuela en mano, renueva las heridas o vacía en una tinaja el contenido de las vasijas. El burro transportará el líquido viscoso a las refinerías y allí la miera, la resina, se hará colofonia, aguarrrás o cualquier otro producto resinoso. Mientras tanto, la herida cicatrizará en el costado del pino y el hombre volverá a abrir otra en el costado opuesto. Todo es volver a empezar; durante muchos años este árbol, que no produce piñones ni madera, da algo mejor: su savia, que extraída con prudencia, supone más de 40.000.000 de kilos de resina al año en toda España, por valor de unos 100.000.000 de pesetas.

También aquí llegaron los Servicios de Repoblación Forestal, y junto a los pinares crecen las «pimpolladas» la muchedumbre ordenada de pequeños pinos que después será preciso podar. Cortos de talla, las ramas les brotan por todo el tronco, formando un matorral que se eleva con el paso del tiempo. El hacha, que ahora ayuda, cortará las ramas inferiores hasta dejar sólo la copa aérea del pino; después, veinte años de espera hasta que el hombre de la azuela juzgue llegado el momento oportuno y rasgue por vez primera la rugosa corteza del árbol, de donde brotarán las primeras gotas de ese líquido blanco y brillante llamado resina.

Estos pinares producen cada año de 1,50 a 4 kilos de miera por árbol con una media de 2,25 kilos, lo que proporciona por cada hectárea de pinos una renta anual de 250 pesetas.

En estas tierras, más que en ningún otro bosque, está siempre latente el peligro de los incendios. Ya no es sólo el árbol o las hojas secas el combustible de las llamas, son las tinajas de resina,

a la espera de ser recogidas, las que acusan, con su humareda negra en una tarde veraniega, la presencia del incendio. Sólo hay un remedio que poner en práctica: los cortafuegos, un ancho rastro de tierra desprovista de vegetación que divide al bosque en reducidas parcelas. Ese pequeño desierto inmoviliza las llamas en tanto lleguen los hombres, atraídos de lejos por el humo y las campanas de la iglesia, que tocan a recato. Los Servicios Forestales, mediante una eficaz limpieza de estos cortafuegos, mantienen así reducida y localizada esta plaga, una más entre las que amenazan perpetuamente el bosque.

Fasan de trescientos los incendios que cada año brotan en los montes públicos, y en seis años han representado la pérdida de un millón de árboles. Esta sangría económica hallará pronto remedio con el establecimiento de un Seguro obligatorio sobre los montes que ponga a cubierto de la ruina provocada por una simple chispa. Y después del incendio hay que empezar con la misma voluntad de antes; la tierra es sólo una mancha negra, un revoltijo de tizones y pavesas que es preciso no dejar abandonadas. Ha llegado el momento de repoblar, y los jóvenes árboles se harán en los terrenos donde otros más viejos perecieron.

CELULOSA Y CORCHO EN LA AVANZADA DE LA INDUSTRIALIZACIÓN

A Vigo llegó un barco que venía de Australia. Está mediado el siglo XIX. Con el barco llegó un misionero, de vuelta de evangelizaciones; con el misionero, unos glóbulos oscuros, unas bolitas que casi no son nada. El misionero deja el barco y toma la ruta de Túy, en la provincia de Pontevedra. Allí ensaya sus pequeñas esferas. Son las semillas de un árbol exótico: el eucalipto. Dicen que tiene virtudes medicinales contra el resfriado y la congestión de las vías respiratorias; dicen también que deseca los pantanos y después se ve que esto último no es cierto. De todas maneras, poco importa. Lo que empezó siendo un experimento de aficionado es hoy la base de un buen capítulo forestal español. Aquellos arbolitos del misionero son hoy más de veinticinco millones de eucaliptos repartidos en el

norte y sur de la Península; Galicia, Asturias y Santander, arriba; Huelva, Sevilla y Cádiz, abajo.

España ha sido la primera nación del mundo que ha conseguido celulosa noble a partir de la madera de este árbol. Decir celulosa es decir pasta de papel y fibra artificial, dos productos que señalan todo un proceso de industrialización, conseguido gracias a los bosques. Con anterioridad a 1940 la superficie ocupada por el eucalipto era sólo de unas 2.000 hectáreas. Hoy este producto forestal rebasa las 8.500 hectáreas. Las consecuencias a la hora de obtener la celulosa son claras. Los planes actualmente en vigor prevén un desarrollo de la producción desde las 16.000 toneladas al año que se extraen hoy a las 40.000 de un futuro que casi es presente porque el eucalipto es un árbol de rápido desarrollo y las factorías han ampliado ya sus instalaciones.

España figura en segundo lugar entre las naciones de mayor superficie dedicada a la producción de corcho. Después de Portugal, con 750.000 hectáreas, sigue nuestra Patria, con 530.000 hectáreas de alcornoques, lo que prácticamente nos asegura un importante control de los mercados internacionales. De nada han valido los ensayos realizados por Estados Unidos y Rusia para la aclimatación en sus tierras de este árbol, que se extiende por Andalucía, Extremadura y Cataluña.

La industria corchera mundial tiene en nuestros bosques uno de sus más importantes aprovisionamientos. La fabricación de aglomerados de carbón, la montanera y además la propia madera del alcornoque son otras tantas señales del valor de este árbol de apariencia modesta. La producción española de corcho supone cada año un valor medio superior a los 100 millones de pesetas, que a veces, como en 1954, se remonta hasta lograr la bonita cifra de 262 millones.

En los últimos años nuestras exportaciones de corcho hacia mercados exteriores representaron cerca de los 500.000 quintales métricos anuales. A la hora de pensar en divisas para nuestra balanza de pagos era casi 15 millones de dólares cada año el producto total de nuestras ventas. Los grandes países del mundo occidental conocen bien la calidad del corcho español. Estados Unidos, Canadá e Inglaterra, entre los más importantes, pueden dar fe de la importancia de nuestra producción.

Casi como un tópico inevitable en el momento de mencionar los aprovechamientos forestales surge la madera, más de tres millones de metros cúbicos al año, que se extraen de los montes españoles, mediante una explotación racional. Ha pasado la hora de las talas abusivas, del propietario que cortaba porque resultaba negocio vender sin tener en cuenta que después habrían de pasar muchos años—veinte, treinta, cincuenta—hasta que lo desaparecido pudiera ser repuesto. La legislación actual ha frenado los descuidos en la explotación maderera. Luego vienen las



El pequeño y potente vehículo transporta un gran fumigador, que llevará salud al bosque

diversificaciones, distintos usos, distintas propiedades y también, claro está, distintos precios para la madera de pino, de roble, de haya y del modesto y revalorizado chopo.

Galicia representa por sí sola un importante centro de nuestra producción con la tercera parte del total. Y dentro de Galicia, Lugo, donde los planes de repoblación forestal dan una clara prueba de su eficacia. Las maderas lucenses salen camino de Asturias. Allí, el entibado de las minas requiere muchos troncos, y después, para el interior, marchan también hacia Valladolid, donde son absorbidos por la industria de tableros. Estas son ya maderas mejores y que resuelven un importante capítulo de nuestras antiguas importaciones.

Lugo es la provincia que recoge ahora los resultados de una intensa repoblación. Ha sido aquí donde en mayor escala se han aplicado estos trabajos en más de 50.000 hectáreas, y el plan se extiende todavía hasta completar las 100.000 hectáreas previstas.

En Lugo, como en muchas zonas españolas, las tareas de repoblación forestal han traído también la solución para otros problemas. La agricultura, que exige faenas intensivas, no ocupaba a los hombres durante unos meses al año. Antes no quedaba otro remedio que esperar la llegada de la siega, con la escueta ayuda de los subsidios eventuales de paro. Hoy, la repoblación da trabajo a los trabajadores del campo español. El Patrimonio Forestal del Estado ha pagado a lo largo de los planes de repoblación cerca de 50 millones de jornales.

EL ARBOL, EN LA ESCUELA

El árbol y el niño aparecieron durante mucho tiempo reñidos en su historia. El árbol era reposo y serenidad, y quizá por eso tropezaron siempre con la inquietud de unos pantalones cortos. Nació aquella Fiesta del Árbol, y el niño

aprendió a plantarle, a cuidar de él, porque se lo enseñaban un día al año para volver a aprenderlo y olvidarlo. Los nidos de los pájaros, el trepar rápido por las ramas y el desgajarlas por capricho llegaban apenas se habían extinguido las últimas máximas, cargadas de buenas intenciones.

El Patrimonio Forestal del Estado ha hecho algo que servirá como el más fuerte recordatorio en el alma infantil, instituyendo

lo que podría ser el perpetuo Día del Árbol: nada más ni nada menos que los Cotos Escolares de Previsión. Fueron creados en 1952 por virtud de una disposición legal y son hoy una realidad en la vida del Magisterio.

El Patrimonio Forestal del Estado concede a las escuelas una personalidad, pueden tener propiedades y las regala un coto, los niños saben que aquello es suyo, de todos y para todos, y como tal hay que cuidarlo.

Bajo el cuidado del maestro, los niños de España aprenden ahora el amor al árbol. No se trata de introducir aquí el viejo mito nórdico de la adoración a la Naturaleza, simbolizada en un tronco vivo, como única manifestación de la Divinidad. Es una manera española y cristiana de conservar y aumentar lo que Dios puso en nuestras manos: los bosques.

En las escuelas se ha dado a conocer la existencia del más viejo amigo del hombre, del aliado más antiguo y eficaz. Cuando él desaparece, el hombre es sólo una mota en movimiento que se arrastra en el desierto. Bajo sus ramas está la vida y la riqueza que en España comienza ahora a relucir.

Guillermo SOLANA ALONSO



Un equipo personal de fumigación. El hombre vestido de blanco extermina los insectos que se alimentan de la madera del chopo



La avioneta fumigadora extenderá un chorro blanco sobre las copas de los árboles para combatir las plagas



UNA TIERRA FELIZ EN LA QUE AUN SE CREE EN LO MARAVILLOSO



Los pinos bajan hasta la orilla del mar en Ibiza, paraíso de turistas y veraneantes. Arriba: Vista panorámica de San Antonio Abad. Abajo: La Cala Grassió

San Antonio Abad y Santa Eulalia del Río, lugares de turismo internacional

«FAMELIA» Y OTROS DUENDES EN LAS FABULAS PAYESAS

He llegado a San Antonio Abad, el pintoresco pueblo que, junto con Santa Eulalia del Río, son los sitios de

veraneo más concurridos de Ibiza. Todavía no hay nadie más que los habituales extranjeros que viven aquí todo el año. Los hoteles, con excepción del Sabinas y el Bahía permanecen aún cerrados. En La Esmeralda, la fonda donde me hospedo, me explican:

—Los hoteles de lujo abren para Semana Santa. En esas fechas ya San Antonio se empieza a llenar. Viene gente a pasar en descanso aquí sus días de vacaciones y a ver las ceremonias religiosas, que son muy típicas. Después ya no dejan los turistas y la gente de Madrid y, sobre todo, de Barcelona de venir.

Y una piensa que esta isla no está ciertamente al alcance de la mano de Madrid, y, sin embargo, quien ha gustado una vez de su paz ya se sentirá para siempre preso en su atractivo y ven-



El hotel Tanit, en San Antonio Abad, de típica construcción ibicence, extiende sus terrazas frente al Mediterráneo



La mantellina blanca para ir a la iglesia, la negra para los lutos. Aquí vemos un grupo de payesas de Ibiza durante una ceromonia de Semana Santa

drá, aunque esté lejos, pero vendrá. Hechicería tiene Ibiza y yo recuerdo ahora a una señora catalana, que vive en la misma Ciudad Condal y que, viniendo en autocar a San Antonio, me ha dicho esta mañana: «Yo cuando estoy en Barcelona de repente empiezo a sentir una extraña nostalgia. Me parece que huelo a las sabinas y a las retamas de aquí y le digo a mi marido: «Ectoy oliendo a Ibiza.» Y él me contesta: «Malo, malo, malísimo. Eso quiere decir que tendrás que ir dentro de poco.» Y efectivamente. Me tengo que venir unos días porque si no yo creo que me pondría enferma.» Después de oír esto yo me pongo a la defensiva con esta tierra. No quiero que me atrape en sus sutiles redes de encantamiento, no quiero que me conquiste. Pero nadie se puede evadir de su poderoso influjo. Cuando esta mañana estoy sentada en la mesa de un bar a la orilla misma del mar me siento invadida de un cansancio espiritual tan grande que necesariamente tendrá que echarlo de menos en otros sitios, donde el tráfago me cerque y me envuelva. San Antonio Abad es el «Portus Magnus» de los romanos, el gran puerto donde las

naves del Imperio se guarecían seguras. Y fué el Portmany del arzobispo Guillermo de Montgri, del infante don Pedro de Portugal y del conde Nuño Sans, conquistadores de la isla. A Portmany arribó Carlos V de vuelta de Angel. Ahora Portmany o San Antonio Abad es una inmensa bahía. El agua brilla y rebrilla en ella. Enfrente, a lo lejos, los montes de pinos, y en primer plano, con el trasfondo verde de estas colinas los hoteles blancos y achatados de modernas, pero características edificaciones de la isla, que les hace asemejarse a grandes pájaros blancos con las alas extendidas. El pico más destacado de estos montes que quedan ahí enfrente de mí es la Atalaya de San José, que es la eminencia más alta de la isla, ya que tiene 450 metros. También está ahí el monte del Vergel, Puig dens Vergel, en ibicenico, y el Puig dens Querdineta. El sol cae sobre ellos, haciendo más verdes sus pinos. Hacen daño los contrastes de color. El cielo, de un celeste fuerte, da la sensación de juntarse allá en el horizonte con las verdes monta-

ñas, y éstas a su vez descienden casi hasta la orilla de las playas de esta bahía que forma un ancho semicírculo. El agua, a medida que las horas corren en el reloj, va pasando por diferentes matices. Hace un rato era de un color plata hiriente por su brillo; después se fué tornando celeste. Ahora, cuando van a dar las dos de la tarde, se ha vuelto, sin duda de las sombras de tanta vegetación como la circunda, de un azul zafiro. Y una calma maravillosa en todo. No hay ni un ruido en San Antonio. Por este silencio, cuando una barca de pesca desamarra del muellecito que está a mi derecha, me llega claramente el golpoteo de sus remos en el agua. Y vuelvo la cabeza y veo al hombre de pie sobre su barca abriendo surcos en el mar quieto mientras se aleja. Irá a pescar las arañas, las ratas, como ellos llaman a un pescado que yo no conocía y dicen es muy sabroso, o pescará dentones, bonitos, congrios, calamares y las famosas langostas de Ibiza, que aquí precisamente en San Antonio hay un criadero entre las rocas. Toda esta pesca de la isla se exporta a Palma de Mallorca y a Barcelona y supone una gran riqueza.



Izquierda: Pórticos de la original iglesia de Santa Eulalia del Río. Derecha: Iglesia del pueblo de San José que fué levantada con el esfuerzo de los hombres y mujeres que rezaban mientras trabajaban

La terraza donde estoy sentada, al lado mismo del mar, es un tablado de madera levantado sobre la arena. El bar está al fondo en una casa después de cruzar el malecón de palmeras. Desde él un camarero va y viene diligente. Es un muchacho alto que debe de ser rubio, pero está tostado por el sol. En la terraza dos extranjeras hablan en inglés y llaman a su perrita blanca en castellano. «Pelusa». Ellas callan de cuando en cuando y cierran los ojos mientras reciben el sol. Parece que se sienten vivificar en esta temperatura cálida y magnífica que se disfruta. Para mí este breve descanso me parece que me remansa el alma. Como que me quedaría aquí no sé cuantos meses sin desear nada más. Nada más que este paisaje y esta bahía que parece un lago y esta tranquilidad. Yo le diría a todo el que está cansado de ciudades: «Venga usted, amigo, a encontrar el reposo en San Antonio.» Pero como descansando, lo que se llama descansando del todo, no es posible que yo esté, pues el trabajo me apremia, he sacado mi bloc y voy transcribiendo a él todas estas impresiones. El camarero al que mis vecinas han llamado para que les traiga el segundo doble de café con leche se acerca a mi mesa y curioso me pregunta:

—¿Escribe usted?

—Ya lo ve.

—Sí, pero yo le quería preguntar que si está escribiendo una novela. ¡Como aquí todo el mundo que viene escribe novelas!... Mire, allí vivía mister Lamman, que escribía novelas policíacas. Estuvo aquí un año. Se fué, pero volverá pronto a escribir otra vez. Y allí vive otro extranjero escritor. Y allá otro, y por allá por el campo...

Y el muchacho va señalando en todas direcciones.

Y calla. Pero yo sé que aquí en otra casa de éstas escribe también René de Fonjallaz, que escribió últimamente su novela «El francés», precisamente basada en sucesos ocurridos aquí en Ibiza, en la casa de San Vicente. Ahora René de Fonjallaz está terminando otra novela. Mientras pienso todo esto creo que ya hay tiempo para que el camarero se haya ido, pero cuando levanto la vista aún está ante mi mesa. Su expresión es tan ingenua y natural que no puede una molestarse por su intrusión. Es un buen y curioso payés. Por eso él insiste de nuevo:

—Bueno, pero por lo menos estará usted escribiendo para un periódico. Ya veo que no es una carta. Son notas lo que está haciendo.

—Bien eso sí, para un periódico...

El muchacho me mira radiante:

—Es que uno se alegra de que su tierra sea tan bonita que toda la gente venga a contar cómo es...

—Claro, hombre, no es para menos.

—Entonces lo que puede usted hacer es ir esta noche a ver pescar calamares. Así podrá contar

una de las cosas más típicas de aquí. ¿Quiere que avise a algún pescador?

—Pues, no, no avise a nadie. El mar de noche y en una barca me impone.

—Pues se pierde una cosa preciosa.

—No, gracias, no. En tierra también me queda mucho que hacer y que ver.

Y el comunicativo camarero se va porque desde la puerta del bar le llaman: «¡Gilbertooo!»

«VENGA USTED A MI ESTUDIO»

No podría precisar por qué sonrisa o por qué palabra he llegado a conocer a mis vecinas. El caso es que al poco rato de irse el camarero estamos las tres departiendo amigablemente. Una es pintora de abstracto, se llama Katja Meirowsky y es alemana de origen polaco; la otra es sudafricana de El Cabo y se llama Matildin Weiss. Como esta última no sabe alemán es por lo que hablaban en inglés. La señorita Weiss tenía en El Cabo un gran estudio fotográfico, pero del mucho trabajo estaba cansada, tenía «sumenaje», y un día miró en un mapamundi una isla muy distante y sus ojos tropezaron con Ibiza, y a Ibiza se vino y de la ciudad a San Antonio, que era la perfecta calma. Ahora lleva aquí dos años y no ha pensado todavía en regresar a su país:

—Se está tan bien aquí—me dice.

Y su expresión es de completa felicidad.

La pintora es casada y lleva un año en San Antonio. Les habló de Ibiza en Berlín el famoso pintor de abstracto Heinz Trokes, que ya vivió aquí y que ahora está en Alemania sólo una temporada para luego volver. Y aquí tienen su casa cerrada. El matrimonio Meirowsky se vino sin vacilar. Ahora el marido ha ido a Alemania a vender unas posesiones para definitivamente quedarse en la isla.

—En el año que llevamos aquí hemos procurado viajar cada tres meses, Alemania y Suiza, donde yo he expuesto últimamente. También a París, y Ahora estoy preparando otro próximo viaje a Francia, pero volvemos siempre aquí.

—¿Por qué?

—Porque aquí mi marido y yo vivimos más a gusto que en ningún otro sitio. ¿No se quedaría usted también?

—Sí, es verdad. Creo que me quedaría para siempre.

—Venga usted a mi estudio esta tarde. Vivo en una casa de payeses.

—No puedo. Tengo que visitar el pueblo de San José. Pero vuelvo aquí. Me iré mañana en el autocar de las tres de la tarde.

—Entonces tiene tiempo. Puede ir por la mañana.

—Bien, por la mañana, entonces.

—Vendremos a buscarla a las doce. Es lejos, en pleno campo. Y nos fuimos a comer.

Yo dije que estaba en una fonda, y una fonda, para los peninsulares, es una cosa sencilla y sin ninguna pretensión. Pero donde estoy no echo de menos esos hoteles que están cerrados hasta mediado abril. Una fonda siempre es una fonda, pero esto resul-

ta que no lo es, sino un precioso hotelito alhajado todo él con encantadores muebles mallorquines y por todas partes adornos y detalles de buen gusto. Sus suelos, encarnados, brillan como un espejo. Yo como en un santiamén, porque las calles llenas de sol me tientan a estar en ellas, y además debo de marchar muy pronto camino de San José. Ha habido que despojarse, por la temperatura, de rebecas y chaquetas. Sólo una blusa completamente veraniega, y es una delicia poder andar así cuando en Madrid aun a veces llevábamos abrigo.

Por una calle arriba encuentro al señor Alcalde de San Antonio. Cuando me dicen que es él, me acerco:

—He venido a ver San Antonio.

Y tan pronto en la conversación han surgido nombres de lugares y tradiciones, el señor Alcalde, que ya es entrado en años, ha reído.

—¡Es increíble! Pero si usted ya, en los pocos días que lleva en la isla, sabe de aquí más que nosotros mismos.

Y al oírlo me he sentido compensada del trabajo a veces agotador.

Luego él me explica la gran obra que se va a llevar a cabo por las Obras del Puerto. Se trata de una explanada para instalar los bares en el verano encima del mismo mar.

—¿Y hoteles?

—Por todas partes se levantan lujosísimos. Cada año más. Y cada año también viene más gente.

—Pues quede usted con Dios que me voy a San José.

—¡Ah! ¿Sí? ¿Sabe usted que San José es el centro del folklore ibicenco? Allí es donde se conservan las danzas en toda su pureza.

—Pues por eso voy.

El Alcalde ríe otra vez.

—Ve usted como yo no puedo decirle nada que usted ya no sepa. Los periodistas son ustedes terribles. En un poco tiempo escudriñan los siglos enteros.

EL «MUSSENE», EL «MET-CHA» Y LAS EMPREN- DADAS

En la plaza de San Antonio, con airosas palmeras y eleucarias, hay una nutrida parada de autos y alquilo uno para ir a San José. Está el pueblo (que también es Ayuntamiento, con sus correspondientes parroquias o pueblos más pequeños que dependen de él) a poca distancia de San Antonio, un poco más de media hora de coche. Y si San José es donde se conservan todas las tradiciones ibicencas, también es el pueblo más religioso de la isla. Fama tiene en toda esta tierra por sus costumbres edificantes y su acendrada piedad. El chófer me aconseja parar en Can Cocas. Porque es tanto como ir directamente a donde puedo percibir todo el tipo del pueblo. Can Cocas es la casa de don Juan Mari, el Alcalde. Que no le dirán nunca Juan Mari, sino Joan Cocas.

Y esto tiene una explicación. En estos pueblos los payeses se apellidan casi todos igual: Mari, Salas, Mayans, Rivas y unos cuantos apellidos más. En San José sólo hay Mari, Rivas y Salas, y como sería difícil saber de quién se trataba cuando hablasen, ya que en los nombres suele ocurrir igual, pues le ponen un apodo-



El puerto de pescadores llamado Ses Estacas, en Santa Eulalia del Río

a la casa. Y lo que la casa se llama así se nombra a su dueño. De forma que como la casa del Alcalde tiene el sobrenombre de Cocas, los dueños de Can Cocas son Joan Cocas; su mujer, Antonia Cocas; su hija Paquita Cocas y los demás hijos, y así sucesivamente. Y la señora Antonia Cocas, con su traje de payesa, y su hija Paquita, me reciben con los brazos abiertos con esa dulzura y acogimiento de las ibicencas.

—¡Qué lástima! — me dice—. Mi marido no está. Anda en San Francisco con eso del aeródromo que se inaugurará dentro de muy poco. Como aquel lugar de San Francisco pertenece al corregimiento de mi marido...

—Sí, ya sé. Yo he venido porque quería ver bailar.

—Sí, señora, ya lo creo. Verá usted bailar y verá las joyas Todo se lo enseñaremos.

Luego manda a su hija a avisar a los bailarines y los «sonadores», y mientras ella va sacando los cofres y cajitas llenas de collares de oro y sortijas labradas. Es una maravilla lo que la señora alcaldesa pone ante mis ojos. Las sortijas las va poniendo en mis dedos para que mis manos parezcan las de una payesa en día de fiesta. No son sortijas corrientes, sino largas que cubren hasta dos falanges. Mis dedos se quedan rígidos y como enfundados en el afiligranado oro. Ha entrado un hombre alto, delgado y muy moreno. Se ve que trata la casa con familiaridad. Ha tomado asiento mientras habla:

—Dese cuenta que cada muchacha payesa lleva encima lo menos dos kilos de oro.

—Desde luego.

—¿Sabe usted? Cuando hace poco visitó la isla Franco, vino a San José a ver bailar. Y luego, cuando ya se iba, llamó a mi hija para que se acercara a su coche y la felicitó por lo bien que había bailado. Su padre se puso tan honrado con esto.

Y la señora alcaldesa se limpia los ojos que la emoción ha empañado.

—¿Ha visto usted qué gente ésta? —dice el recién llegado.

—Usted habla de ellos como si le sorprendieran, como si usted no fuera de aquí.

—Efectivamente. Yo soy el «metcha».

—¿Y eso qué es?

—El médico. Me llamo Francisco Rebollo y soy de Lorca. Pero me destinaron aquí y ya de aquí no hay quien me mueva. Esto es un paraíso. La gente más buena del mundo. Una tierra maravillosa y unos habitantes que son todo nobleza. ¿Qué más se puede pedir?

Sigo mirando mis dedos enjoyados, que parecen los de una esfinge. Luego me prueban los collares y la enorme cruz de oro también, que siempre pende de ellos. Todo es tan pesado que no lo llevan colgado del cuello, sino prendido en los hombros. Como la hija tarda en volver de avisar a los bailarines, el doctor Rebollo propone:

—Vamos mientras a ver al «musseñe».

—¿El «musseñe»?

—Sí, el cura.

ESTA IGLESIA SE LEVANTO REZANDO

El señor cura, que es nacido en San José, me explica:

—La iglesia de este pueblo estaba derruida y en el 1700 se empezó a construir ésta. ¿Pero cómo creará usted que se hizo?

—Pues, no sé. De alguna forma extraordinaria, porque ya sé que ustedes los de San José son también de una extraordinaria religiosidad.

—Pues, sí, señora. Usted lo ha dicho. De una forma extraordinaria. Entre todo el pueblo, tanto hombres como mujeres. Una vez a la semana se iba a los montes a extraer piedra. Salían rezando el rosario. El cura a la cabeza. Llegaban al monte y rezando picaban y rezando volvían cargados. Se traía para trabajar durante toda la semana. Y en las horas en que se trabajaba también se rezaba un rosario tras

otro. ¿Ha oído algo parecido alguna vez?

Luego entramos en la iglesia, donde aun están de la procesión (ayer fué domingo) y casi todos los domingos hay) las andas en medio de la iglesia. La costumbre es que casi todas las imágenes son llevadas por las muchachas y muy pocas por los muchachos. Yo cuento hasta diecisiete, y así se lo digo al «musseñe». Este se asombra.

—¿Pero se le ha ocurrido contarlas? Qué don de observación tiene usted. Yo no sabía siquiera que eran diecisiete. Sé que va San Francisco, San Isidro y tantas otras imágenes, pero contarlas, lo que se llama contarlas, no me paré nunca a hacerlo. ¡Qué ocurrencial! —repite el buen sacerdote.

—Es el oficio. ¿Sabe usted, señor cura? El oficio.

Luego me enseña un lienzo representando un «Hece Homo» en el que la figura de Cristo está en el reverso pintada también como si estuviera de espalda.

Las pinturas que adornan el púlpito representan distintos pasajes evangélicos y tienen la originalidad de que las figuras van todas vestidas al uso payés.

Cuando salimos de la iglesia surge en la esquina una monja de hábito oscuro sobre el que destaca un delantal claro como el que llevan las mujeres payesas. Parece una payesa más. Se ve que estaba trabajando y de improviso salió a la calle. Como el pueblecito es tan pequeño—cinco mil habitantes y además muchos de éstos diseminados en caseríos—pregunto extrañada:

—¿Pero aquí hay monjas?

—Sí, señora; agustinas.

Al fin vuelve la hija:

—Madre, los bailarines están en el campo podando parras, otros en la sal y otros amasando; hay que esperar que vuelvan del trabajo.

Y esperamos mucho rato, aunque el chófer que me ha traído se desespera y diga que tanto tiempo no era lo convenido y que tendrá que elevar su precio. Pero esta buena gente dice su refrán característico:

—No ve d'un día.

Con el que quieren decir que no va para un día el acelerarse. Que la prisa nunca es buena.

Al fin la chica se va a vestir su traje payés de lujo. A esto le llaman aquí ponerse «molt pulida».

—Venga usted—me dice la madre.

ME CASARE DE BLANCO

Subimos a una cámara alta donde se guardan arcones repletos de ropa. Mientras la hija se viste, la madre los va abriendo ante mí: trajes que pertenecieron a varias generaciones se guardan aquí. Ella va extrayendo las rígidas faldas negras de gruesa tela que va, sin embargo plisada o más bien encañonada y se le dice «gunellas», las mantillas de lana blanca ribeteadas de negro para ir a la iglesia, los corpicos y «abrigals», los delantales completamente bordados en relieve a los que se llama «devantal de mostra», la infinidad de pañuelos de seda para la cabeza, los sombreros de blanca y fina paja con cintas colgando:

—Estos sombreros antes eran muy elegantes, pero ahora están un poco pasados de moda. La gente joven casi no los usa. Pero yo en mi juventud estaba muy favorecida con ellos. Sientan muy bien. Ven, Paquita.

Y se lo prueba. Efectivamente, es de una gracia incomparable y fina. Parecen pastoras de Watteau.

Luego abren otro arcón:

—Con este traje me casé yo. ¿sabe usted?

Y van apareciendo incomparables galas payesas.

—¿Tú también te casarás de payesa, Paquita?—pregunto.

—No, yo me casaré de blanco.

—Como ella ya ha corrido tanto mundo...—dice la madre.

Y es que estas muchachas y muchachos de San José fueron con su grupo folklórico al certamen internacional inglés que se celebra en Langollen, la cuenca minera del País de Gales. Ibañ integrados en Educación y Descanso y alcanzaron con sus milenarias danzas el premio extraordinario. E igualmente el año pasado con los Coros y Danzas de la Sección Femenina se les otorgó en Madrid también un premio extraordinario. Y es que las danzas ibicencas son las más antiguas de España, tanto que no se sabe si se remonta su origen a fenicios o cartagineses.

Al fin veo bailar la «Sa curta» y la «Sa llarga». Yo creo que no son danzas, sino más bien ritos.

También puede ser el triunfo del amor.

Es como una pantomima o un «ballet» moderno. Tienen sentido y se comprende cómo el hombre trata de conquistar a la mujer. Ella gira despacio y a veces, ruborosa, se cubre un poco la cara con su pañuelo. Pero va siempre alrededor de él, como subyugada. Cuando ya me marcho, llega el señor Alcalde y se alegra de que en su ausencia haya podido ver, sin embargo, las costumbres de su pueblo. Es un campesino, pero habla como un letrado. El doctor Rebollo me dice:

—Ahí donde usted lo ve, es un Alcalde que no haría mal papel siéndolo de una buena población. Tiene una extraordinaria inteligencia natural.

LA BODEGA DE TRISTAN

Cuando volvemos, el paisaje está envuelto ya en los grises del atardecer. Encontramos hombres que vuelven del trabajo. Unos son campesinos y otros deben de ser salineros, pues las salinas de Ibiza se trabajan con gente del Ayuntamiento de San José. Hombres de San Francisco, de San Jorge y del mismo San José son los que arrancan a los estanques esas 100.000 toneladas de sal que casi en su totalidad son exportadas al extranjero. Los bosques de pinos se van haciendo sombras. La «Atalayassa» asemeja un coloso sobre el paisaje dulcemente ondulado en pequeños montes. Por todo esto, las playas y calas que pertenecen a San José, Cala Basa, Cala Llentrisca, Cala Badella, Cala Tarrida, Cala d'Ort, Calas de agua remansada entre pinos. Agua de un verde o un azul intenso.

En verano, los turistas que vienen prefieren bañarse más en estas calas que en las playas. Pero para mí la más sugerente es Cala Grassió, que pertenece a San Antonio Abad. Ya en San Antonio, desde mi alojamiento, hasta bien entrada la noche estuve oyendo cantar flamenco con acento extranjero. También puntuaban una guitarra magistralmente.

—¿Dónde es eso?—pregunté.

—Ahí enfrente, en la bodega de Tristán. Está de moda por las noches y en ella se reúnen los pintores y escritores que hay en San Antonio.

Y me propuse por la mañana indagar quién cantaba.

Tan pronto me levanté, doña Margarita, la dueña de la Esmeralda, me dijo:

—Creo que debemos vestirla de

payesa y que se retrate así. Como usted tiene el pelo largo le quedará muy bonito el pañuelo a la cabeza y asomando el cabello por él. Iré a buscarle un traje que le vaya bien.

—No, señora; no puedo perder ni un minuto. Me voy hoy y aun tengo mucho, muchas cosas que ver. Gracias. Quiero llegar hasta el Molino Viejo.

Y no me pude vestir de payesa aunque tanto me hubiera gustado. Tristán, el dueño de la bodega, es un alicantino que se va a hacer rico haciendo paellas a los turistas. A este hombre, que se llama como un héroe de leyenda nórdica, los extranjeros le dicen «el torero». Efectivamente, Tristán es un entusiasta de ellos y su bodega está de arriba abajo llena de retratos de toreros y carteles de toros.

—Tristán, ¿quién cantaba anoche?, le pregunto, porque una periodista no se puede quedar con la curiosidad dentro del cuerpo.

—Pues, Jaime Le Gros, el pintor neoyorquino. Y toca también divinamente la guitarra. Es un enamorado de las cosas de España. Lo que más le gusta cantar son los seguidillas y las soleares. También canta muy bien «La hija de Juan Simón». Anoche estaba con él su amigo el escritor también norteamericano Jorge Mac Donald y unos fabricantes catalanes que estaban encantados de oírle cantar flamenco. Lleva dos años aquí. Pinta y le pagan muy bien sus cuadros.

Y era verdad. Le Gros es uno de los más jóvenes y ya famosos pintores de abstracto y sus cuadros son muy cotizados. Ahora, junto con la señora Meirowsky, va a exponer en Barcelona. Y ha expuesto muy poco en Nueva York.

Camino del Molino Viejo me hundo los pies en verdaderos lechos de algas que recogen de las playas en carros los payeses para llevarlas a sus corrales y que duerman sobre ellas los animales. Desde el Molino Viejo se divisa el islote de Conejera, donde dicen que nació Aníbal. Por los acantilados, donde pinos y chaparrillos llegan hasta la misma orilla, varias extranjeras contemplan el mar. De cuando en cuando arrancan una ramita y juegan con ella. Yo también añanco una de estos pinos marinos, retorcidos y extraños. Será en mi maleta un recuerdo vivo de Ibiza. Al volver no lo hago por la playa, sino por la carretera. Los campesinos están plantando cebollas. Las lechugas se yerguen beltsas. Sobre un carrito del país, a un payés se le ha ocurrido ponerse a pleno sol a comerse una libreta de pan relleno de sobrasada. Y se ha parado en medio de la carretera para hacerlo más cómodamente.

—Buenos días. ¿Se vive bien, eh?—le digo al pasar.

—Pues no estamos mal, no, gracias a Dios.

Después encontré a una orilla del camino los Clubs nocturnos veraniegos Bagatela e Isla Blanca. Y más allá la bolera Sa Cala a la orilla misma del mar. Aún veo después el magnífico hotel Tanit, igualmente a la orilla del mar, y el Portmany y el Marimonte, cuya dueña es suiza. Y



En primer término, el alcalde y la alcaldesa de San José, con sus trajes típicos, presidiendo una procesión

más allá la casa donde residen los Von Kramer.

Cuando a las doce llegué al estudio de la pintora alemana lloraba ya los ojos saciados de luz y de sol de la mañana y de los colores del campo ibicenco. Katja Meirowsky me dijo también esto:

—A mí me pasa igual. Y aquí recobré los colores para mis cuadros. En Alemania pintaba en grises. Pero aquí...

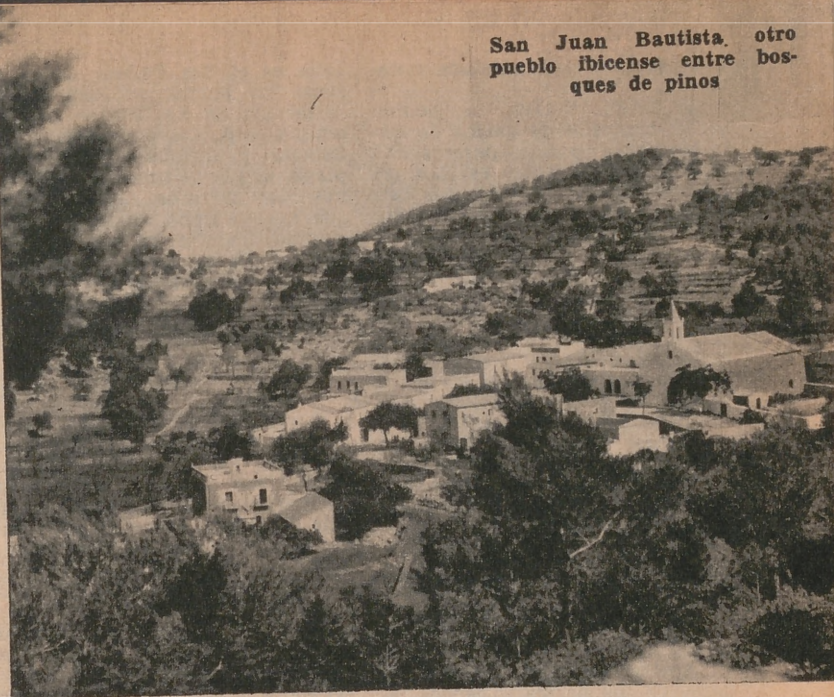
Y ella me señalaba con su brazo el paisaje que se veía desde la ventana: los colores del campo y del mar en extraña y bella amalgama estaban en sus cuadros. Ella estaba pintando en abstracto «Fiesta» y «Cañas y sol». Una pared con clavos de arriba abajo, y en cada uno los exóticos y originales collares y pendientes con que la pintora se adorna y cambia cada día. Al salir huele a establo. El estudio está sobre una granja. Pero ¿qué importa eso, si Katja tiene los colores que le prestan los pinos y el Mediterráneo? No muy lejos el estudio de otro pintor abstracto que hay en San Antonio. Y vemos cómo Jaime Le Gros neoyorquino y tocador de guitarra pinta un enorme lienzo que titula «La luna del dragón».

Antes de irme subo a la iglesia. Son las tres de la tarde y voy a tomar el coche de línea dentro de un rato. Esta iglesia es pequeña, sugerente, y estuvo artillada en tiempo de los piratas. En ella un paisano, José Roselló, le quitó la mecha a un soldado que disparaba mal, y con su pericia salvó a San Antonio del desembarco enemigo. Quizá éste fué antepasado mío. En documentos antiguos de Ibiza se encuentran muchos Roselló, que es el segundo apellido mío. Ahora aquí ha desaparecido algo, pero no así en Mallorca, donde el Roselló se encuentra por todas partes. El confesionario de esta iglesia, donde hay un latir de vida porque los pájaros han entrado en esta hora por su puerta abierta y pian gozosamente, hay un letrero: «English Spoken».

Y una última mirada a la inmensa bahía. A su gran Portu-Magnus. En verano desde Barcelona, llegan aquí los blancos Yates de la regata: Crucero Internacional del Mediterráneo, Barcelona, San Antonio de Ibiza. Y en todo tiempo el mar que circunda San Antonio y sus grutas y arrecifes son propicios a la pesca submarina. El agua aquí es tan transparente que yo he visto saltar bajo ellas a las sardinas y también he visto un gato persa de la anciana alemana frau Maria Abel tirarse al agua a pescar y salir con su presa palpitante en la boca. Y es que todo es posible en Ibiza.

SANTA EULALIA Y SU RIO

Nopales, pitas, y en contraste, brezos, tomillo, romero y otra jara que aquí llaman «estopa blanca». Todo esto hace el suelo exuberante de vegetación. En los árboles alternan las retorcidas Bigueras, los olivos milnaris y los ciruelos con su flor blanquecina, y sobre todo, los almendros: almendros niveles de flor que en las noches de luna reverberan, y



el campo ibicenco irradia blanca, dicen que hay noches que parece de día. También muchos árboles frutales. En junio aquí se hace la faena del albaricoque, que consiste en preparar la pulpa que se exporta a muchas fábricas de conservas de la Península.

Por todo este paisaje nos vamos adentrando en el otro lugar de lujo y veraneo. Santa Eulalia del Río, donde existe el único río balear. Santa Eulalia, de modernos chalés y elegantes y lujosos hoteles, no puede evadirse, sin embargo, de ser centro de leyendas y consejos de payeses. Sobre su río hay el llamado puente viejo, que como el acueducto segoviano, dicen que fué hecho por el diablo. De noche los campesinos evitan el pasar por aquí, pues aseguran que aparecen extraños animales diabólicos. A la orilla de este río crece una hierba que el que la encuentre y la guarda dentro de una botella obtendrá que un «fameliá» proteja su casa. Un «fameliá» es un espíritu bienhechor. El «fameliá», con el «barruget» y el «fullet», son los tres duendes ibicencos. Los «fullets» es creencia que viven en los bosques, y los «barrugets», en el fondo de los pozos y en las casas para esconder las cosas y volver locos con sus travesuras a sus moradores. Pero los «barrugets», que viven en las cisternas, si no se les pone en el brocal un buen pedazo de pan y queso no dejan sacar el agua. También creen que en los senderos solitarios se suelen aparecer viajeros desconocidos y embozado el rostro, que al andar hacen un raro ruido con los calcañares. Y es que no tienen carne, sino solo huesos de su esqueleto. Son muertos de hace cientos de años que se levantaron de sus tumbas y andan errantes hasta que sus almas queden libres de culpa. Pero eso los pastores se apresurarán a volver a sus casas antes de que caiga la noche. Y volverán la cabeza una y otra vez con el miedo lo sobrenatural dentro del cuerpo. Todo esto lo cuentan los viejos payeses y lo creen

San Juan Bautista, otro pueblo ibicenco entre bosques de pinos

con toda su alma. Claro que también lo creen a veces los jóvenes, y un poco hasta la cronista, mientras estoy rodeada de este ambiente, donde una fértil imaginación teje estas poéticas e ingenuas fábulas.

En Santa Eulalia las avenidas bordeadas de adelfas rosas y blancas bajan hasta el mismo mar. Y en Santa Eulalia, en cada chalés vive un extranjero o es la residencia de verano de personalidades de la Península, sobre todo de Madrid. Aquí veo el chalé del banquero Sáinz, y junto a esa maravilla de la iglesia de Santa Eulalia, junto al Puig de Misa, la casa, estilo rústico ibicenco, donde veranea el marqués de Lozoya, que es un enamorado del paisaje de Santa Eulalia. Desde este Puig de Misa, monta de la Iglesia en castellano, se domina un paisaje de mar y campo de una belleza entre dulce y agreste, difícil de encontrar en ninguna parte. Desde aquí se ve el islote de Tagomago. Y si las murallas y la catedral de la ciudad de Ibiza son monumento histórico nacional, el Puig de Misa está declarado paisaje de interés turístico. En otro montículo frente a éste se está levantando una residencia o Club para millonarios que quieran descansar aquí. Solo serán nueve los huéspedes que podrán residir, pues tendrán cada uno tantas y tan lujosas habitaciones como si estuvieran en sus palacios. Este Club-Residencia se llamará Alegria, y su dueño es el francés Enrique de Vilmoren, pariente de los Tolousse-Lautrec. En las habitaciones que ya están terminadas estuvo hace poco el príncipe Bertil de Suecia.

LOS PERROS IBICENCOS, LOS MAS ANTIGUOS DEL MUNDO

En su villa, en Santa Eulalia, vive su gloriosa ancianidad el pintor Laureano Barrau. Y aquí también tiene su finca de recreo el gran pintor impresionista ibicenco Narciso Puget, anciano también ya y con la frescura aún de la juventud en sus lienzos. Su

hijo Narciso es acuarelista notable.

En Santa Eulalia he podido ver el campeón de galgos de Baleares. Esto podría parecer una nimiedad, pero no lo es. Los perros ibicencos, de los que este campeón es el más puro ejemplar, descienden de los perros egipcios. En la isla se dice de ellos: «Así era el galgo que tenía Cleopatra.» Al recorrer Ibiza se les ve en las calles con su elegante languidez. Son grandes labrales, blancos casi siempre, con manchas canela. Su cabeza es de una línea perfecta. El campeón se llama «Byrrn» y pertenece a la condesa viuda de las Bárcenas. La condesa vive aquí desde hace ocho años, en que por casualidad en un veraneo llegó a Santa Eulalia. Desde entonces dejó por este paisaje su residencia madrileña, y aquí vive todo el año, con excepción de sus viajes a Madrid. Hablando de estos galgos con la condesa vi al coronel norteamericano Seonne, que ha fundado en América un Club de admiradores de los perros ibicencos. El Club lleva por lema: «El galgo más antiguo del mundo.» El coronel se va a llevar para él y sus amigos diez de estos perros de Baleares.

Pero no dejaré de contar que aun ahora, cuando todavía no hay veraneantes, Santa Eulalia se divierte. Su buen cine, su buen equipo de fútbol, siempre en competencia con el equipo de San Antonio, y su magnífico baile dominical en el hotel La Cala. Aquí bailan por la noche las muchachas más distinguidas junto con las payesitas de pulida gracia en su atavío. Ellos, extranjeros e ibicencos, que vienen para el baile desde la capital en varios autocares, y a las dos de la madrugada regresan. Pero el mejor hotel que hay en Santa Eulalia es el Cas Catalá, del hijo del compositor Vives.

Y un restaurante conocido en todo el mundo: «Juanito». Juanito, que además de excelente cocinero es también un buen pintor de bodegones, tiene decoradas de arriba abajo las paredes de su restaurante con más de cien cuadros de pintores extranjeros que vinieron a comer aquí. Nombres muy conocidos y la dedicatoria siempre a este ibicenco: «A mi amigo Juanito.» Juanito me dice, señalándome un estupendo dibujo:

—Mire, cuando la ex Reina María José de Italia viene aquí a comer, siempre contempla ese dibujo del conde Bianchi.

Otras veces llega Errol Flynn con su mujer, Patricia, que han amarrado su yate en cualquier cala de Ibiza y van a gustar al famoso «sufflé» de Juanito. Otras veces, Onassis y Marlon Brando.

Pero este buen ibicenco es un mago del efectismo. Consigue deslumbrar a todos cuando sale a servir su «sufflé» con su gran gorro y seguido de sus ayudantes. Se apaga la luz y surge la llama del ron sobre el postre exquisito que él sabe hacer como nadie. En el patio del restaurante, pequeños comedorcitos de verano adornados con ristas de ajos.

Y el bar elegante en Santa Eu-

lalia es el Ses Parres, donde se sirve un buenísimo café. Desde la terraza de Ses Parres se contempla el puerto pescador de Ses Estacas, y al fondo, junto a la playa, al pie de una colina de pinos, la derruida iglesia vieja, que se derrumbó milagrosamente cuando acababa de salir el último fiel. En recuerdo de este hecho cada año se celebra una romería.

SAN JUAN BAUTISTA, PUEBLO DE TIERRA ADENTRO

Y quise adentrarme más, hasta el otro Ayuntamiento, que a su vez tiene varios pueblos o parroquias. San Juan Bautista está enclavado en el más abrupto paraje de la isla. Por el camino hacia él vi a varios hombres trabajando afanosamente:

—Trabajan bien—dije.

Y me contestaron:

—Serán «hereus» y trabajan de sol a sol. Se han quedado con la hacienda por ser los mayores, según el derecho de aquí, como en Cataluña; pero tienen que pagar a cada hermano lo que se llama «la legítima».

San Juan Bautista está en medio de poblados bosques de pinos marinos y pifoneros. La madera que de ellos se obtenga debe de ser una fabulosa riqueza para los habitantes de San Juan. Este pueblo está enclavado entre una cadena de cerros que se llaman La Malacosta y La Descubierta. A unos kilómetros, sus dos calas más famosas: Portinaix y cala de San Vicente. Y por ver esta última anduve yo más de nueve o diez kilómetros entre marañas de jaras y con unos pinos tan espesos que se sentía pasar un carro de payés y cantar su dueño, y no se le veía. Dicen que hay sitios por los que es imposible pasar, pues es una verdadera jungla. En la cala de San Vicente se encontró el templo dedicado a la diosa cartaginesa Tanit. Había llegado a ver el fin de la isla: Punta Grossa. Cuando volví era ya noche cerrada y creí que me había perdido. Pasé un mal rato hasta que vi la espadaña de la iglesia de San Juan surgiendo entre los pinos. En el cielo, Sirio brillaba tremendamente. Bautista es Can Tilurí, y aquí el maestro de San Juan Bautista es un buen escritor de cuentos y descendiente de San Vicente Ferrer.

La única fonda de San Juan Bautista es «Can Tilurí», y aquí duermo. Y en San Juan Bautista no hay luz eléctrica. Debajo de mi habitación, en el bar de esta fonda, juegan al tute el viejo «Caixal», de noventa años, que se anda todos los días los muchos kilómetros que llevan a la cala de San Vicente, y «el Morna», el sepulturero del pueblo. Y oigo sus voces cascadas por los años. Yo, para poder dormir sin miedo, dejé encendida una vela, como también hice en un pueblo alpujarrero.

Ya no me quedaba más que regresar a la ciudad. Y en la ciudad vi su Escuela de Artes y Oficios, de la que es director don José Zornoza. En esta Escuela van a aprender talla y forja los

extranjeros residentes aquí. El escultor alemán Krauser está tallando originales crucifijos en madera de olivo.

Me esperaban en la ciudad alta, en «Dalt Vila», y subí antes de regresar, antes de que el «Jai-me II», uno de los cuatro correos de Ibiza, me llevara al puerto de Alicante. Un recorrido más ya de noche. Todo es sombra aquí y sombras también la gente que pasa y dice.

—«Bona nit».

—«Bona nit»—contesto.

La catedral y el palacio episcopal se envuelven también en penumbras. Voy a la casa-palacio del pintor Tur de Montis, Mariano Tur de Montis es un hidalgo cuya casa es un verdadero museo. Baste decir que sus piezas de colección de porcelana china solo las tenía la Reina Mary de Inglaterra y la familia ibicenca de los Tur de Montis. Los retratos que pinta Tur de Montis les asoma el espíritu a los ojos. Sus colores son inimitables.

Cuando dejo el palacio de los Tur, con su maravilloso patio o zaguán de entrada, voy calle abajo hasta Santo Domingo. Enfrente una casa sencilla, la del investigador y arcipreste de la catedral, don Isidoro Macabich. Por las manos de don Isidoro, de este hombre que desde los quince años ha buceado en los archivos locales, ha pasado toda la historia de Ibiza.

—Don Isidoro—le pregunto—¿es verdad que en el islote Conejera, frente a San Antonio, nació Aníbal?

Y el señor arcipreste me contesta:

—Eso fué un error de la traducción de un texto de Plinio. El hablaba de que frente a Palma había las Menarias, la Tricuada «et Parva Hannibalis». Y en los códices antiguos se entendió: «Tricuada, patria Hannibalis». Se adjudicó el nacimiento a un pequeño islote inmediato a Cabzara, y después historiadores de enorme fantasía se lo adjudicaron a la Conejera de San Antonio, de Ibiza. Ni lo uno ni lo otro. No era «patria» lo que escribió Plinio, sino «parva», que, como es sabido, quiere decir «pequeña».

Y dejó al señor arcipreste con sus lejagos, con sus papeles por todas partes, de su casa. Con su continuo trabajo de investigación por el que se le concedió la Cruz de Alfonso el Sabio.

Antes de irme, un hombre sencillo y busno, un hombre que tiene un oficio artesano, pero que es un excepcional pintor, de quien es mecenas el banquero Sáinz, y cuyas Exposiciones son un repetido éxito, el ibicenco Antonio Mari Ribas, con su traje de pana negro y su boina me entrega un dibujo del puerto hecho a tinta. Lo ha hecho en solo unos momentos. El pintor me dice:

—Tenga, para usted. Lo he pintado para que se lleve un recuerdo de la isla.

Dentro de unos instantes, Ibiza quedará lejos con su gente magnífica que ama el arte. Alta de montes, intacta de tradiciones, abrumada de años, con su gran silencio de esfinge.

Blanca ESPINAR
(Enviado especial)



«Ecce Homo», de Luis de Morales (Academia de San Fernando, Madrid)

¡CRUCIFICALE!

HASTA las nueve de la mañana no acostumbraban los jueces romanos sentarse en el Tribunal. Poncio Pilatos, procurador de la Judea, tiene que anticipar hoy su audiencia en tres o cuatro horas. Soñoliento aun y envuelto en su toga, malhumorado acaso por el despertar brusco que le arrancó del sueño, que bajo la luz del amanecer acostumbra ser ligero y sabroso y volar con alas pintadas y brillantes, como un pájaro joven, por el tierno rosicler, saca fuera del balcón del Pretorio su recia y voluntariosa cabeza de romano. Hasta el «ditó trotos» o pavimento de piedra ha llegado a aquella deshora una marea sediciosa de pueblo, con gran alboroto y vocinglería; una de aquellas peligrosas algaradas coloniales que él conocía ya por una triste experiencia. ¿Será acaso como las otras dos anteriores que tuvo que afrontar, en que su romana tozudez porfió y fué vencida por la obstinación judaica?

Por Lorenzo RIBER

taba falta de agua, y esta carestía era intolerable para un romano, avezado a copiosas y frecuen-

tes abluciones. Un acueducto de doscientos estadios abastecería la ciudad de aguas abundantes. Se comenzaron los trabajos. Los judíos veían con inquietante curiosidad elevarse la vía que, encima de robustos arcos, había de llevar un río a la ciudad sedienta; pero corrieron voces de que el procurador, para sufragar los gastos, había metido la mano en el «gazofilacio», o sea los tesoros del templo. Reunidos tumultuariamente los judíos, se abalanzaron sobre los obreros y dispersaron las piedras de las construcciones. Pilatos tuvo que cejar. Desde entonces, en Pilatos mezcláronse el desprecio instintivo con el rencor impotente. Y los judíos le correspondieron con desdén envuelto en miedo.

Esta mañana la aullante jauría empuja delante de sí a un hombre maniatado.

—¿Qué acusación traéis contra ese hombre?
—Si no fuera malhechor, no lo entráramos a ti.
—Tomadle, pues, vosotros y juzgadla según vuestra ley.

—A nosotros no nos es permitido matar a alguno. Hemos encontrado a este hombre subvirtiendo nuestro pueblo y prohibiendo dar los tributos al César y diciendo de sí ser Cristo Rey.

Pilatos sintióse inmediatamente unido a aquel hombre por la solidaridad del odio judío y decidió arrancar aquella presa al populacho encarnizado. Se introduce en el Pretorio.

—¿Eres tú Rey de los judíos?
—¿Dices esto por Mí, o son otros los que de Mí te lo dijeron?

—¿Acaso soy judío yo? Tu gente y tus pontífices te han entregado, ¿qué hiciste?

—Mi Reino no es de este mundo; porque si de este mundo fuera mi Reino, tuviera vasallos que me defendieran para que no fuera entregado a los judíos. Así que mi Reino no es de este mundo.

—Pero, ¿tú eres Rey?
—Tú lo dices que yo soy Rey. Por eso nací y vine al mundo, para dar testimonio de la verdad, y todo aquel que es de la verdad escucha mi voz.

Pilatos, sacando un suspiro de lo más hondo del pecho, vacío de fe y de esperanza, exclamó:

—¿Y qué es la verdad?
No conoció, por su malaventura, el romano es-

Desde el año 26 era procurador de la Judea, a nombre de Tiberio César, Poncio Pilatos reconocido hasta entonces por los historiadores. Poncio Pilatos sentía un odio ingénito por el pueblo de su gobernación, que era a la vez altanero y rastrero, cobarde ignominiosamente e invenciblemente obstinado, apasionado hasta el extremo en sus amores y en sus odios. En su gobierno quiso ser comprensivo y hubo de ser represivo; quiso ser moderado y tuvo que ser cruel.

La guarnición romana de Cesárea fué a recogerse en sus cuarteles de invierno de Jerusalén. Los legionarios llevaban en sus enseñas las imágenes del César. Esta vista ofendió a los jerosolimitanos, que no reconocían la divinidad del Emperador. Los sacerdotes presentáronse en su Tribunal, y con humildad altiva pidieronle que mandara sacar las enseñas fuera de la ciudad santa. El se negó a la petición. Entonces la plebe, unida con los sacerdotes, rugió delante del Pretorio súplicas amenazadoras. El ordenó a sus soldados que, armados de bastones como los lictores, dispersasen aquella piara insolente. Mas los judíos, impertérritos, continuaron maldiciéndole y echados por el suelo, dejábanse matar con impasibilidad. Aquella obstinación triunfó de su brutalidad. Las enseñas tuvieron que volver a Cesárea.

En otra ocasión quiso emprender obras públicas de gran envergadura y común utilidad. Jerusalén es-

céptico, que estaba en presencia de la Verdad. Y en su irremediable ceguera y en su viva voluntad de arrebatar a aquel hombre de las manos de los que buscaban su vida, salió para decir al pueblo expectante:

—Yo no encuentro en El causa para condenarle.

De aquel hormiguero de circundados salió un grito multánime que había de impresionar al funcionario romano que, si no se inquietaba por el reino remoto y espiritual de Jesús, debía ser celoso guardián del orden público.

—Solvianta al pueblo, enseñando sus doctrinas por toda la Judea, comenzando por la Galilea, hasta aquí.

Luego Jesús era galileo. ¡Qué respiro! No era de su jurisdicción. Y le remitió a Herodes. Y quedó con la conciencia en calma y el corazón leve.

Herodes Antipas, Tetrarca de la Galilea y de la Perea, hubo de recibir un día recado de Jesús porque quería, matándole, frustrar su ministerio galilaico:

«Íd y decid a aquella zorra... que es menester que hoy, y mañana, y trasmañana, camine, porque no es posible que un profeta muera fuera de Jerusalén».

Y he aquí que ahora, en Jerusalén, matadora de profetas, se encuentran el divino Profeta y aquella zorra...

Herodes, a fuer de buena zorra, era cauto y cobardo. Le obsesionaba aún aquella enorme cabeza de Juan, salvaje, desgrefiada y sangrante, puesta en un plato, y aquellos fieros ojos semicerrados, y el hiato inmenso de aquella boca, boca de cueva o de oráculo, de donde saliera la Voz del Desierto que condenaba su adulterio incestuoso: «¡No te es lícito!» No quería, no, reincidir en el horrendo crimen. Para destrozarse sirve un león generoso y pugnaz, pero no una mustela fétida y suave. La manada de chacales que acosaba a Jesús y que debía conocer bien a Herodes le acompañó hasta su presencia para acuciarle al crimen. Holgóse mucho la zorra de tener delante de sí a Jesús, esperando ver de El algún prodigio. Pero Jesús envolvióse, como en un escudo, en su silencio inquebrantable y diamantino. A ninguna de sus preguntas se dignó contestar el gran Silencioso. Y, gesta única de que la raposa cobarde era capaz, aumentó la afición del Afogado, echando por encima de sus hombros un manto blanco, por irrisión. ¿El manto blanco de los Reyes de Judea? Y devolvió Jesús a Pilatos. Y desde aquel día, y con aquella ocasión, Pilatos y Herodes, que habían tenido diferencias por conflictos de administración o por irregularidades administrativas, se hicieron amigos.

El alivio de Pilatos fué fugaz. No había más remedio que pechar con la carga odiosa. Convocó a los príncipes de los sacerdotes y a los magistrados del pueblo, y Pilatos les dice en tono conciliador:

—Me habéis presentado a este hombre que excita el pueblo a la revuelta, y he aquí que yo, preguntando delante de vosotros, no he hallado culpa alguna en El de aquellas de que le acusáis. Y ni aun Herodes, porque os remití a él, y ved como ningún cargo digno de muerte se le ha encontrado. Le castigaré, pues, y le soltaré.

De aquella bestia de mil cabezas salió un grito de desaprobación unánime y bestial. Ya era una inicua claudicación la de Pilatos, de avenirse a castigar a un inocente. Pero los exasperados de rabiosa sed de sangre no podían contentarse con una simple corrección corporal. Pilatos, ya vencido inicialmente y dudoso en su voluntad de librar a Jesús, voluntad que iba enflaqueciéndose por grados ideó una nueva traza: la de sustituir la víctima inocente por una víctima culpada, entregando su carne a los chacales hambrientos.

En la mañana de la Parasceve, los gobernadores romanos, a fin de realzar la solemnidad pasual, acostumbraban indultar a un preso, el que designasen los judíos. Pilatos ase esta ocasión. Dicho en las cárceles de los sanedristas había un famoso revolvedor, de nombre Barrabás, que en uno de aquellos movimientos de sedición popular «estéril contra la autoridad de Roma y acaso también contra la autoridad del Sanedrín, había cometido un homicidio. Y como tantas veces ocurre, aun hoy mismo, el crimen político aliábase en él con delitos vulgares. «Barrabás era ladrón», exclama San Juan, que parece sublevarse a la idea de que se le compare con Jesús. Pilatos esperaba que entre el malvado y el inocente, la opinión favoreciera a este úl-

timo. Y con qué atónito estupor hubo de escuchar la multitud, instigada por los silbos de Anás, que aullaba:

—No sueltes a éste, sino a Barrabás.

—¿Qué queréis que haga de Jesús, que se llama el Cristo?

—¡Crucifícale, crucifícale!

La batalla era desigual y era impar el esfuerzo. Una muchedumbre brava y un hombre apocado y solo. Una caña agitada por un vendaval. Pilatos iba cediendo a la voluntad clamorosa:

—¡Pero no ha hecho mal!

Y más pujante el horrible grito imperativo:

—¡Crucifícale!

Pilatos no sabe qué hacer; pero el pueblo sí que lo sabe. Triunfa la voluntad multitudinaria, tenaz y terca, de la voluntad individual, fluida e incoherente.

Pilatos retrocede y vuelve a su primera idea: le castigará. Acaso ablandará la fiereza judaica con su aspecto lastimero. Jesús flágelado y hecho Varón de dolores. Intenta tranquilizarse con esta media injusticia y le entrega a los soldados romanos para que lo azoten.

Sabrosa e impune tarea la de descargar sobre las espaldas de un judío el malhumor de una noche laboriosa y la sevicia propia de los soldados mercenarios en país colonial. Los soldados le azotan robustamente y según regla. La sangre de Jesús salpica sus rostros y se mezcla con su sudor. Para los romanos son las primicias de la sangre redentora. Cumplen el mandamiento de Pilatos; los azotes que le dieron son los reglamentarios. Pero luego, a hurto de Pilatos, comienza la hacienda propia de la soldadesca, abandonada a la inspiración de su instinto cruel. Uno de los legionarios se quita el manto rojo, la clámide sangrienta, y la echa sobre las espaldas de Jesús sangrientas. Otro legionario, de un haz de espinas secas destinadas al fuego y a la calefacción del cuerpo de guardia, coge un puñado y trenza una corona de irrisión en la que lo que menos duele son las espinas. Otro pone en las manos de Jesús un cetro de caña hueca. Y uno tras otro se prosternan ante El y le hacen acatamiento con un «¡Ave, Rex!», que es una parodia del «¡Ave, Coesar!» ¿No es Cristo, Profeta? Pues que profetice. Le vendan los ojos, le golpean y le dicen: «Adivina quién te hirió. La imaginación de la juventud es fértil en invenciones. Acaso las hubieran hallado aun más exquisitas si Pilatos con su presencia, no hubiese puesto fin al juego cruel, juego pesado de cuartel encruelecido con el Rey de la mansedumbre. Le toma por la mano y le presenta al pueblo:

—¡Ecce Homo!

Surge un inmenso griterío: «¡Crucifícale!» Sobre la multitud aulladora se posan los grandes ojos serenos de Jesús, y sobre la grito flota el divino silencio como un óleo.

—Tomadlo vosotros y crucifícadle, porque yo no encuentro causa en El.

—Nosotros tenemos ley, y según esta ley, debe morir porque se hizo Hijo de Dios.

Pilatos busca un nuevo refugio. Entra con Jesús en el Pretorio. ¿Qué evasión meditativa cuando pide a Jesús de nuevo: «¿De dónde eres Tú?» Jesús no responde. Pareció quizá a Pilatos que aquel silencio que contrariaba sus planes era complicidad pasiva con el obstinado y vociferante querer de los judíos, y le dice:

—¿A mí no me hablas? ¿No sabes que tengo potestad para crucificarte y que tengo potestad para soltarte?

Respóndele Jesús: «Ninguna potestad tendrías contra Mí si ésta no te fuese dada desde arriba; por tanto, el que a ti me ha entregado mayor pecado tiene.»

Pilatos persiste en su deseo de liberación. ¿Quién inspiró a los judíos aquella réplica que fué la decisiva? Fué, acaso, Anás, el filorromano la siempre dúctil?

—«Si soltases a Este, no eres amigo del César.»

Y el César era... Tiberio. Era Tiberio, «qui atrocissime exercebat leges magestatis»: que era verdaderamente atrozísimo de las ofensas hechas a su majestad, según el testimonio de Tácito. El César era Tiberio, cuya vida, narrada por Suetonio, tiene dos partes: la una, del Emperador; la otra, del Monstruo; «reliqua ut de monstro». Y Pilatos tuvo miedo del Monstruo. Y les entregó a Jesús para que fuese crucificado.

EL DENTISTA,
una vez al año

PROFIDÉN
todos los días



LABORATORIOS PROFIDÉN, S. A. • INVESTIGACIONES Y PREPARACIONES ODONTOLÓGICAS • MADRID

¡¡¡ES VERDAD!!! LA COCINA CON OLLA A PRESION

de MARIA VIDAL

Es un libro práctico de cocina española, pudiéndolo utilizar aunque no se sepa cocinar, de acuerdo con las instrucciones del mismo

480 recetas - 2 índices, uno general y otro alfabético

Forma un volumen tamaño 14 x 22, encuadernado en glasofán (lavable), a 3 colores, con 400 páginas e ilustraciones de S'vell. Precio: 100 pesetas

Pedidos: a su habitual librero o a

EDICIONES GINER

Cuesta Sto. Domingo, 11 - Tel. 47 07 52

MADRID

**ESTE
CONSEJO
VALE
100.000
PTS.!**

Especialícese
en **COMERCIO**

Todo negocio depende hoy de los expertos.
¡El buen técnico se paga a peso de oro!
Usted también será un técnico con un curso CCC de

**CONTABILIDAD
TRIBUTACION
CALCULO MERCANTIL
REDACCION COMERCIAL
MECANOGRAFIA - TAQUIGRAFIA**

Otros cursos: **CULTURA - RADIO - IDIOMAS**

CONFIE EN EL CENTRO MAS EXPERIMENTADO DE ESPAÑA
CENTRO DE CULTURA POR CORRESPONDENCIA CCC

AUTORIZADO POR EL MINISTERIO DE EDUCACION NACIONAL, NUMEROS 35-36 Y 37

APARTADO 108-156 - SAN SEBASTIAN

DELEGACIONES: MADRID, Preciados, 11 - BARCELONA, Av. de la Luz, 48

CORTE O COPIE ESTE CUPON

Envíeme información GRATIS del curso de: _____

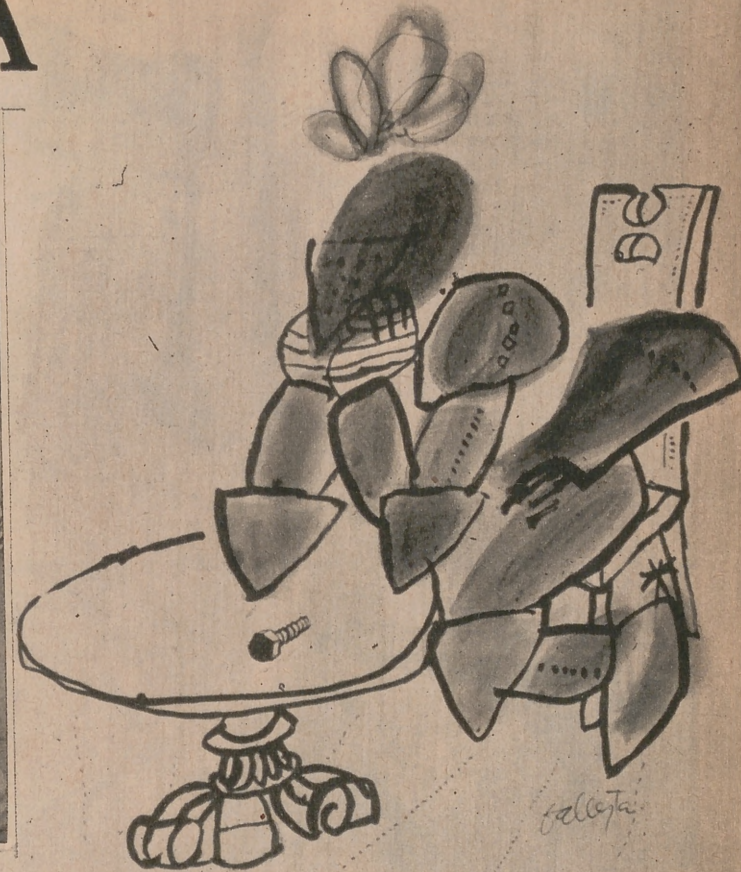
Nombre _____

Dirección _____

Población _____

156 D

CON EL LAPIZ Y LA SONRISA



- "El humor es una especie de camiseta que me pongo encima" (GOÑI)
- "Yo saco mis chistes de la vida misma" (MINGOTE)

EL ESTADO MAYOR DEL HUMORISMO ESPAÑOL EN EL DIBUJO, LA CARICATURA Y LA ILUSTRACION



El público mira curiosamente los cuadros humorísticos expuestos en el Círculo de Bellas Artes. José Francés ha vuelto a organizar un año más este Salón. Vean también el cartel de la Exposición, cuatro cuadros de Antonio Mingote, «el mejor dibujante de humor» y «Medioevo», de Ballesta. Una creación que está llamando la atención de los visitantes

La tarde tiene un color como de traje de chaqueta menino. Es gris, cericienta sin zapatos de cristal. Hasta olvidado casi por completo. Hace un día que se engalla en cada cruce de calles madrileñas. La nieve cayó la víspera ha desaparecido en el juego malabarista de los techos. Es el mes de diciembre. Un día cualquiera de 1914. Apenas hay lugar para el humor más allá de los Pirineos. La guerra y la sonrisa nunca estuvieron juntas en los frentes.

Pero España es neutral. En el que fué despacho de don José Canalejas un buen grupo de gente sonríe aquella tarde. La siguiente y bastantes más. En muchos los que llegan hasta la plaza de Santa Ana dispuestos a pasarse un rato divertido. José Francés no lo anduvo pasando mucho tiempo. Es demasiado joven para quedarse colgado de las ramas. Ni siquiera anduvo por ellas. Como si tal cosa organizó la I Exposición del Humorismo español. Para calificar el éxito obtenido habría que inventar un adjetivo nuevo. Porque decir tan sólo que fué «el más célebre» es quedarse muy corto.

Una sencilla resta nos da por resultado el número 43. Los años que han pasado, desde entonces!

Ya ha llovido bastante en este tiempo. Pero a José Francés le tiene sin cuidado lo que le cae encima. 1957: El año que vivimos los que seguimos con el corazón funcionando. No hay este 1 de abril una guerra que, en el árbol genealógico de los disparos y de las ambiciones tenga su parentesco con aquella del 14. Tampoco tendrá la tarde un color como entonces. La mañana está limpia como el vestido de una novia a punto de llorar emocionada. Otra Exposición de Humorismo abre sus puertas en Madrid. Los que quieran pasarse un rato, obligados a sonreír aunque no quieran, no tendrán que pasar, como aquel año, por la calle del Príncipe. La XXXVIII Exposición de Humoristas, éste como otros muchos años, se ofrece al visitante en el Círculo de Bellas Artes.

EL ESTADO MAYOR DEL HUMORISMO ESPAÑOL

Está echado el telón, dejando, como en los teatros improvisados para funciones en los pueblos, unos cuantos resquicios de luz salirse hacia afuera, pregonando que allí adentro algo se puede ver. Y por uno de ellos, que entre la hendidura de dos cortinones grises hay, nos colamos hasta

adentro. Me doy cuenta en seguida de que aquí es preciso descubrirse. Porque todos están con sus sombreros ocultando el abdomen—brazos cruzados a la altura de las primeras vértebras soldadas y porque aquello es una Exposición de mucha altura. Es mucho lo que se puede ver. Pero la luz que se escapa hacia afuera por entre las grietas de las telas no engaña al visitante. Sólo es «algo» lo que se puede ver. De la luz no es la culpa. Es el público apretado y numeroso, enroscándose a cada vuelta de los muros, quien impide detenerse o avanzar demasiado. El salón tiene sus tres dimensiones a prueba de riadas de chaquetas y vestidos que se mueven, pero es difícil ver si uno no quiere practicar demasiado el crecer de puntillas por detrás de los otros. Más telas grises ocultan el color de las paredes. Una cinta de un metro de anchura por quién sabe cuántos de longitud pone cerco al salón, separada de la pared y a tres metros de altura, ocultando el milagro de Edison multiplicado en unas cuantas docenas de bombillas. Ciento seis triángulos—los lados los forman las cuerdas y la base el marco superior de cada cuadro— sostienen los dibujos humorísticos, las caricaturas perso-

nales, las ilustraciones y estampas expuestas. Del 1 al 106 son los números que firma la aritmética, como si todos los cuadros fueran suyos, para obligar al visitante a mirar el catálogo y aprenderse los nombres de los expositores: Goñi, Mingote, Antequera, Azpiri, J. Cuesta, Ballesta, Ruiz Rosado Carmen J. Kowarik, López Motos, Alonso, Máximo San Juan, Dávila, Lasa, López Rubio, Beuster, Millares Sall... El estado mayor del humorismo español en el dibujo, en la caricatura y en la ilustración. Más de un centenar de cuadros magníficamente colocados para que no se coman los unos a los otros. Una puñalada de optimismo cada pocos centímetros, que obliga a sonreír sin que el vecino se dé cuenta.

SAL MOLIDA Y HUMORISMO EN HILERA

El humorismo cuelga de las paredes como una tentación multiplicada. Una tentación cromática de lápices zigzagueantes, de formas conseguidas que incitan a la risa sin desplegar los labios. Como una promesa de lo que vendrá después tres cuadros a la entrada reciben al visitante con su sal a medio molar en dibujos elementales, llenos de una intención



Así de guapa María Viniegra, primera mujer que se dedica a la caricatura personal, enseña la obra que ha presentado

que rematan los pies escritos a máquina en mayúsculas. No se precisa esfuerzo para buscarle el «quid» a la gracia. El cerebro electrónico, ¡una catástrofe! como resultado, porque sólo piensa en las mecanógrafas; el policía que no ve el «hueco» de una señorita a quien un hombre alto y moreno ha robado el corazón, y la desgracia de una mujer que se casó con un «robot» y ha tenido un hijo de lata, son cosas demasiado gordas para no cazarias a simple vista. La expresión del camarero que vierte el café sobre las ropas de una señora desencajada se comprende muy pronto si se deja de mirar la figura imponente de la señorita que roba la atención al hombre de la chaqueta blanca. Un bodegón funcional ofrece sobre la mesa desde botes «Tonimalt» y «Crusty Crackers» —«pour l'aperitif»— hasta el caldo «Avecrem». El mismo autor, Máximo San Juan, nos ofrece sin palabras un cerco de «Ideales» (hebra, papel trigo) y en el centro un desgraciado fumador bajo el humo, que adquiere significativamente la forma que produce una explosión atómica. Desde un rincón de la sala, una pareja con los labios sincronizados posa para un pintor, que les ruega le avisen cuando se cansen. Una historieta de dibujo limpio nos da la película de un señor que ante otros tres se deshace en elogios fúnebres para un cadáver, que, en la escena final, se alza del ataúd, dándole las gracias. Puig Rosa-

do, con dibujos finísimos de un color delicado, presenta humorísticamente a un tipo arrodillado que mira a una hormiga minúscula en el suelo para pasarla al lienzo agigantada. Para ver el duelo a tijera que nos ofrece otro hay que estar del cuadro a distancia parecida de la que ocupan los testigos, serios y empaquetados. Ismael Cuesta invita a sonreír con la expresión de los rostros en el circo, ante un peligro invisible que apunta desde arriba. Un bizco —mala suerte que traen los ojos descentrados— y un soldado uniformado y embebido con su «chacha» obligan a reír a quien los mira. El ladrón profesional dice a su compañero, mientras abre la caja fuerte, que no se le hace trabajar con sonámbulos, porque los dueños de la casa avanzan a tientas en pijama y camisón. Un señor gordínflón, bigote, gafas y vestido blanco, vende allá en las alturas toda clase de cúmulos, cirros y estratos. Pero el matrimonio, ya maduro, de rodillas sobre una bola de vapor blanquecino, quiere precisamente unas nubes de granizo para unos amigos que piensan ir al campo. Sainz de Grageda, en su cuadro «Castigo sin palo», presenta con los mismos tipos la doble expresión humorística de quienes rien desde un portal al ver a un joven correr mientras se moja y el ceño huraño de los mismos salpicados por las ruedas de una furgoneta que pasa. «Cesc» ofrece una muestra de su humor en

«Soledad», un cuadro donde derrama en colores seis o siete pañales por el parque y a una chica tan sola que toda su cara es un agrío. En «Penalty taurino», Martínez de León mezcla, rebosante de gracia, un montón de futbolistas —dos de ellos subidos sobre la portería— y un toro que embiste bravamente a los de abajo. Un poco más adelante, el creador de «Oselito» vierte su gracia andaluza en el saludo que un gitano —jinete a lomos de una borriquilla— hace a la Guardia Civil: «¡Vaya con Dios la alegría de las carreteras!» Robledano, en «Ventas por pisos», resalta el contraste entre un edificio lujoso alzado demasiado cerca de unas chozas miserables. «Suicida incómodo» y «Fausto» son dos formidables historietas del veterano López Rubio, que fuerzan a reír sin remediarlo. Son muchas más las firmas que cuelgan con los cuadros, pero hay dos que por encima de todas atraen la curiosidad de los que acuden a visitar la Exposición: Goñi y Mingote.

PARA GOÑI EN TODO HAY HUMOR

Los ases de la ilustración y del dibujo humorístico han hecho la aportación mayor a esta Exposición.

Lorenzo Goñi, con apellido y ascendencia navarra, nació en Jaén. Pero ni siquiera conoce a su ciudad mucho más que a Tegucigalpa, donde no estuvo nunca. De niño salió de ella camino de Barcelona, y de Cataluña a Madrid ya hace tiempo que realizó su viaje definitivo.

—¿Su primer dibujo?

—¡Cualquiera se acuerda!

Goñi ha hecho muchos miles de dibujos. No es extraño que no recuerde cuál fue el primero. Sólo sabe que era un chiquillo —60 centímetros es la altura aproximada desde el suelo a la palma de su mano al querer hacer ver la estatura que tendría— y que el primero que publicó fue por el año 30 en el «Mundo Gráfico»... «o cosa parecida».

Goñi trabaja algunos días cerca de diez horas. Otros días no hace nada. Es preciso estar en forma para dibujar. Cuando no tiene ganas, se sale a pasear hasta los campos, se dedica a hacer caretas como esas de carnaval —pero más originales— o se pasa las horas viendo pasar a las chicas guapas. Estas son sus aficiones, aparte de manejar el lápiz y los colores.

—Si tuviera más tiempo, satisfacería otras aficiones...

—¿Cuáles?

—Insospechadas.

—¿Adivina adivinanza?

—Eso no vale.

Goñi habla, acciona, sonríe, se esfuerza en escuchar con su aparatito prendido en el oído. Pero los labios de su mujer al moverse hacen innecesarias las resonancias del metal. Pregunto, luego ella repite y Goñi contesta.

—Además de «A B C» y «Pueblo» colaboro en la «Gaceta Ilustrada», en «Mundo Hispánico», en «Don José»...

Ha ilustrado muchísimos libros. El que más se le prestó fue «Hombres de blanco», de Andrés Broun.

Para Goñi los textos son pre-textos. Ilustra a menudo sin co-

nocer la letra. Una pequeña indicación le basta. Y cuando aquello no se presta a su manera de hacer, se busca una fuga y se va por la tangente tan tranquilo.

—¿Le gustan sus obras?

—Algunas, sí, la mayoría, no.

—A mí, sí.

Da las gracias y explica el porqué. Trabaja a veces contra reloj; le acosan, le exigen.

—Como si me pincharan con un tenedor en las espaldas.

—¿Le duele?

—Mucho. Me obligan a ir de prisa.

Entonces no le importa acabar una cosa en diez minutos. Pero otras cuestan muchos días.

—Mis tipos son reales. Los observo y luego los transformo.

—¿Connmigo no lo haga.

—Usted será atendido.

Me toca decir gracias. Y preguntar si sigue algún proceso.

—Yo veo en seguida el dibujo. Luego calculo colores, masas, efectos y al final a lo mejor sale distinto.

—¿Cómo salen?

—Unas veces, de golpe. Otras, muy despacito.

—¿Cuántos?

—Hay días de nueve y diez. Otros, ni uno.

Goñi se entretiene dibujando. Si solo tuviera que trabajar con las manos sería feliz. Pero a veces tiene que andar demasiado de un sitio para otro y eso le molesta.

—¿Cuál es el dibujo que cobró más barato?

—Bastantes. Todos los que regalo.

Goñi no es humorista por temperamento. Desde el punto de vista artístico el humor tiene poco interés para él.

—El humor es una especie de camiseta que me pongo encima. Aunque se pegue mucho a la carne siempre será una camiseta. Según él, más bien es de temperamento dramático y sombrío. Aunque la gente crea otra cosa, el humor en Goñi es una cosa accesoría.

—¿Lugares de humor?

—Cabe en las más extrañas circunstancias. Aun en las más dramáticas, como es la de la muerte. Sólo hay que producir la falla, descubrir un contraste.

En un acto solemne basta que a una mujer gorda se le alzen las faldas para que ya haya humor.

Goñi está convencido de que el humor limpia y sana la vida. Por eso él trabaja con su alianza. El humor es como un empujoncito, un grito de «no seas tonto», cuando la tragedia va a producirse. A Goñi lo que le cuesta más trabajo ilustrar son las producciones literarias tristes y aburridas. Entonces dice: «¡No!», o se coge su tangente y adelante.

—¿Qué opina de Mingote?

—Que es el mejor dibujante español de humor. Y quizá sea mejor como escritor humorista que como dibujante. Pero le falta tiempo. ¡Ah! Además es una persona excelente, un buen chico. ¿Bueno como el pan!

—¿A usted le ha ocurrido alguna cosa gorda?

—¡Demonios! Ni gorda ni delgada. A mí no me ocurre nunca nada. Me quito el aparato y vivo yo solo aun en mitad de la Gran Vía.

Ahora eso es verdad. Pero antes iba con él puesto y atendía a los de afuera que preguntaban una calle o la hora. Pero Goñi, sin querer, casi siempre confundía las calles con las horas y contestaba al revés.

—Ahora cuando me preguntan pongo cara rara: tomo un aire indeciso y me toman por un extranjero.

Goñi tiene tipo de serlo. Hace muchos años, apenas terminada la guerra, viniendo de Pamplona a Madrid, un pollo al verle de pie le ofreció el asiento.

—La única vez que me lo han ofrecido—nos dice divertido.

—Es usted alemán. ¿verdad?

—preguntó a Goñi el joven, atisísimo. Cuando se enteró de que era español escupió un ¡bah! y se volvió a sentar.

Goñi y su señora se ríen con ganas. Yo, con muchas más. Sueña el timbre. Es el barbero. Un viejo con cayado. No he querido preguntárselo, pero seguro que Goñi ya ha abstraído su tipo.

MINGOTE SACA SUS DIBUJOS DE LA VIDA MISMA

Antonio Mingote, joven, alto, con un fino bigote ni negro ni rubio frente ancha y traje de franela gris.

Humorista empedernido, tanto que ni en su casa deja de parecerlo.

Mingote ha colaborado en «La Codorniz», en «Semana», en «Chicas». Hoy sigue en «A B C» y con la dirección de «Don José».

También es escritor humorista, aunque se empeñe en decir que no se considera escritor ni lo es.

—Cuando se me ocurren cosas que no las puedo dibujar, las escribo; pero nada más. Lo que sí creo es que en todos mis dibujos hay un fondo literario.

—¿Sigue alguna tendencia?

—La moderna universal, que a mí parecer consiste en verter nuestra ternura en los dibujos.

—¿Le siguen?

—Nadie me sigue. Ballesto, P. Rosado y Cebrián simplemente interpretan y entienden el humor igual que yo.

En su opinión hay en el dibujo actual una buena parte de subrealismo. «La Codorniz» encontró

en él una verdadera mina. Tono es fundamentalmente subrealista.

Mingote sigue dibujando aunque le hablen. Y habla mientras sigue dibujando. Sólo hace una excepción cuando las respuestas verán la luz pública. Pero sin querer se le va la mano. Hablando ahora se le ve alguna vez con el lápiz para poner un detalle más en el dibujo que prepara. Por cierto que lo está repitiendo, porque el primero le salió mal y lo rompió.

—¿Tiene su proceso personal de creación?

—No; cada dibujo exige un proceso distinto. Unas veces veo el dibujo antes de hacerlo y otras no lo veo hasta que no lo hago.

—¿De dónde saca sus chistes?

—De la vida misma, como Sautier Casaseca los guiones.

—¿Qué vida?

—De la buena. ¿comprende?

Mingote no tiene reparo en decir que algunas veces le rechazaron chistes. Y es que él no empezó a hacerlo bien hasta que empezó a publicar, que es como se aprende.

—¿Qué es «Don José»?

—Una revista de humor que a mí me parece bien. Aunque es muy difícil hacer una revista de humor. ¿no cree?

Mingote no quería contestar. Pero como a nosotros también nos parecía bien, lo dije.

—¿Le gustan sus dibujos?

—Uno o dos cada año.

—¿Y Goñi?

—Muchísimo. Es un dibujante sensacional. Aunque decir esto sea una tontería, si a Goñi le pagasen sus ilustraciones como se merece, sería millonario.

Las puertas de «Don José» están abiertas a todos los que valgan.

—Aquí miramos todo y leemos todo. Lo que vale se admite.

Mingote inicia una sonrisa. Recuerdos a la vista. ¡Una anécdota!

—Un señor el otro día me alabó mucho por un chiste mío que le hizo desternillar de risa. Le pregunté cuál era y me lo dijo. Pero era de Dávila.

Mingote es feliz, aunque esta procesado actualmente. Por el gremio de Ultramarinos, precisamente.

—Fué por un artículo publica-



Lasa, Marquerie, Cuesta, Dávila, Vinlegra y López Motos. Media docena de expositores humoristas, aunque las caras no lo den a entender



do en «Don José». Yo creo que sin razón, porque mi intención es siempre limpia.

Ahora está esperando a que salga el juicio «o como se llame eso».

Nosotros esperamos que se llame absolución.

EL HUMOR TIENE MAS NOMBRES. CINCO: UNA DELANTERA COMPLETA

Mingote y Gofi no son los únicos que hacen sonreír. Con ellos otro puñado de nombres se ganan las admiraciones. Hemos podido hablar con unos cuantos. Cinco humoristas, con nombres que a todos nos suenan.

Puig Rosado se llama Fernando y estudia Medicina. Tiene veintiséis años y una simpatía de contraataque. Camisa blanca, pajarita clara, gafas finísimas como su humor y su dibujo. Y es tan delicado y correcto como su obra. A los dos años ya pintaba algo. Nunca ha refiado con nadie porque no sabe hacerlo.

—Esta es la primera vez que acudo a una Exposición. Lei la noticia y preparé los cuadros.

El hubiera querido presentar más, pero los estudios y sus trabajos en «Don José» y «Arriba» le comen todo el tiempo.

—¿Qué es lo que más te gusta de todo esto?

—Lo de Mingote, Gofi y Ballesta. ¡Ah!, y las caricaturas de Dávila.

Fernando, si tuviera que preparar unos dibujos y unos exámenes al tiempo, seguramente se pondría a dibujar. Por lo menos así nos dice él. Y que de sus dos cuadros le gusta más el «Duelo a tijera».

Puig Rosado se disculpa. Son las ocho de la tarde y tiene que pasear.

—¿Solo?

Y sonriendo se va sin contestarnos. Pero antes nos ha dicho que Steinberg, Emmett y Scarle

Carmen I. Kowarik. Una humorista que no cree en los literatos

son los dibujantes extranjeros que más le gustan.

Juan Carlos Alonso es joven y usa gafas. Estudia Arquitectura y se pasó algún tiempo en la Escuela de Periodismo. A la Exposición llegó con un magnífico dibujo, donde logra dominar las perspectivas y presentar un laberinto de andamios en el Teatro Real. En la parte más alta, un obrero trabaja y un señor le pregunta cuándo terminarán los ensayos de las obras. Así de humorístico, de sencillo y de intencionado.

Juan Carlos ya ha expuesto en varios sitios. En su casa ha ido colgando cuadros en todas las paredes. Colabora con dibujos en periódicos y revistas y se divierte lo que puede. Tiene veintidós años. La edad de trabajar sin olvidar las alegrías.

Ballesta. Un apellido y una firma que se asoma continuamente a las páginas de «Don José». Ballesta es incisivo, humorista profundo y jovencísimo. Cara de bueno y una sonrisa zigzagueante que se le escapa sin querer. También a él le gustan los mismos dibujantes que a Rosado. Trabajan juntos, son amigos y se entienden muy bien.

—La tendencia que yo sigo es la de esos dibujantes que Puig citó. En España la seguimos él, Mingote y yo.

Nos dice que este dibujo no es muy difícil para encontrarle el humor. Pero nos parece que no debe estar al alcance de cualquiera. Por lo menos no está tan cerca como el tornillo—es un cuadro suyo—que ve el armado caballero medieval sin saber de dónde se le ha caído.

«El hombre que estaba tan tranquilo con su gallo» es el dibujo que más le gusta de los que ha expuesto Mingote. Juan Ballesta cree que el humorista puro no

sabe hacer caricatura. En el salón encuentra un poco de desenchaje y hay bastante humor antiguo.

Ismael Cuesta acude a la Exposición por cuarta vez. Siempre se ha dedicado a la pintura. Hace de todo: dibujos religiosos y de modas. Le gusta estar haciendo. No estar nunca de más. Después del servicio militar se fué a París, hace ya muchos años. Y allí se pasó once. Cuando volvió, la guerra estaba encima. Pero ya mucho antes de ir a ver el Sena vendió por dos pesetas un dibujo. Lo primero que ganó con este arte. Colaboró en «Nuevo Mundo», en «La Esfera» y en media docena de periódicos franceses. Allá por el 30 hizo caricaturas en «ABC» al «alimón» con Echea.

Don Ismael elogia ahora a Francés:

—A él le debemos mucho. En «La Esfera» y «Nuevo Mundo» acogía a todos... A Penagos, a Bartolozzi...; en fin, a todos.

Opina que es ésta una de las mejores Exposiciones celebradas y que hay buenos caricaturistas.

—Lo que faltan son periódicos. «Estevita», por ejemplo, es formidable, y ahí está sin hacer nada.

Mingote y Gofi, Lasa y Dávila: póquer de ases para don Ismael.

López Motos. Otro humorista que se llama Luis. El mismo día de la apertura, la IV promoción de Policía adquirió sus tres cuadros. Teorizante del humorismo gráfico ha publicado un montón de ensayos. Inventor de la motigrafía—palabra y dibujo simultáneo—, ha dado conferencias con títulos tan expresivos como «La mujer en el ruedo y en el bote».

—¿Qué es el humor?

—El revés expresivo y veraz de la urdiambre de la vida. López Motos opina con el dibujante japonés Hokussay que la máxima perfección del dibujo llegaría a los ciento diez años de práctica ejecutiva por parte del

artista cuando con una línea o un punto se pudieran resumir todas las expresiones y movimientos de los seres.

Al Salón de Humoristas llegó el por primera vez allá por el 33, cuando K'Hito y Xaudaró estaban en el apogeo. El chiste más gracioso que recuerda del primero presentaba a un hombre familiar que esperaba el tren para suicidarse. Algún que pasaba por allí, para quitarle la idea le aconsejaba que esperase al de las 8.20, que traía restaurante. Y otro que no recuerda el autor.

Unas gatas observan que un gato siempre sigue a una compañera. Por fin, descubren el truco. La gata se había dado en el rabo con unto de pescado.

CUANDO EL HUMOR TIE. NE NOMBRE DE MUJER

Carmen Ibáñez y María Viniegra. Dos mujeres que fueron a la Exposición y llegan hasta aquí por méritos de humor y simpatía.

La señora Kowarik esconde detrás de unas gafas oscuras sus ojos acostumbrados a los colores. Joven y agradable, acciona nerviosamente con la sonrisa colgando siempre de los labios, sin dejar un momento en reposo su cuerpo espigado. Colabora en «A B C». Hasta esas portadas lleva el expresionismo de sus dibujos con curvas en volutas, volúmenes redondeados con blancos puros, amarillos francos y rojos y verdes elocuentes cercados de pardos sordos que los exaltan.

Al Salón de Humoristas ha presentado tres cuadros: «Porvenir», «Fenómeno» y «Cabaret». Además de dibujar se dedica a la pintura y, sobre todo, a los figurines de moda.

—De esta manera ayudo a mi marido.

Emanuel, famoso modista, fué el caballero agraciado con llevarse a esta humorista hasta el altar.

—Y conste que no fué porque la vocación de figurinista me atase más o menos, sino, sencillamente, porque le quería y tenía ganas de casarme.

El punto final de esta confesión es una carcajada femenina, delicada y envidiable como su modo de pintar. Aunque para llegar a alcanzar el último adjetivo tuviese que luchar y aguantar las regañinas de la mamá, que se empeñaba en apartarla de los lápices y los pinceles.

—¿Usted qué opina de los plagios?

—Eso es una tontería. El que vale no necesita plagiar a nadie. Y el que no, ya puede darle vueltas. Fíjese si llevan tiempo plagiando a Leonardo de Vinci y todos se quedaron abajo.

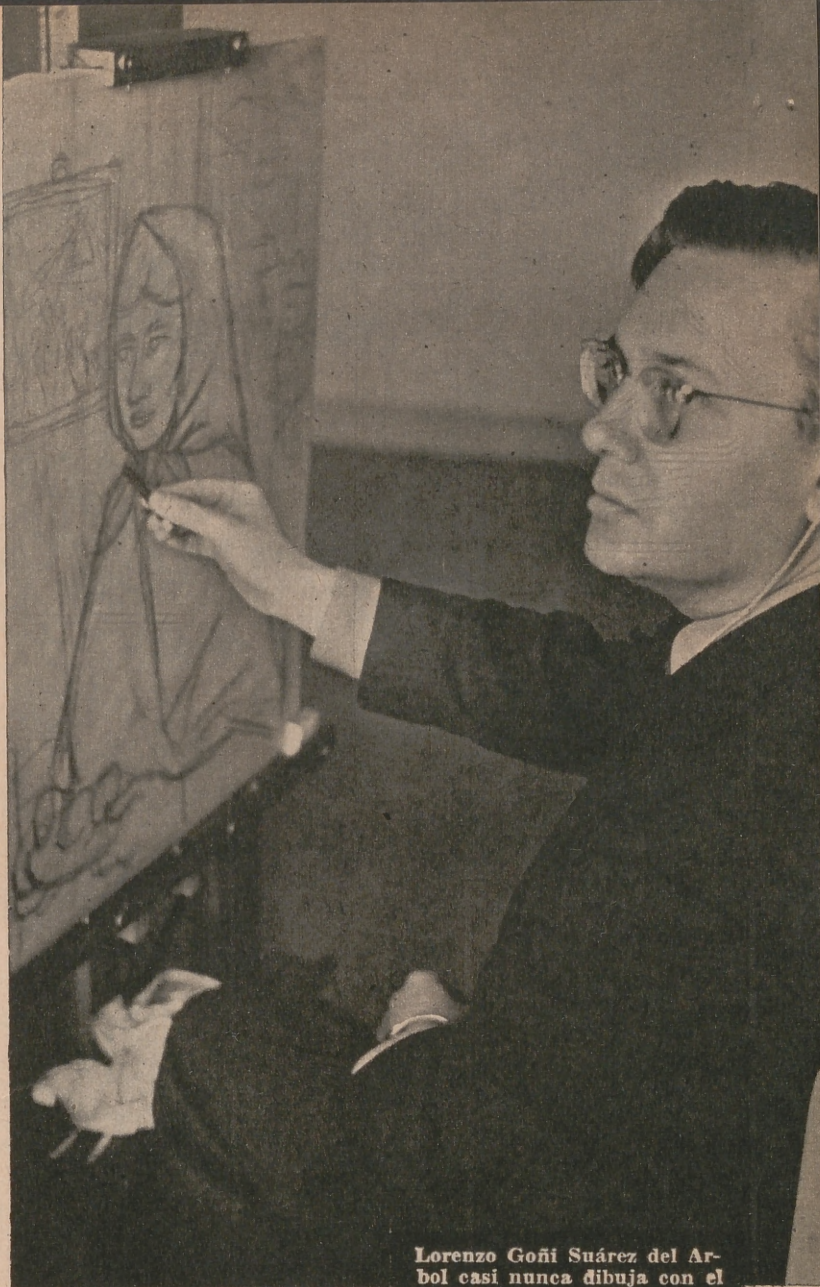
—¿Y del arte actual?

—Que lo han perdido los literatos con tanta norma. Hoy no hay quien se entienda.

—¿Qué es preciso para triunfar?

—Valer, tener personalidad. Pero hoy parece que es más fácil para subir el camino del escándalo. Yo cualquier día preparo uno muy gord.

Una nueva risa contagiosa y explosiva de doña Carmen I. Ko-



Lorenzo Goñi Suárez del Arbol casi nunca dibuja con el aparato puesto. Quizá esta vez espere que el dibujo le hable

warik, que no conoce a Goñi ni a Mingote y que le gustan mucho.

La anécdota surge de improviso en su recuerdo. Su hermano pintaba. Pero dejó de hacerlo porque se cansó. Ella siguió pintando un cuadro detrás de otro. Pero no tantos como para dejar de ver que algunos desaparecían. En el Colegio de su hermano se celebró una exposición. Ella fue a verla. Su hermano exponía, aunque no sabía qué. «A ver cuánto pinta como él», le dijo el director. Ella cuidó muy bien de no hacerle saber que los cuadros expuestos eran suyos.

María Viniegra, la primera mujer que se dedica a la caricatura personal. Dieciocho años apenas estrenados y unos ojos que harán que no se mueva a quien ella se le antoje caricaturizar. Es esta la primera Exposición a la que acude. Y expone «ballet» al mismo tiempo en el paseo del Prado. En estos días prepara caricaturas de Lola Flores, Sofía Loren y Leslie Caron.

—De esta última, varias, porque se me dan muy bien.

María Viniegra tiene una voz

que regala el oído, una alegría que no oculta y otras muchas cosas buenas. Ahora nos dice dónde dibuja.

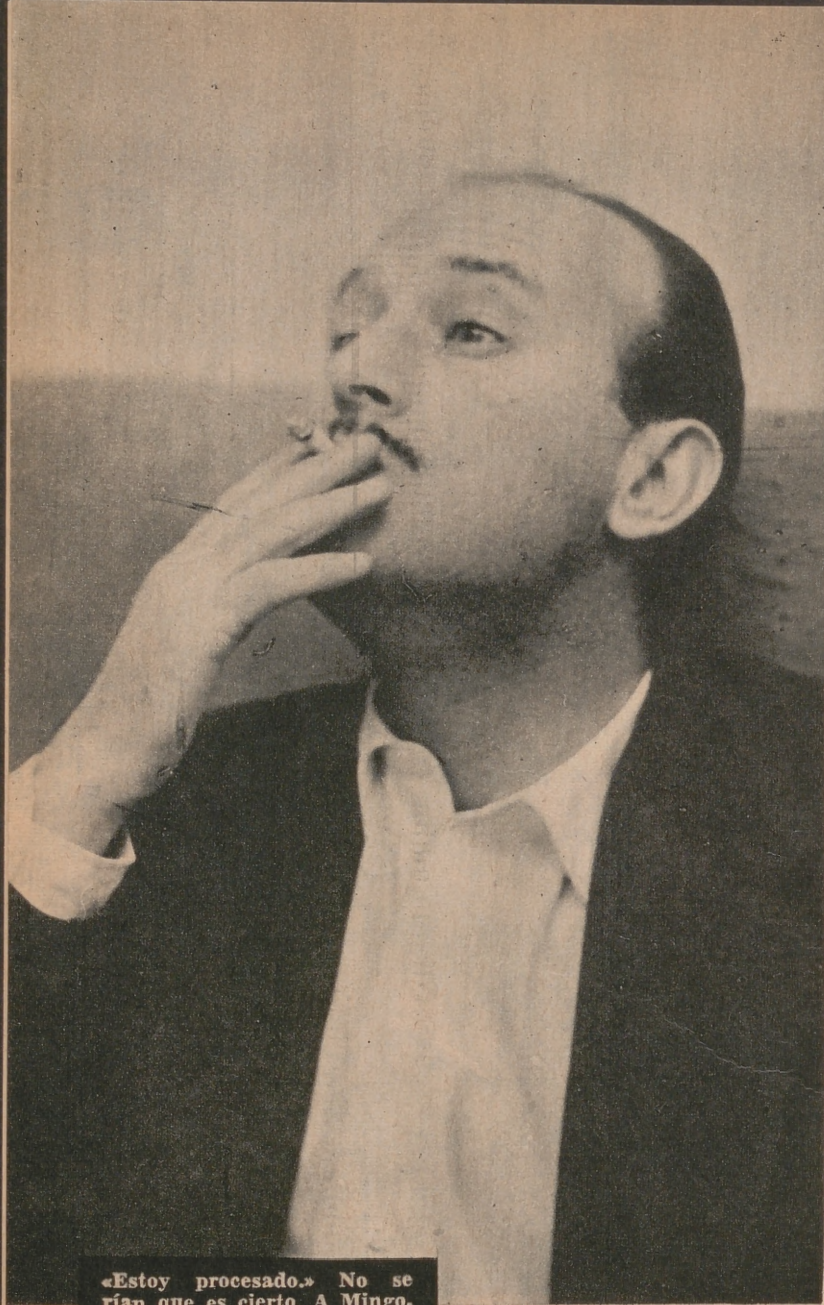
—Casi siempre en el estanco.

María atiende con su mamá y abuela a los clientes que entran en una expendeduría de la calle de López de Hoyos. Dibuja y despacha, y al revés. Y esto, desde hace mucho. Porque antes de saber leer y escribir ya dibujaba.

—Los que van a comprar me dan sus opiniones.

Creí que todas serían buenas, tratándose de hombres frente a ella. Pero, según dice, no todos le «suelitan» cosas agradables. Se rie cuando le digo que no se lo dirán mirándole la cara. Y vamos ante su cuadro. Una caricatura de Saud. Alza los brazos para enseñarlo, y el fregonazo del «flash» la presenta más bonita todavía.

—La caricatura la hice de imaginación. Pero no me acordaba muy bien, y para hacerle esas bo-



«Estoy procesado.» No serían que es cierto. A Mingo, te le busca las cosquillas el gremio de ultramarinos. Pero él sigue dibujando

litas—señala con su dedo la cabeza del Rey—me tuve que fijar en un periódico atrasado.

Ella no ha visto a Saud personalmente. Ni siquiera de lejos. Yo vió en el NO-DO y, sin más, puso manos a la obra. Prefiere dibujar y quiere llegar a hacerlo. Sobre todo, le encantaría manejar el óleo. A pesar de su juventud artística—y de la verdadera—ya tiene anécdotas para contar.

—Fíjese, el otro día fui a comprar papel para trabajar. Como hice saber a la señora para qué lo quería, me dijo que a ver cuándo llegaba a ser como la chiquita que había salido en «Pueblos». Cuando le dije que era yo no se lo creía.

Y se ríe, prendiéndonos los ojos con los alfileres de sus dientes blanquísimos, que se asoman por detrás de unos labios muy finos.

María Viniegra estuvo en la apertura y se marchó corriendo a contarle a su madre por qué estaba contenta. Delante de nos-

otros le han prometido hacerla presidenta de honor de la Agrupación Vanguardista Hispana, que alienta don Luis Lasa. Su mamá y la abuelita otra vez se verán obligadas a decirle cuando llegue corriendo: «Pero ¿te has vuelto loca?»

DOS CARICATURISTAS PERSONALES

María Viniegra se ha marchado de prisa. Seguro que a su casa. Dávila y Lasa, dos caricaturistas personales—bis—, andan también por la Exposición. La caza no es difícil. El caricaturista de «Informaciones» recibe la primera pregunta:

—¿Qué es el humorismo?

Dávila sonríe colocándose las solapas de la gabardina. Y sonriendo siguen cuando nos dice que eso es una cosa muy difícil de explicar. Pero lo intenta.

—Casi todo lo que no se puede decir verbalmente y se dice dibujando es humor.

Contesta a otra pregunta un poquito más serio:

—¡Indudablemente! Hoy hay

magníficos caricaturistas personales.

—¿La mejor de la Exposición?

—La de Mohamed V es muy buena.

—¿Qué condiciones debe tener el caricaturizado?

—Personalidad. Con eso basta. Las estrellas de cine suelen tener mucha.

Nos dice que la observación—esa dote especial—es algo imprescindible para dedicarse a este arte. No es preciso, según él, saber mucho dibujo. Quizá cuando la técnica se domina menos es uno más audaz.

Charlamos sobre la Exposición. Dávila opina que está a muy buena altura. Y también que la caricatura verdadera es la de cuerpo entero. Para él no hay subordinación, sino armonía entre lo físico y lo psíquico, que son ingredientes que toda caricatura debe robar al personaje.

Dávila lleva más de una docena de veces concurriendo a las exposiciones de humor. Y de veras que lo tiene.

No sé en qué punto de la conversación me contó estas anécdotas:

Un señor le preguntó si le costaría mucho hacerse una caricatura: «A mí no, a usted»—le contestó Dávila.

En una reunión de amigos, alguien le dice a Dávila que uno de ellos se «presta» para ser caricaturizado. Otro amigo hace notar que no es que se preste, sino que se regala.

Don José-Luis—que este es el nombre del señor Dávila—se ríe ahora con ganas recordando a un concejal madrileño que le llamo a las dos de la mañana para protestar indignado porque se había ofendido al verse en caricatura.

Don José-Luis Dávila—simpático y corrección enfundados en un traje oscuro—se va dejándonos en la mano la cordialidad de un saludo. El señor Lasa empalma la despedida. Salimos de la sala después de presentarme a su hija y a su yerno. Marquerie, otro expositor del Salón de Humoristas. Don Luis, ojos escrutadores tras unas gafas claras, es un conversador magnífico y oportuno.

Desde el año 41 viene concurriendo al Salón de Humoristas.

—La Exposición este año está a más altura que otras veces.

Goni, Mingo, Martínez de León y Beuster, el caricaturista canario, son los que más le gustan. Alentador de la Agrupación Vanguardista Hispana se siente orgulloso de su aportación. Nada menos que 31 cuadros han presentado son componentes. Nos dice que no siendo uno, todos los de la Agrupación viven por y para la caricatura, pero no de ella.

—¿Es difícil el arte que practica?

—La mecánica de la caricatura se hace con la mano izquierda. Lo difícil es recrearla.

Ahora nos explica el proceso de elaboración. Hay primero una etapa de captación física; después, la aprehensión psíquica, y finalmente se deja volar a la imaginación sin que lesiones los parecidos.

A la Exposición ha llegado Lasa caricaturizado por Nico

—¿Qué le ha parecido?

—Muy bien. Es de las buenas que me han hecho... Y han sido más de veinte. Es que soy muy caricaturizable, ¿sabe?

El señor Lasa ha colaborado en las mejores revistas y periódicos de Manila, y en España en la «Gaceta Ilustrada» y en «Mundo Hispánico». Los mejicanos Cabral y Cobarrubias son para él los mejores caricaturistas extranjeros.

—El humorismo español está por encima del extranjero.

La afirmación, tajante y rápida, le sale de los labios como un disparo preparado.

Tampoco a don Luis le faltan anécdotas para contar. Un americano, dueño y director de la cadena «Escuela por correspondencia»—Cedeco es en España su cursal—, le encargó su caricatura. Pero no le gustó... A pesar de ello se la llevó más allá del Atlántico. «¡Pero si éste eres tú!»

—le dijeron sus amigos. Y sin pararse en barras mandó hacer 4.000 para felicitar con ellas las Pascuas a todos sus empleados de las cinco partes del mundo.

Nos cuenta también que otra vez hizo la caricatura de un amigo influente de cierto gobernador amigo de don Luis. Cuando el gobernador se la enseñó al caricaturizado éste montó en cólera gritando mientras certaba con llave el papel: «Yo no tengo cara de chacal. Y esto no sale de aquí como no sea a tiros».

El señor Lasa para sonreír sólo despliega los labios. Y así le quedan después de despedirnos

EL PADRE SERIO DE LOS CHICOS ALEGRES

—Está aquí Francés.

Desde el anuncio de su llegada al fuerte apretón de manos, apenas pasan unos segundos. Y mucho menos es el tiempo que tarda en contestar a la primera pregunta.

—Desde 1914 se han celebrado todos los años las Exposiciones de Humoristas.

Ni que decir tiene que durante la guerra no hubo Exposición de este tipo.

—La cosa no estaba entonces para bromas.

Durante cuatro años seguidos no hubo concentración para los humoristas españoles. El pasado tampoco se celebró. Don José Francés, demasiado ocupado, no tuvo tiempo de organizar, como siempre, desde hace cuarenta y tres años, su Salón predilecto.

—¿Qué se pretende con estas Exposiciones?

—Exhibir los cuadros, valorar la importancia artística del momento en esta faceta del arte

Impulsivo, decidido, ademanos rápidos y cortados, sigue hablando sin cansarse don José. Un grupo de expositores nos rodea escuchándole a él, que brinca desde un recuerdo a otro para volver a la actualidad. Ahora habla, mira tras sus gafas y sonríe.

—He organizado todos los Salones, dentro siempre de la mayor cordialidad entre los que acudían. Los disgustos que esta presidencia me ha ocasionado, siempre me han llegado desde afuera.

No sé cómo, volvemos a 1914. A don José no le cuesta trabajo saltar de acá para allá. Su espíritu y sus años—no son pocos ni demasiados—le permiten la acrobacia y el movimiento a través de casi medio siglo sin darle importancia al orden aritmético.

—De aquel primer Salón que montamos en la plaza de Santa Ana ya sólo viven cuatro: Echea, Robledano, Asorei y Sebastián Miranda. Los otros han muerto.

Hay rotura al final de la voz. Sólo ahora se calla unos momentos como rindiendo con silencio un homenaje a los que hicieron fácil el éxito de aquella tarde de diciembre en el que fué despacho de Canalejas.

—El segundo lo organizaron conmigo Marín, Bujados, Pellicer, Robledano, Echea, Bartolozzi, Alcalá del Olmo...

Sigue citando nombres. Como una catarata de recuerdos y colores van cayendo en los oídos de López Rubio y Antequera, que conocieron a todos ellos. Algunos nombres no me dicen nada. Pero ellos asienten y don José enciende junto a cada nombre un elogio emocional. Un catálogo de la actual Exposición da pie al presidente de la Comisión ejecutiva para lanzarse detrás de otro recuerdo.

—Los catálogos casi siempre los han hecho empresas comerciales a cambio de la propaganda que les reportaba. Uno que hizo la casa Gal era precioso. Llevaba la autocaricatura de cada expositor y otra caricatura literaria que hice de cada uno.

Recalca intencionadamente que él hizo las literarias. Porque él también fué en sus tiempos jóvenes caricaturista. Firmaba sus trabajos con una S. L., que no quería decir precisamente Sociedad Limitada.

—Pero era muy malo. Menos mal que lo comprendí y me retiré a tiempo.

Seguramente exagera un poco, porque don José es muy modesto. Lo cierto es que desde entonces no ha vuelto a las andadas.

—Me he dedicado—como los espectadores de una carrera cualquiera—a ver pasar a los otros ascendiendo vertiginosamente.

Los recuerdos le llevan a otra parte. No es necesario preguntar para que él hable. Y es que esto es obra suya y se siente orgulloso de ella. Tanto que un par de veces se atrevió a sacarla de Madrid. Una para que los portuque-

ses se divirtiesen un rato con lo nuestro. Otro año la llevó hasta Avilés.

—En estas Exposiciones han intervenido todos los humoristas españoles. Repasar los catálogos equivale a conocer la historia de la ilustración y la caricatura a través de estos cuarenta y tres años—hace una pausa—. K'Hitto y Xaudaró, ¡qué buenos eran!

Y no, sólo han sido los humoristas del dibujo los que han acudido a ella. Vázquez Díaz, pintor, y los escultores Castro Gil y Llorens también lo hicieron en alguna ocasión.

Otro apretón de manos. Sólo ahora recuerda que la prisa le obliga a dejar la Exposición.

—Espere usted un poco. A las nueve se cierra. Ya verá cómo la gente se resiste a salir. No cabe duda que esta Exposición tiene el favor del público. No es vanidad decirlo.

Parece que don José no tiene nada más que decir. Y, por fin, me deja preguntar.

—La entrada ¿siempre ha sido gratis?

—Sólo un año que la hicimos en el Museo de Arte Moderno y en la que expusimos además una colección de dibujos satíricos desde el siglo XVI, propiedad de la Biblioteca Nacional, cobramos por la entrada. Salieron unassessete mil pesetas. Los que resultaron beneficiados fueron los que exponían por primera vez. Los fondos se destinaron a adquirir la propiedad de sus obras y todos quedaron tan contentos.

Nuevo apretón de manos. Y don José se va, arrastrando las sonrisas de todos los que le rodean. El padre de los humoristas, serio, juvenil, alentador infatigable de los que tienen por vocación y oficio hacer reír a los demás, se ha marchado. Hemos quedado con Antequera, Azpiri, López Rubio y otros cuantos. Ellos son quienes dicen que don José es el padre. ¡El elogio mejor!

Las luces se apagan a intervalos avisando que es hora de cerrar. A la cuarta o quinta vez ya no vuelven a encenderse. La oscuridad invita amablemente a abandonar la sala. Pero todavía el encargado tiene que invitar personalmente a que lo hagan a unos cuantos visitantes que encienden unos fósforos apagados con las últimas sonrisas.

Carlos PRIETO HERNANDEZ
(Fotografías de Isidro CORTINA)



«Bien, está muy bien». Estos cuatro ya han visto los 106 cuadros. Y aunque solo una mujer critican todos a un tiempo



RECURSO SUPREMO

NOVELA

Por Domingo MANFREDI CANO

DON LUIS

DON Luis corría por el pueblo como un loco. Pasó por el mercado atropellando a la gente, dejando tras sí gritos, imprecaciones y ladridos. Iba hablando solo, manoteando, sudando, con el cabello en desorden y los ojos febriles. Había ido a la iglesia, al hospital. En todas partes le habían ido dando contestaciones similares.

—Eso es imposible...
—Haría cualquier cosa en su favor, pero eso está fuera de mis atribuciones.
—Confíe en Dios, único capaz de resolver esa papeleta...

El caso no tenía espera, la necesidad no podía esperar el remedio, el dolor no se calmaría con buenas palabras, sino con medicinas, con atenciones y cuidados. Había agotado ya, a lo largo de la mañana, a todos sus amigos, a todos los recursos oficiales, a todas las posibilidades imaginables.

Salió del mercado como si huyese de alguien. Se detuvo jadeante en la plaza de las Batallas se apoyó en una esquina para no caerse, secó su frente y miró al cielo con una larga, triste y angustiada mirada. Era la primera vez que miraba al cielo desde hacía muchos años.

—Señor, si es verdad que estás ahí, ¿acudirás en mi ayuda?

Un pensamiento le vino en seguida como por encanto. Faltaba hablar con Juan y con Petra. Tal vez ellos le diesen una solución para su problema. Corrió calle adelante, ante el asombro de quienes se cruzaban con él, despertando la curiosidad de las mujeres, que le veían pasar y se santiguaban. Su corazón, aquel corazón que no andaba bien, latía sobre la marcha a una velocidad de locura. La garganta se le había secado, los ojos le dolían, las piernas se movían como las de un muñeco mecánico.

—Señor, no me abandones...—iba diciendo como si rezara.

Llegó a casa de Juan y llamó con largos impacientes y escandalosos aldabonazos. Petra abrió en seguida, pero a don Luis le pareció que había tardado siglos. La anciana se asustó, presintiendo gravísimas desgracias. El hombre y su dolor le impresionaron como una tormenta.

—Jesús, Jesús... Pase usted... ¿Qué ha ocurrido?

—Juan, Juan... ¿dónde está Juan?

—Salió al campo a probar la rueda del carro. Han estado arreglando esta mañana temprano entre Manuel y él...

María Isabel también salió al oír los golpes de don Luis en la puerta de la calle.

—¡Válgame Dios!...

Madre e hija ayudaron a don Luis a calmarse. Petra hizo en seguida aquel famoso cocimiento que tanto servía para el dolor de muelas como para el de riñones. María Isabel quedó junto al derrotado don Luis, secándole el sudor de la frente, limpiándole los labios, pasándole el pañuelo por la mejilla...

—¡Dios mío! ¿Está usted llorando?

—No, no estoy llorando...

El lobo negaba su llanto. Por primera vez, en muchísimos años, el llanto acudía a sus ojos secos, como una fuente milagrosa que brotara de pronto sobre el cauce antiguo de un río que no llevase agua desde el Diluvio. María Isabel, sin decirle nada, fué por un peine y una jofaina pequeña mediada de agua y peinó a don Luis.

—Con el cabello revuelto parece usted un demonio...

Se estremeció el infeliz. ¿Un demonio? ¿Le rondaría el castigo de Dios? ¿Habría llegado ya la hora de rendir cuentas?

Como quien pasa una a una las hojas de un calendario, así pasó don Luis la película de sus recuerdos. Se vió pequeño, en aquel mismo pueblo, en casa de sus padres, con sus hermanos. Su padre era un hombre severo, inflexible y generoso. Su madre, dulce, cariñosa, amante y triste. Eran cinco los hermanos, de los cuales, en el transcurso del tiempo, fueron muriendo unos o casando otros, hasta dejar la casa familiar reducida a Luis y Agueda. La madre murió sin deber morir, después de haber soportado la gran pesadumbre de la guerra. Un día se sintió enferma, acudió al médico, se equivocó en su diagnóstico, aplicó medicinas que no servían, y la buena mujer se murió entre atro-



ces dolores un amanecer, diciendo con resignación ejemplar:

—Que no se diga nada del médico. El ha hecho todo cuanto ha podido...

Don Luis no la vió morir. Estaba él entonces en tierras lejanas, donde la aventura y la guerra proporcionaban a los ambiciosos ocasiones de diversión y de ganancia. Se horrorizó en aquella ocasión al comprobar que cuando recibió la noticia de la muerte de su madre no lloró; ni lloró en todo el largo camino que fué que recorrer hasta llegar al pueblo; ni lloró durante las impresionantes ceremonias del entierro; ni lloró cuando la pala del sepulturero empezó a echar tierra sobre el ataúd... ¿Estoy loco?, se preguntó en aquella ocasión. Asistió a todo como un espectador imparcial que nada tuviese que ver con la pobre muerta.

Su padre había hablado con él aquella misma noche.

—Muerta mamá, hijo mío, las cosas cambian en esta casa. Para seguir manteniendo el patrimonio familiar como nuestra posición exige es preciso que yo me traslade a otra ciudad y tú quedas aquí, al cuidado de la hacienda que tenemos.

—¿Pretendes obligarme a que me meta en este pueblo, como si me enterrara en vida?

—No te obligaré. Espero que vengas tú solo...

En efecto, él había venido solo al pueblo. Había roto con muchas cosas, había dejado atrás muchos ligamentos, y había vuelto a casa, a vivir con su hermana Agueda, a cuidar de su hacienda, a vegetar entre aquella gente campesina rural, elemental y bárbara. Poco a poco había ido él haciéndose como ellos campesino, rural, elemental y bár-

baro. De sus andanzas por el mundo le había quedado un barniz de cultura aprendida en manuales baratos. Apartado por completo de la Iglesia, jamás había tenido con ella otro contacto que el saludo ceremonioso al señor cura, el comentario burlón para las devociones de Petra y la risa suficiente cuando leía, como quien lee un libro de niños, las páginas del devocionario de su hermana Agueda.

Muy lejos, allí de donde uno podía creer que nunca vendría nadie a molestarle, vivía la viuda de uno de sus hermanos. Un hermano muerto en la guerra. La viuda vivía por lo visto, su propia vida, y jamás había pedido nada a sus cuñados. Sólo había venido al pueblo una vez, a la muerte de otro hermano de don Luis. La correspondencia entre ella y su familia se limitaba a una carta de felicitación en Navidad y al envío, por parte de don Luis, de una caja con dulces en el día de su santo.

—No me gusta que la pobre Rosario viva sola. Hay muchos peligros para una viuda joven. Por mi gusto, la mandaría llamar y la tendría con nosotros. Afortunadamente, aquí no faltaría para los tres—decía Agueda muchas veces.

—De ninguna manera. Eso sería meter un hurón en la cueva de los conejos... ¿Sabes tú cómo se portaría?

—No lo sé, Luis...

—Pues no te ocupes más del asunto. Si alguna vez necesita algo y lo pide, se lo enviaremos. Al fin y al cabo, es la viuda de nuestro hermano. Pero meterla en casa es superior a mis fuerzas.

—Como tú quieras—respondía su hermana sumisa.

Y ahora Rosario estaba en su casa. Había llegado aquella misma mañana, huyendo de algo, enferma, muy enferma...

AGUEDA Y ROSARIO

Había sido antes de amanecer. Agueda, que tenía el sueño ligero, había oído los pasos de una persona que caminaba por la calle. Prestando atención, había oído también el llanto de la persona desconocida. Incorporada en la cama había ido oyendo, con un amargo presentimiento, que quienquiera que fuese se detenía en su puerta y llamaba con ansiedad. Agueda se había calzado las zapatillas, se había echado sobre los hombros una bata y había corrido a abrir. Rosario estaba en la puerta.

—Por el amor de Dios, ¿de dónde vienes, criatura?—preguntó Agueda.

—Vengo del infierno. He huído, y creo que me persiguen...

—¿Por qué has huído? ¿Has hecho algo?

—No, no he hecho nada. He huído porque no tengo a nadie en el mundo, sino a ti y a Luis. Vengo a pedirnos un rincón donde morir en paz y en gracia de Dios. Me horrorizaba pensar que si moría allí me enterrarían como a un perro. Hace años que no puedo confesar... No me quiero morir sin hacerlo...

Agueda la había tomado por la cintura y ayudado a caminar. Rosario traía los pies reventados, sangrantes y fríos. Agueda hizo café y añadió a la taza un poco de coñac para reanimar a la recién llegada.

—¿Y Luis, cómo está?—preguntó Rosario.

—Duerme...

—¿Qué crees que dirá cuando se entere de que he venido?

—No lo sé.

Mientras removía el café con la cucharilla para



disolver la azúcar. Agueda miró despacio a la recién llegada.

—¿Qué noticias traes?

—Malas, muy malas.

—¿Crees que vendrán?

—Estoy segura... Y lo arrasarán todo. Agueda, todo... No dejarán piedra sobre piedra en los pueblos cristianos...

—Luis dice que esos son cuentos de viejas...

—Ya lo verá con sus ojos... A él lo matarán también... No se fían de nadie, no quieren a nadie, no tienen compasión de nadie...

Agueda se puso íntima.

—¿Cómo te ha ido en estos años?

—He vivido, he pecado, he sufrido... Ahora vengo a morirme.

—¿Morirte? ¿Quieres morirte?

—No, no quiero. Pero estoy muy enferma y no tardaré mucho en morir...

—¿Qué enfermedad tienes, Rosario?

—Un cáncer...

Agueda se puso en pie para disimular su impulso de huir. ¿Qué diría Luis? ¿Estaban ellos obligados a recibir en su casa a la enferma moribunda? Rosario la miraba en silencio, esperando que Agueda le dijese algo, alguna palabra de consuelo, alguna frase de esperanza. Agueda no dijo nada, sino que lentamente empezó a subir la escalera para avisar a su hermano de la llegada de la cuñada lejana y casi olvidada.

Don Luis bajó a toda prisa, en pijama, en zapatillas con los cabellos en desorden, los ojos hinchados. Rosario le recibió a pie firme, recelosa y sumisa.

—Dios te guarde, Luis...

—¿Por qué has venido?—fué el saludo de él—. ¿Quieres complicarnos la vida? De poco tiempo a esta parte el Este no hace más que mandarnos huidos. Luego se descubre que casi todos son espías. ¿Eres espía, acaso?

Rosario rompió a llorar y se echó a los pies de don Luis, se abrazó a sus piernas, hablando entre sollozos.

—No seas cruel, Luis. Sólo vengo a morirme. No quería morir entre herejes. Quiero estar enterrada en tierra sagrada, quiero confesar antes de que la muerte me prive del conocimiento, quiero ver un sacerdote al pie de mi cama... Me moriré pronto... No te daré mucho ruido...

—Para morirse, cualquier tierra es buena.

—Aquella no, Luis. Aquello es el infierno...

—Estoy harto de oír decir esa tontería a cada momento. Si estás enferma allí podías haber visto a un buen médico. Tienen médicos, tienen hospitales, tienen medicinas. No querrás decirme también que allí no hay sino curanderos que sanan a sus enfermos con raíces y cortezas de árboles...

—Sí, es cierto... Tienen de todo... Pero les falta una cosa fundamental... La caridad, el perdón, la bondad cristiana...

—Pamplinas...

Agueda lloraba en un rincón. Don Luis se desprendió de los brazos de Rosario y subió a vestirse. Cuando bajó salió a la calle sin desayunar, sin despedirse de su hermana, sin mirar a ninguna de las dos mujeres. Jamás se había visto tan temprano en la calle. Oyó tocar la campana de la iglesia y se acordó de don Pedro. El sacerdote le ayudaría. «Al fin y al cabo—pensó—un sacerdote tiene por oficio ejercer la caridad. Ahora tendrá una buena ocasión de hacer méritos ante el Señor.» Con la cabeza baja, tropezando con la gente, don Luis fué haciendo examen de conciencia y llegó a la conclusión de que nada ni nadie podría obligarle a recibir en su casa a la enferma, compartir con ella su pan y su ropa... Don Pedro le sacó de su ensimismamiento dándole un golpecito en el hombro.

Don Luis se quitó el sombrero delante del sacerdote, por un instintivo gesto de respeto a su sagrado ministerio. El sacerdote le sonrió, le puso una mano en el hombro y le ofreció un cigarrillo de su pitillera abierta.

—Apuesto a que viene usted a buscarme—dijo afable.

—Gana usted la apuesta, señor cura.

EL CURA

Contó don Luis al señor cura toda la larga historia de su familia. Quería justificar con ella su

postura ante la llegada inesperada de Rosario. Este casi moribunda y pidiendo un rincón donde morir. Estaban los dos hombres sentados en la sacristía. Fumaban los dos. El, compungido, a largas chupadas, tosiendo de vez en vez aparatosamente, ahogándose por las enormes bocanadas de humo que tragaba sin darse cuenta de que lo hacía. El sacerdote, moderado, tranquilo, serio, mirando de hito en hito al triste y sospechando de antemano en qué iban a quedar toda aquella larga y triste relación.

—¿Qué debo hacer, don Pedro?

—Como oveja que es usted de mi rebaño, quiera usted o no quiera, le guste o no le guste, mi deber es aconsejarle la única solución cristiana para ese asunto.

—Lo suponía. Va usted a decirme que abra mis puertas a esa enferma, que comparta con ella el pan, la casa, el dinero... Que mi hermana Agueda lave sus ropas malolientes... Que la veamos morir en una larga y horrible agonía... Que yo...

—Sí, ciertamente, querido amigo. Eso es lo que yo le aconsejo que haga. Es esa la ley de Dios. Es esa la doctrina cristiana, ese esa la obligación de todo buen católico...

—Yo no soy católico, ni cristiano, ni nada... Yo soy un hombre...

—¿Un hombre, y no es cristiano, ni es católico, ni es nada? Es como si me estuviese diciendo que ha visto un carro sin ruedas, sin varales, sin... carro, en una palabra...

—No quiero palabras, señor cura, quiero una solución. Usted debe tenerla, usted tiene la obligación de dármela. Si es verdad que usted representa la caridad, la justicia, la perfección y la fe, ahora tiene usted una buena ocasión de acoger en su propia casa a una enferma que es católica, apostólica y romana, es decir, de las que usted no tiene más remedio que consolar.

—Querido amigo... No sabe usted cuánto me gustaría poder hacer eso que usted me dice... Si mi corazón hubiese crecido al par de mis medios de fortuna, yo sería hoy el hombre más rico de la tierra... Pero mi corazón corrió más... Mi señor Jesucristo enseñó a todas las generaciones de los hombres cuál era la conducta a seguir para con el prójimo. Pero yo soy pobre, rigurosamente pobre, más pobre de lo que usted supone... Si se tratara de un hombre, le daría un lugar en mi casa y partiría con él mi pan... Pero yo no puedo tener en casa a una mujer... El mundo se asomaría a mi corazón a cada instante para pinchármelo con la murmuración y la mentira...

—Total, que usted no puede ayudarme...

—No, si llama usted ayuda a librarle de su ineludible obligación de amparar a esa pobre mujer. Sí, puedo ayudarle, si entiende usted por ayuda un consejo como éste: abra su corazón, abra su casa, abra su bolsa. Todo lo que usted dé en este mundo a los pobres le será devuelto centuplicado por la mano del Señor...

—Consejos no necesito, señor cura...

Se levantó don Luis primero, dispuesto a marcharse. Salió tras él don Pedro. Antes de llegar a la calle, por un largo pasillo, la sacristía enlazaba con el patio de la casa rectoral. El cura tiró de don Luis hasta hacerle entrar en el patio para que saliese a la calle por la casa. En un rincón del corralito, a la sombra de una parra, cuatro chiquillos jugaban al toro, ante la mirada perdida y tonta de una anciana parálitica.

—¿Son de su familia?—preguntó don Luis impresionado por el cuadro.

—Esta anciana es mi madre... Estos niños son hijos de un hermano mío muerto en la guerra... Viven aquí a mi cuidado... También vive aquí la madre... Se encontraron solos, pobres, abandonados... ¿Podía yo dejarles rodar por los caminos, tras las inacabables caravanas de refugiados, de pueblo en pueblo, esperando que en alguno hubiese un hueco vacío en la fría distribución de la caridad oficial?... Aquí los traje a todos, y todavía no nos ha faltado el pan nuestro de cada día... El pan que le pedimos al Señor cuando rezamos... Si usted rezara también encontraría solución a su problema...

—Yo también rezo... a mi manera.

—Usted no reza de ninguna manera...—dijo el sacerdote moviendo la cabeza y sonriendo.

Cuando don Luis salió a la calle tuvo la impresión de que una mano poderosa e invisible le esta-

ba sosteniendo sobre el abismo para horrorizarle. Cerró los ojos, se apoyó en la pared y creyó que iba a perder el sentido. Se repuso y corrió calle abajo en busca de remedio para aquel problema que Rosario le había metido por las puertas.

EL GOBERNADOR

—No se puede ver al señor Gobernador.

El portero, inflexible como todos los porteros del mundo, ya sean del Este o del Oeste, se negó en absoluto a que don Luis pasara hasta el antedespacho del Gobernador. En vano alegó su condición de amigo personal del Poncio, correligionario político suyo... Fué preciso que la casualidad, la madre casualidad, pusiera al fondo del largo pasillo a un jefe de negociado amigo de la infancia.

—¡Eh, Patricio!—gritó el necesitado.

—No grite o le echo a la calle—dijo el portero.

Pero Patricio había oído el grito y había acudido al reclamo. Abrazos, saludos efusivos, golpes en la espalda... Don Luis entró hasta el despacho del amigo providencial. No era fácil ver al Gobernador. Tenía dadas órdenes terminantes de que nadie le molestase no siendo en las horas dedicadas a recibir visitas. Pesaban sobre el gobierno centenares de agudísimos problemas, agravados cada día. Todo el mundo tenía algo que pedirle al Gobernador, y el Gobernador no sólo no podía dar a nadie nada, sino que estaba cerca el tiempo en que tendría que empezar a pedir a todo el mundo algo, por las buenas o por las malas. Si las noticias del Este se confirmaban, habría que hacer una requisa casa por casa, y llevarse camas, ropas y alimentos para improvisar hospitales, casas de salud, residencias de convalecientes.

—¿Tan grave es el asunto?

—Gravísimo—dijo el funcionario oficial.

—Nunca lo hubiera creído.

—Pues créelo. El estallido está cerca...

Cuando Luis hubo explicado a su amigo el motivo de su necesidad de hablar con el Gobernador, Patricio hizo un gesto de duda con la cabeza, pero no quiso que por su parte quedara sin intentar la entrevista. Salió de su despacho y volvió después de un rato muy largo, casi interminable, como una eternidad, según la medida que para su tiempo daba la angustia de don Luis.

—Va a recibirte, pero dice que no puede concederte más de cinco minutos.

—Me sobran...

Cuando don Luis estuvo frente a frente del Gobernador no supo por dónde empezar. Cinco minutos eran poco tiempo. Sólo en contar la historia de su familia se le irían más. Optó por ir derecho al grano. En pocas palabras explicó la aparición inesperada de Rosario, su extrema gravedad, su necesidad de una cama en un hospital oficial...

—Amigo mío, usted está soñando. Todos los hospitales de la ciudad están llenos. No sólo están llenos, sino que en estos momentos me ocupo de ampliarlos, porque desgraciadamente los vamos a necesitar muy pronto. Los pueblos vecinos están también saturados de enfermos. Tan grave es el asunto que me propongo hacer que abandonen los hospitales aquellos reclusos que no estén realmente graves y enviar a los medianamente curados a sus casas... o a casas de personas pudientes, en el caso de que sean gentes sin familia... Por lo tanto, no veo más solución para el caso que me expone de su cuñada que el que sea recogida en casa de usted por las buenas... Y digo por las buenas, porque en caso necesario tendrá usted que hacerlo por las malas, ya que enfermos de esa clase y en esas condiciones no pueden dejarse morir por las calles y yo, en mi calidad de Gobernador, le obligaré a usted a hacerse cargo de un miembro de su familia...

Don Luis se iba poniendo pálido conforme oía hablar al Gobernador. Aquello era demasiado. Aquellas amenazas no podían ser toleradas.

—Yo soy un contribuyente y tengo derecho a que los hospitales tengan una capacidad suficiente para atender todas las necesidades de mi pueblo. Jamás he necesitado nada de la Administración, pero una vez que lo necesito no estoy dispuesto a tolerar que se me niegue una plaza en cualquier hospital para esta pobre enferma moribunda...

El Gobernador había tocado con el pie un timbre que tenía simulado debajo de la mesa. Un secretario apareció de improviso, como si surgiera de la pared.



—Este señor quiere despedirse, Martínez.

—Con mucho gusto, señor...

Sin muchos miramientos, el secretario obligó a don Luis a levantarse, le llevó casi a la fuerza hasta la puerta del despacho y luego en el pasillo lo entregó a un ordenanza gigantesco que se ocupó de llevarle hasta la escalera, casi arrastrarle por ella y ponerle en medio de la calle. Don Luis sintió que algo le corría por la mejilla y se tocó con las manos. Eran lágrimas, lágrimas auténticas. Estaba llorando de vergüenza, de rabia, de pena. Todo se tambaleaba en su cerebro, en su corazón, en su memoria. Las ideas eran confusas, su ritmo vital agitado, sus recuerdos extraños. Tuvo que sentarse en el umbral de una casa para reponer su ánimo. Secó con el pañuelo sus lágrimas y los gruesos goterones de sudor que le brotaban a chorros sobre la piel de la cara y de las manos. Cuando se sintió repuesto corrió de nuevo calle abajo, en busca de una solución para su problema.

EL AMIGO RUIZ

Abrió la puertecilla del jardín y entró por el camino bordeado de rosales. Un perro le salió al encuentro, moviendo la cola, reconociéndole. Llamó a la puerta del chalé. Pasó un buen rato antes de que alguien diera señales de vida en la casa. Una voz preguntó desde el balcón:

—¿Quién va?

Retrocedió don Luis para mirar a quién le hablaba. Era el comandante Ruiz.

—Buenos días, mi comandante. ¿Puedo hablar con usted un momento?

—¿Cómo no, mi amigo? Bajo en un segundo... No faltaba más... Pase, pase, mi amigo... ¿Cómo le va?

El comandante Ruiz mantenía un leve y simpático acento colonial en su charla. Era una especie de bandera permanente que él llevaba desplegada sobre su cabeza para que todos supiesen que había guerreado en el otro Continente.

—¿Cómo por aquí, mi amigo?

—Necesito de su ayuda, mi comandante...

—Adelante, pues, siempre que no sea dinero—dijo con una risa que acabó en carcajada, como si le hubiese hecho gracia su ocurrencia.

—No, no es dinero. Es un consejo. Usted ha recorrido mucho mundo, ha visto muchas cosas, ha resuelto muchas papeletas graves. Tal vez mi caso, que para mí representa un mundo, para usted no sea sino un juego de niños...

—Hable sin rodeos, que le escucho, mi amigo...

Luis volvió a contar la triste historia de Rosario. El comandante le escuchó en silencio. Cuando Luis dejó de hablar y el comandante comprendió que su amigo había terminado su relato, los dos hombres quedaron en silencio, mirándose de hito en hito, esperando el triste la solución que no encontraba.

—Lo siento, mi amigo, pero no sé cómo podría ayudarle...

—Usted tiene fondas... Podría cederme una habitación en alguna de ellas... Yo le pagaría la cantidad que usted me señalara... Rosario estaría allí atendida, cuidada...

Negaba con la cabeza el comandante Ruiz.

—Eso no puede ser, mi amigo...

Otra puerta se cerraba. Luis se aferró a la esperanza como a un clavo ardiendo.

—Pagaré lo que usted me pida, doble de lo ordinario, triple, si es preciso, pero cédamme una habitación. Ella no dará ruido ninguno, es buena, es silenciosa, está muriéndose a chorros. No durará mucho...

—¿Cómo quiere usted que le ceda una habitación a una persona que está muriéndose? En estos establecimientos públicos los huéspedes no aceptan la compañía de un enfermo de ese tipo... Sería un descrédito para mi negocio, ¿no lo comprende usted? Lo de menos es el pago de la pensión...

—¿No tiene usted caridad?

—No, ¿y usted, la tiene?

—Sí, porque quiero sacrificarme por ella, quiero pagarle lo que le cuesta vivir, quiero ayudarle en la medida de mis posibilidades.

—Pero no quiere tenerla en su casa, que es el medio más sencillo, el más fácil, el más derecho...

—No, no quiero tenerla en casa. Eso es superior a mis fuerzas.

—Amigo mío, cuando el enemigo ofrece batalla hay que aceptarla o huir. Huir es una cobardía y se castiga con la muerte; aceptar la batalla es jugar la única carta que puede llevar a la victoria...

—O a la muerte...

—Sí, o a la muerte, que es una manera como otra cualquiera de resolver la batalla. Al menos para el muerto, ¿No ha oído contar usted nunca aquella anécdota del soldado herido de metralla que cuando estaba moribundo recibió la visita de su general? «Animo, muchacho, la batalla ha sido una escaramuza sin importancia», dijo el general. «Para mí ha sido Waterloo, mi general», respondió el herido.

—No estoy para anécdotas...

—Hay otra solución, mi amigo.

—¿Cuál?—preguntó don Luis lleno de esperanza.

—Echarla de casa y cerrar la puerta.

—Yo no puedo hacer eso.

—Pues no encuentro otra solución mejor. O tomarlo o dejarlo.

Aquello era todavía más frío que lo del Gobernador. Don Luis salió de casa del comandante Ruiz acongojado, triste y como enfermo. El perro le acompañó hasta la puerta del jardín moviendo el rabo. En la calle sonaba indiferente y lejana la música de un organillo.

Y DIOS...

Recurrió a las organizaciones sanitarias oficiales. ¿Podía una persona morir como un perro ante la mirada indiferente de la sociedad? ¿No se decía a todas horas que vivíamos en un país de cristianos? Pero en los centros sanitarios no había cama. Centenares de enfermos esperaban turno para ingresar. Centenares de documentos eran precisos para conseguir un sitio donde ser operado, donde ser alojado, donde morir. Los constantes huidos del Este, que llegaban hambrientos, enfermos y desesperados, consumían todas las posibilidades de albergue que la caridad oficial tenía disponibles.

—Aunque sea de pago, doctor. Yo abonaré lo que usted diga...

—Es imposible, completamente imposible... Si se tratase de una persona sin familia, desamparada totalmente, haríamos un esfuerzo. No queremos, no nos gusta que la gente se muera en mitad de la calle, ¿comprende?

—Pero esto es un caso desesperado...

—Lo siento, es imposible.

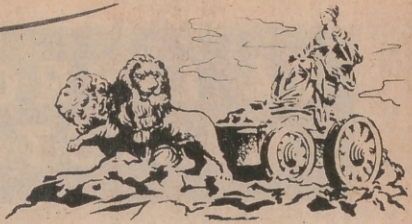
Todo falló. Todo fracasó. En ninguna parte encontró don Luis la solución para su problema. Don Pedro era pobre y su pobreza se aumentaba con aquella carga de familia que su caridad había reunido en su casa. El Gobernador no tenía interés ninguno en resolver un problema de familia, cuando tantísimos problemas generales agotaban día y noche su paciencia y sus recursos. El comandante Ruiz era un egoísta. Los médicos no podían multiplicar sus camas en los hospitales. Centenares de indigentes suplicaban cada día a la puerta de los centros sanitarios oficiales. El tiempo pasaba volando y el asunto había de quedar resuelto antes de mediodía. Corrió como un loco, sin saber a dónde dirigirse. Entonces fué cuando se derrumbó moralmente. Se vió sólo, sin ayuda, sin una mano abierta para sanarle aquel cáncer que de la carne de Rosario había saltado al corazón de él, a su conciencia, a su inteligencia, para torturarlo... Sintió un tirón irresistible y miró al cielo.

—¡Señor, ayúdame!

SUSCRIBASE USTED A

LA ESTAFETA LITERARIA

¡QUE BONITO ES TENER
UN PISO EN MADRID!



Visite el Barrio de
LA CONCEPCION

(Propietario: D. JOSÉ BANÚS)



- **PISOS** todo confort, de 3, 4, 5, 6, 7 y 8 HABITACIONES EXTERIORES
GRANDES FACILIDADES DE PAGO

Desembolso inicial: desde 63.000 PTS.
Resto a pagar: en 10 y 50 AÑOS

- **TIENDAS** y sótanos comerciales, como magnífica INVERSION DE CAPITAL (10% NETO)
o para establecer su comercio.

Locales en ALQUILER: Desde 900 PTS. mensuales.
Locales en VENTA: Desembolso inicial desde 35.000 PTS.
Resto a pagar: 400 PTS. mensuales durante 15 años

- ✓ EXENCION del 90% de Derechos Reales, en la escritura de compra.
- ✓ MAGNIFICOS CAMPOS DE DEPORTES Y ESPARCIMIENTO.—Este barrio se halla situado en la próxima prolongación de la calle de Alcalá, estando circundado por jardines y zonas verdes. Tiene capacidad para 25.000 personas.
- ✓ COMUNICACIONES RAPIDAS

3 LINEAS DE MODERNISIMOS AUTOBUSES: Desde NARVAEZ-FELIPE II; CIBELES (Correos fachada calle Montalbán) y METRO DE VENTAS respectivamente.
TRANVIAS: Núm. 5 desde GOYA, Núms. 1 y 12 desde la Plaza de MANUEL BECERRA

INFORMACION

OFICINA CENTRAL: Monte Esquinza, 6, 1.º Izq. Tel. 248635. De 10 mañana a 2 tarde y de 5 tarde a 9 noche
EN EL PROPIO BARRIO: De 10 mañana a 8 tarde. Tel. 367000 (pid el 181) SERVICIO PERMANENTE INCLUSO DOMINGOS Y FESTIVOS

**EL LIBRO QUE ES
MENESTER LEER**

EL PROBLEMA DE LOS MILAGROS

Por Jean LHERMITTE

Jean Lhermitte

*le problème
des miracles*

GALLIMARD

EL milagro constituye un hecho religioso cuya fuerza no se le escapa a nadie. El mismo empeño que ponen sus adversarios en tratar de demostrar su falsedad demuestra hasta qué punto cautiva las mentes de aquellos que fijan sobre él su atención. Ahora bien, el gran error en el estudio del milagro incluso por parte de los creyentes, es tratar estas manifestaciones extraordinarias con métodos inadecuados a su auténtica naturaleza. Si el milagro fuese un hecho experimental, como pretenden algunos, dejaría de ser tal milagro. El milagro no está en oposición con la ciencia, sino fuera de ella, lo cual no quita nada a su realidad ni a su certeza, si se piensa que existen varias clases de certeza y que la llamada científica es sólo el resultado de una clase de conocimiento. Esta es más o menos la tesis del doctor Jean Lhermitte, que acompaña todo discurso doctrinal con un considerable número de casos extraordinarios, que demuestran entre otras cosas, cómo el milagro es algo que se produce en nuestros días y que para captarlo sólo es necesario descubrir la mano del Creador allí donde la posa.

LHERMITTE (Jean): «Le problème des miracles». Gallimard, Paris, 1956.

TAL y como lo testimonian los Evangelios, la realización de milagros, es decir, de manifestaciones o acontecimientos, que están superpuestas a las normas habituales o el sentido común, no ha sido aceptado por todos los que fueron sus testigos directos. En la multitud que se agolpaba junto a Jesús había siempre un cierto número de incrédulos y de escépticos. Y es precisamente a este grupo al que Jesús dedicaba sus más duras palabras a causa de su falta de fe. Ahora bien, desde los tiempos evangélicos, el conocimiento de los fenómenos que nos ofrece la Naturaleza, o si se quiere mejor, la penetración más profunda de las leyes que presiden la realización de las manifestaciones de la vida o de la armoniosa coordinación de los elementos del mundo físico, se ha enriquecido considerablemente. Y es evidente que un cierto número de acontecimientos, que parecían en otros tiempos incomprensibles y desconcertantes, han recibido una explicación científica que hoy nadie deja de admitir.

LOS MILAGROS FRENTE A LA RAZON Y LA CIENCIA

A pesar de la autoridad, competencia y de la supuesta buena fe de ciertos sabios que voluntariamente cierran su espíritu a la hipótesis que supone la posibilidad de verificarse en determinados casos una suspensión de las leyes de la naturaleza, una corriente de pensamiento y creencias, totalmente distinta, ha persistido, reforzándose en proporción al esfuerzo hecho por los «científistas»

y los racionalistas en su propósito de desterrar la posible realización de un milagro.

Actualmente, cuando los métodos científicos han penetrado profundamente en todos los medios y se esfuerzan antes que nada por encontrar a los fenómenos insólitos una explicación natural, es digno de señalarse que quizá ninguna época se ha mostrado más ansiosa de lo maravilloso que la que nos ha tocado vivir. Tanto es así que las más altas jerarquías de la Iglesia se han visto obligadas a poner en guardia a los fieles contra un apetito desordenado por lo maravilloso.

¿En qué posición se encuentra el hombre de ciencia frente a los acontecimientos tenidos por maravillosos? Tal es el primer problema que nos toca resolver. Sin negar la posibilidad de los milagros puramente psicológicos, tales como las conversiones, es necesario convenir que éstos son meramente subjetivos y, por lo tanto, inaccesibles a los elementos de una ciencia que no quiere concentrar su atención más que sobre premisas objetivas.

Los milagros que nos revelan la historia de las religiones y los hechos milagrosos contenidos en el Antiguo y Nuevo Testamento aparecen como hechos objetivos, materiales, observables y tangibles. Para el creyente los milagros son signos, elementos que constituyen un lenguaje sobrenatural, pero adaptados a los espíritus simples, para los cuales el lenguaje escriturario resulta difícilmente accesible o impenetrable.

Si el problema del milagro en general se muestra tan particularmente irritante para ciertas personas cultas, y singularmente para los hombres de ciencia, es que las premisas bajo las que se presenta son insuficientes en resumen, que la cuestión no se plantea con el rigor y la claridad debidas.

Los milagros, en general, y las curaciones inexplicables para la ciencia actual se encuentran en contradicción con las experiencias y las observaciones llamadas científicas, por lo mismo que ellas se oponen a la estructura de nuestro espíritu y a la razón. ¿Pero son así realmente los milagros? En realidad, los milagros son hechos materiales objetivos, concretos y susceptibles de someterse a una comprensión científica. Si, pues, no se puede negar que tenemos en la mano los medios apropiados para utilizar procedimientos que nuestros padres no conocían y que nadie duda que darían al milagro una consagración científica. ¿Por qué razón el milagro continúa impenetrable y rodeado de misterio, cuando la ciencia ha proyectado tanta luz sobre los pliegues más escondidos de la naturaleza inanimada, así como sobre las oscuridades del mundo de los vivientes?

Se responderá seguramente que el milagro por principio continúa siendo un acontecimiento imprevisible y repentino y que, en consecuencia, el observador no posee el medio de captarle directamente, sino por accidente. La cosa es cierta y el observador del milagro está todavía peor situado que el observador de los planetas, de las estrellas o de los cometas, porque éste conoce sus variaciones en el espacio y en el tiempo, mientras que el hecho

del milagro permanece imprevisible. No obstante, hay en el mundo temas que son objeto de milagros permanentes o de manifestaciones extraordinarias sometidos a muestras periódicas, cuyo estudio no resultaría tan difícil de emprender. Entre ellos tenemos el fenómeno de la inedia y de la estigmatización.

Como ya lo hemos mostrado en otras obras nuestras, tanto el ayuno absoluto durante años como la estigmatización, que se acompaña en épocas determinadas por hemorragias, escapa en absoluto a toda interpretación natural. Poseemos aquí un objeto que puede ser sometido a la ciencia, acompañando su observación con medidas dignas del respeto y la discreción.

¿Por qué razones no se han realizado investigaciones realmente científicas, es decir, conforme al método experimental de Claude Bernard en el sentido que indicamos? He aquí una gran dificultad que trataremos de resolver o de explicar a continuación.

¿EXISTE UNA EXPLICACION NATURAL DE LOS HECHOS MILAGROSOS?

Cuando se leen los relatos evangélicos con atención no se puede por menos de sorprenderse por el hecho de que Jesús cure a los enfermos, no sólo de una manera instantánea, sino también a los enfermos cuyas lesiones eran juzgadas absolutamente incurables en la época en que estos sujetos eran observados. Y todavía hay algo más extraordinario: cuando Jesús devuelve la vida a cadáveres, incluso en estado de descomposición.

El que se acepte o no la veracidad y la autenticidad de los relatos evangélicos, el problema no está en esta cuestión, sino en el dilema siguiente: O bien el milagro, si se admiten las descripciones que nos son propuestas, pueden ser consideradas como una manifestación que escapa completamente al determinismo, fundamento de toda ciencia física o biológica e incapaz de ser comprendida por el entendimiento del sabio, o, por el contrario, es posible encontrar en el proceso milagroso un encadenamiento de causas que permite relacionar el milagro con una manifestación verdaderamente excepcional, pero sometida a las leyes de la Naturaleza.

Es evidente que en esta ocasión nos vemos tentados a volver a utilizar la frase célebre del poeta: «*Multa renascentur quae jam cecidere*», pues la cuestión parece definitivamente zanjada por los teólogos del milagro, que, tras de escuchar la lección de Santo Tomás de Aquino, reconocen tres modalidades de acontecimientos milagrosos: los primeros, que son los que sobrepasan las leyes de la Naturaleza; los segundos, los que se producen a pesar de estas leyes o en contra de ellas, y, finalmente, los últimos, los que se caracterizan por una aceleración extraordinaria de los fenómenos naturales.

Ahora bien, últimamente se señala una tendencia que quiere que los milagros no sean otra cosa que procesos naturales acelerados. Y es por esta opinión por lo que el R. P. Bouillard ha escrito lo siguiente: «El milagro no es una derogación de las leyes naturales, si se entiende por esto una violación de estas leyes. Tampoco basta decir que se produce al lado de estas leyes, si se entiende por esto una excepción situada al mismo nivel. Está junto a estas leyes, no en el sentido de que las contradice o les es enteramente extraño, sino en el sentido de que se sirve de ellas. Lo mismo que el hombre transforma la Naturaleza, no oponiéndose a ella, sino orientándola; lo mismo que la libertad emerge de los determinismos psicológicos, apoyándose sobre ellos para llevarlos al fin que se propone, así también el milagro utiliza los determinismos naturales... El milagro multiplica, transforma o sana, pero crea. Sobrepasa las fuerzas de la Naturaleza, pero no viola sus leyes. Los determinismos subsisten y son como utilizados por una libertad superior. Y es con el dominio de todo esto como se manifiesta también misteriosamente esta libertad.»

El caso de sor María Margarita ilustra mucho a este respecto. De sesenta y cuatro años, esta religiosa se encontraba en un estado de lo más grave: nefritis supurante, insuficiencia cardíaca y un edema generalizado habían ocasionado la formación de flictenas en los miembros inferiores, por los cuales se esparcía la serosidad de una manera permanente. La desgraciada paciente, incapaz de permanecer en el lecho a causa de la disnea, permanecía noche y día sentada en un sillón. Sin embar-

go, el 22 de enero de 1937, cuando la comunidad había comenzado una novena a Nuestra Señora de Lourdes, sor Margarita, tras de haberse materialmente arrastrado hasta la capilla para asistir a la misa, experimentó repentinamente una sensación de presión sobre todo el cuerpo y principalmente sobre las piernas. Estas parecían desinflarse instantáneamente hasta el punto de que las vendas que las envolvían se cayeron ellas solas.

Tan pronto como terminó la misa, la enferma regresó a su habitación y comprobó que los edemas habían desaparecido completamente. Pudo calzarse los zapatos, que no se los ponía desde hacía más de un año, descendió la escalera y circuló toda la jornada sin experimentar ni fatiga ni crisis cardíaca. Según nuestras informaciones, sor Margarita, a los setenta y tres años se encontraba en perfecto estado de salud, es decir, nueve años más tarde.

Semejante vuelta a un equilibrio fisiológico no demuestra evidentemente ningún proceso sobrenatural y no existe médico alguno que no haya observado ejemplos análogos. Pero lo que debe atraer nuestra atención no es el retorno progresivo a la salud, sino el hecho de que, repentinamente, una enferma cuyo cuerpo estaba infiltrado de edemas generalizados se encuentre aliviada y compruebe que las infiltraciones serosas que deformaban sus miembros inferiores han desaparecido. Hubiese sido extraordinariamente interesante conocer el peso de esta paciente antes del acontecimiento «milagroso» y el peso también después de la desaparición de los edemas. Este cálculo no habría resultado difícil porque es práctica corriente cuando se quiere apreciar el valor de una medicación con la que se trata de eliminar los edemas.

F. Laurent y H. Bon estiman en varios litros la cantidad de líquido infiltrado en el tejido celular y las serosas. De acuerdo con la línea seguida por el proceso natural, habría que suponer que la desaparición de las infiltraciones edematosas generalizadas se realizó gracias a una evacuación hídrica por los intestinos o por los riñones o también a una «huída de la serosidad», producida como consecuencia de la ruptura de las flictenas que cubrían las rodillas hinchadas. Pero no ocurrió así. «No había



¡¡GARANTIA PROFIDÉN!!

PROFIDÉN

Use los Cepillos de Dientes
PROFIDÉN
Compruebe su gran calidad
Ahorrará dinero

ni una gota de agua en el suelo y las ropas estaban secas y limpias. Por otra parte, no hubo una evacuación exagerada de orina, ni tampoco una gran exudación que inundase los vestidos de la enferma. Invocar una eliminación por los pulmones no es más que una hipótesis absurda; imaginar una trasudación local, acompañada de una inmediata evaporación, nos lleva a otro callejón sin salida, pues una evaporación de este tipo hubiese fatalmente originado una refrigeración tal que los miembros se hubiesen congelado.

«No nos queda más remedio, pues, que ampliar nuestros horizontes—explican los citados autores—y considerar la escala de Dios y considerar también otras escalas físicas que las que no nos son familiares.

«Es necesario, según parece, buscar otro modo que enviase al exterior el agua de la urea y las sales, que constituyen los edemas medios libres de los inconvenientes de los mecanismos fisiológicos normales y en los que no caben unos infinitamente multiplicados.

«Ahora bien, hemos visto que la física moderna estima que la continuidad de la materia no existe. No hay más que partículas infinitesimales de materia en perpetuo movimiento, separadas por vacíos inmensos. La única cohesión de estas partículas para formar átomos, de los átomos para formar moléculas y de las moléculas para formar gases, líquidos y sólidos, se realiza por relaciones eléctricas. Y si los cuerpos no se atraviesan los unos a los otros perpetuamente es porque la tela de araña de las fuerzas energéticas que mantienen los elementos de un cuerpo en cohabitación pone una barrera infranqueable a las telas de araña energéticas constitutivas de los otros cuerpos. Y así llegamos a encontrar el punto de aplicación de la acción divina sobre la materia, no en un nivel cualquiera de la sustancia organizada, sino en el nivel de las fuerzas constitutivas de la materia.»

El lector acogerá esta hipótesis como lo estime conveniente. Por nuestra parte, no la suscribimos, y nos parece tan insostenible como la de los que quieren explicar una cura milagrosa de la vista por una restauración de la retina, cuyos elementos

nerviosos habían sido previamente destruidos. Nuestra actitud se basa en que las curaciones milagrosas, llamadas sobrenaturales, cuentan no solamente una excepcional rapidez como factor extraordinario; que los hechos establecidos por una exacta observación se oponen absolutamente a la integración de curaciones milagrosas, tales como las que se nos presentan en un proceso que respondiese a las exigencias de la física y la biología actual.

Si los milagros, y particularmente las curaciones sobrenaturales, no pueden encontrar una explicación plausible en el desarrollo de las fuerzas naturales, ¿no se puede imaginar también que el «psiquismo» o que el espíritu, construido con todos los elementos que se le conocen, sea capaz de expresarse, si se puede decir así, con manifestaciones somáticas, que se aproximarían a los fenómenos milagrosos?

Ciertamente ningún médico duda de la importancia considerable que tienen sobre el cuerpo las conmociones de la esfera psíquica; pero de este hecho sacar en consecuencia que todas las curaciones extraordinarias y milagrosas pueden recibir una explicación adecuada en el juego de los efectos recíprocos del espíritu sobre el cuerpo y de éste sobre el espíritu hay un abismo imposible de franquear.

¿ES ACCESIBLE EL MILAGRO AL HOMBRE DE CIENCIA?

Nos hemos esforzado por hacer ver que para una inteligencia científica a la que no le repugna la eventualidad de un «acontecimiento milagroso», cuya autenticidad no podría ser garantizada más que por la autoridad religiosa, nada se opone absolutamente a un estudio objetivo, preciso e implacable, es decir, a una búsqueda, cuyos resultados, si resultasen positivos, serían convincentes para el espíritu.

En realidad, lo que un científico debe proponerle a este respecto, pues le está prohibido ir más lejos en sus investigaciones, no es la identificación de un hecho o de un fenómeno milagroso, sino simplemente la comprobación de un «caso fuera de serie», que se ha producido en unas condiciones tales que es imposible ponerlo en duda. Se tratará de un acontecimiento, inclasificable, irracional, si se quiere, pero de un acontecimiento cuya realidad concreta habrá sido comprobada de una manera realmente científica.

En relación con todo esto, el R. P. Dubarle explica: «Cuando el sabio se ve proponer alguna cosa que las gentes le dicen ser de esencia milagrosa, es muy raro que se mantenga inflexiblemente como hombre de ciencia. El partidario previo reaparece en seguida y muy frecuentemente se apodera del científico de alguna de las dos siguientes maneras, los que no quieren mirar los hechos que se les proponen como milagrosos, pues para ellos no hay milagros, y los que no quieren que se observen científicamente los hechos, pues se trata de milagros, y para ellos debe haber milagros.»

Destacamos, por otra parte, que el milagro no se dirige especialmente al sabio, sino al hombre en la totalidad de su ser. Y es por ello por lo que se puede suponer acertadamente que el milagro no aparecerá jamás en el recinto del laboratorio y que los acontecimientos de esta especie no dejarán de desarrollarse en condiciones que escapan siempre en cierto modo a las condiciones que la ciencia habría exigido a su respecto para que pudiese convertirse, en su misma materialidad, objeto perfecto del conocimiento científico.

Agreguemos, sin embargo, que esto es sólo una hipótesis, y la demostración de un acontecimiento excepcional, contrario a las leyes o a las reglas sobre las cuales la ciencia se apoya, no puede ser tenida como una imposibilidad absoluta.

Llegados a este punto de nuestra argumentación, se plantea una grave objeción al científico cristiano: ¿Será imposible para un creyente adquirir la certidumbre de un milagro? ¿No se encontrará colocado si llegase a esta duda extrema en la categoría de los heréticos, pues el Concilio Vaticano condena a cualquiera que sostuviese que «es imposible conocer con certeza los milagros y probar conjuntamente, como conviene, con su ayuda, el origen divino de Cristo».



OBSEQUIO

Formulario de cocina

Si recorta usted este vale y lo remite a PUBLICIDAD RIEMER, calle Lauria, 128, 4.º, Barcelona, acompañando seis pesetas en sellos de Correo, recibirá un valioso

FORMULARIO DE COCINA

de un valor aproximado de 25 pesetas.

Esta publicidad está patrocinada por
**INDUSTRIAS RIERA
MARSÀ, S. A.**

Primera empresa nacional de la alimentación

En realidad, esta objeción puede ser fácilmente rebatida si se está de acuerdo con los teólogos y ciertos filósofos, que los fundamentos de la certeza de un acontecimiento milagroso no se asientan exclusivamente en una prueba meramente científica; que hay certidumbres morales cuya demostración por un simple aparato científico es imposible y finalmente que en los hombres hay otras nociones y otras necesidades espirituales que no dependen en nada de lo que nosotros llamamos ciencia, como es el caso de lo bello, por ejemplo.

Ernesto Renan hablaba del «milagro griego», y la palabra ha sido conservada. ¿Por qué? Porque precisamente como todo milagro, aunque la belleza contiene en ella elementos materiales capaces de ser medidos y controlados por todo el aparato científico que el hombre dispone, detrás de los elementos sensoriales que la ciencia retiene y analiza hay algo que se sustrae, mucho más sutil e infinitamente más fundamental: la esencia de lo que nosotros descubrimos en la sustancialidad de lo bello. Se podrá profundizar indefinidamente sobre la manera que Rembrandt, Velázquez o Vermeer han compuesto o forjado sus cuadros, se podrá también «desmontar» tal obra dramática o poética, someter al más erudito examen tal sonata de Mozart o tal fuga de J. S. Bach, e incluso algún drama musical de Richard Wagner, pero jamás el conocimiento más exhaustivo de estas obras permitirá demostrar que poseemos en ellas la manifestación indiscutible del genio humano.

Y, sin embargo, ¿qué conocedor podría dudar de él? Se puede poseer una plena certeza, como puede tenerla el creyente científico, para no vacilar sobre el valor demostrativo de un milagro, aunque se esté en la imposibilidad de facilitar una demostración irrefutable.

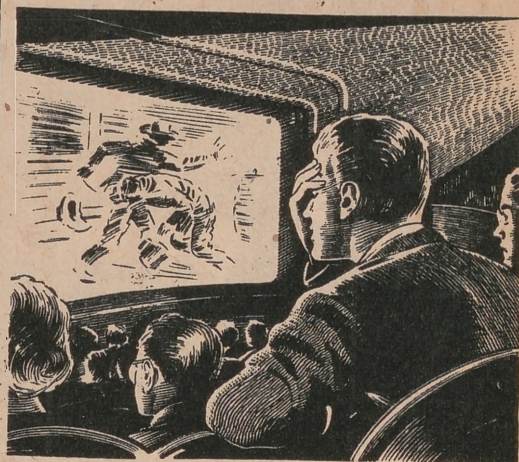
Pero no agotamos con esto último todo el problema que nos hemos planteado. Nos es necesario ver ahora, si desde el punto de vista de fe cristiana, una actitud y exclusiva estrictamente científica es conveniente para proceder al examen del milagro. Digámoslo una vez más, pues es algo esencial y capital para nuestro tema: el milagro para un espíritu religioso o para un creyente, es antes que nada un símbolo: «el contenido de la palabra de Dios».

No es nuevo para nadie el saber que la cuestión con la que nos enfrentamos es algo ya varias veces considerado y que han sido muchos los que se han preguntado si el escrutar y el investigar implacablemente, sin consideración alguna, sobre los hechos milagrosos, no constituye un acto irreverente para el creyente.

Todas estas consideraciones han sido necesarias para comprender algunas de las dificultades que se presentan cuando se trata de captar todo el contenido del milagro, y nada más que este contenido, y ahora volvemos a lo que creemos nuestro primer objeto: el valor moral del milagro.

Como hemos intentado demostrarlo, el milagro se opone al hecho científico por numerosos aspectos. En primer lugar, el milagro no puede ser experimentado en virtud de su propio principio que se opone a su repetición. Imprevisible, escapa a todas las causalidades aparentes o inteligibles para los medios más perfeccionados de la ciencia experimental. Finalmente, contrario a toda comprobación científica que esté al alcance de la inteligencia, el hecho milagroso exige para ser reconocido, la adhesión total del hombre, tanto en su espíritu como en su corazón. Un descubrimiento satisface, incluso engrandece el espíritu del sabio, pero le aparta más bien de las preocupaciones metafísicas perturbadoras, para dejarlo solitario en el terreno de la fría razón. El milagro, por el contrario, posee un valor moral, exige para ser recibido la adhesión de todo el complejo humano.

Y es por esto por lo que se ha podido decir que si la disciplina científica ensancha el espíritu humano en lo que atañe a su inteligencia, su curiosidad, su juicio, su crítica, el milagro es susceptible de llevar al hombre a una superación de sí mismo que nadie podría haberle creído capaz.



¿QUÉ ESPERA, SI NO VE CON CLARIDAD?

Si al mirar fijamente se le nublan los ojos, la cabeza le duele y las imágenes se desenfocan, ¿qué espera para que un especialista reconozca el estado de su visión? Los ojos son la clave de toda una vida. De ellos dependen la perfección del trabajo, los ingresos y una parte esencial de la felicidad.

VER BIEN ES VIVIR MEJOR

Nunca deje de dar importancia a los disturbios de su vista, por pequeños que le parezcan. Es posible que tengan poca, pero pueden ser el principio de lesiones graves. En todo caso, el examen del especialista y la corrección oportuna son indispensables. Acuda a su consejo cuando note un disturbio y, periódicamente, por sabia precaución.

CRUZADA DE PROTECCION OCULAR

DOS OJOS PARA TODA LA VIDA





EL HOCKEY SOBRE HIERBA, UN DEPORTE SIN NOMINA

117 EQUIPOS Y UNA AFICION QUE CRECE

EL PRIMER CLUB SE FUNDO EN BARCELONA
HACE AHORA MEDIO SIGLO



Segundos Juegos Mediterráneos. He aquí un momento del partido contra Italia, que ganaron los españoles por el tanteo de 5 a 0

Lento caminar de los caballos han llegado varios carruajes que se han situado junto a un pequeño prado cubierto de césped. Hay también un extraño artefacto traído por algún caprichoso del extranjero. Tiene volante y no necesita caballos para arrastrarlo. Barcelona, con sus ruidos, ha quedado lejos. Las chimeneas de la gran ciudad industrial ya no ensucian el cielo con sus humos. Todo está límpido y sereno. Es primavera. Allá abajo hay un cabrerillo cuidando un corto grupo de cabras. Se ha puesto de pie al ver llegar a toda aquella gente.

Es un grupo de treinta o treinta y cinco personas. La mayoría son muchachos jóvenes con su hongo, sus floridos chalecos y su bigote siempre perfumado. Hay una cuantas chicas jóvenes y un par de rostros de «carabinas». Los trajes de éstas son sobrios y discretos, con sus mangas «jamón». Los de aquéllas, también con sus grandes mangas, son vaporosos, blancos. Alguna lleva sombrilla con un largo puño que termina en la cabeza de un caballo.

Uno de los muchachos se ha acercado al cabrerillo y le ha pedido permiso para poder utilizar una casucha para vestuario. Mientras unos entran en ella, otros se dedican a clavar unos palos en el suelo hasta formar unas porterías a una distancia que ha calculado alguien dando grandes zancadas de lado a lado del campo. Las muchachas se han sentado en la hierba comentando sobre la última moda de París.

Aquello no es un campo de hockey, pero puede pasar. Cuando hay verdadera afición se pasa por encima de muchas cosas. Y se consigue la victoria. Los jugadores han salido. Llevan sus camisolines de colores brillantes y sus calzones cortos y unas lar-



Una típica escena de júbilo al finalizar un encuentro de hockey

gas medias que llegan hasta la rodilla. Cada uno tiene en su mano una especie de bastón invertido con el que golpearán la pelota. En la jerga técnica del juego se llama «stick» y debe tener unas medidas especiales.

Colocan una pelota en el centro del campo. Es de cuero blanco. Su tamaño es pequeño, unos 22 centímetros de circunferencia. Y pesa poco más de 150 gramos. A cada lado de ella se sitúa un jugador. Los demás, once por cada equipo, se colocan en la posición respectiva. Hay dos árbitros. Uno para cada mitad del campo. Son dos chicos que se han despojado solamente de su chaqueta de solapa corta. Sobre la camisa blanca luce una corbata gris sujeta con un brillante solitario que destella al sol. Uno de los dos árbitros, pita. El partido de hockey comienza.

1907: BARCELONA CLUB DE HOCKEY

Estamos a principios del siglo. El juego lo ha traído algún estudiante a quien su familia envió a Oxford a aprender inglés. Y ha aprendido dos cosas: a tener calma y flema ante los acontecimientos y a jugar al hockey. Era capitán del equipo de su «college». Y ha logrado convencer a varios amigos españoles para que aprendan a jugar.

Poco a poco se va creando la afición. La gente que desconoce el hockey se ríe de aquellos mu-

chachos que cada domingo buscan un lugar llano y con hierba para practicar su deporte. Pero ellos no se inmutan y siguen adelante con su afición.

Y llega de esta forma el año 1907. El día 9 de febrero más concretamente. Varios aficionados barceloneses deciden constituirse legalmente en Club. Se llamará Barcelona Club de Hockey. Es el primero de este deporte que se crea en España. Pocos meses después, y en ese mismo año, surge en Tarrasa otro nuevo Club. Luego, poco a poco, van surgiendo cada vez más por toda la piel de toro de nuestro mapa español.

Y de 1907 acá, cincuenta años justos. Así, pues, de celebrar bodas de oro se trata. Y en ellas a celebrar la españolización de hockey. Hoy día muchos espectadores no llevan chaqueta ni corbata. Las espectadoras no usan mangas «jamón» ni llevan «carabinas». Más aún, hasta ellas mismas se han lanzado a practicar hockey y han constituido Clubs femeninos. Pero todo lo demás sigue siendo lo mismo. Hasta los jugadores continúan siendo «amateur». El hockey no es pura crematística, un negocio más. Es juego de verdadera afición. Es un verdadero deporte.

TEMISTOCLES, LOS BEDUINOS DEL DESIERTO Y LA «CHUECA»

Un deporte lleno de agilidad y gracia. Más juego de brazos y de muñeca, sobre todo, que de pier-

nas. Los buenos tenistas suelen ser buenos jugadores de hockey. El futbolista, en cambio, difícilmente se adapta a sus secretos.

Además, de todo eso, es un juego antiguo. Hace ya tiempo que se descubrió en Atenas un viejo muro con bajorrelieves de la época de Temístocles, que vivió allá por los quinientos años antes de Cristo. En uno de los relieves hay dos jóvenes en igual actitud que hoy día se sigue utilizando en la jugada de salida. Aparte de que entonces los espectadores llevaban clámide, todo lo demás sigue igual. Nada hay nuevo bajo el sol.

Porque el hockey, pese a lo que digan los ingleses, es un juego antiguo. Un juego varonil y dinámico que ya practicaban los griegos y que han practicado, con distintas denominaciones y variedades, los más diversos pueblos.

Lo encontramos, por ejemplo, en Francia. Los franceses aseguran que el hockey, igual que el golf y el cricket, descienden de un viejo juego francés, la «crosse», que se jugaba en el norte de su país.

Los beduinos del desierto árabe también tienen parte en esta pugna por el origen de un juego. Ellos hacen una pelota de fibras de palma, a la que golpean con una rama de palmera. El juego se llama «kura» y los jugadores llevan chilabas de distintos colores a cada cual más llamativo.

También los españoles tomamos lugar en la cuestión. Doctos historiadores del deporte asegu-

ran que ya en nuestros pueblos castellanos se jugaba a la «chueca», que es fundamentalmente el hockey de hoy. Eran entonces los tiempos de la gloriosa conquista americana. Y hasta hay una gruesa y olvidada «Historia de Chile», que escribió un fraile español. Alonso de Ovalle, impresa en Roma en el año de gracia de 1646, en una de cuyas páginas se dice que los españoles llevaron la «chueca» a Chile y que los nativos chilenos gustaban mucho de practicarla.

Sin embargo, estamos hablando del hockey que actualmente vemos en los estadios. Y este juego, al igual que todos los juegos de pelota, tiene su origen moderno en el país británico. Sólo se salva de esto nuestra nacionalísima pelota vasca. En los demás han sido los ingleses, si no ya los creadores, si al menos los que lo han estructurado y fijado sus reglas.

Hay hasta quien dice que en esto de tener origen inglés todos los deportes de pelota tiene más enjundia de la que parece a primera vista. Dicen que en ello se ve claramente el eterno signo de la política inglesa. Para ella, la bola del mundo es algo a lo que se puede tomar como objeto de juego. Y en este juego son únicamente los ingleses los que pueden dictar reglas universales a su capricho.

Pero en fin, sea como sea no queda otro remedio que aceptar la paternidad británica del hockey actual. Nuestra Real Federación, en el Reglamento que editó hace poco, se vió obligada a

reconocerlo y tuvo que colocar entre paréntesis los pesos en libras y onzas y las medidas en yardas. Y también son ingleses los nombres de las jugadas (bully, córner, off-side, goal, roll-in...), algunos de los cuales es el fútbol el que se ha encargado de españolizar. Porque, pese a que el hockey cuenta con una acción decidida, no es tan deporte de masas como el fútbol.

EL HOCKEY SE ESPAÑOLIZA

En el momento en que la palabra «foot-ball» se convirtió en fútbol se hizo español este deporte. No ha pasado igual con el hockey, que sigue conservando aún su grafía extranjera. Sin embargo, desde el momento en que dentro de unos días se van a celebrar las bodas de oro del hockey en España, podemos hablar de su españolización.

Porque cincuenta años no son nada para la marcha del mundo. Sin embargo, para la persona que los ha vivido uno a uno, cincuenta años suponen un espinoso batallar diario. Las contrariedades se van agolpando y sólo llega de vez en cuando, el azúcar de una victoria merecida, con la que se endulzan los contratiempos todos.

Igual le ha pasado a nuestro deporte. Ha habido derrotas, mas de las que se quisieran. Pero también ha habido victorias. Sin contar con las victorias de hockey sobre patines, en cuya modalidad hemos ganado recientemente un Campeonato en Lisboa,

y dado que el cincuentenario se refiere sólo al hockey sobre hierba, hemos de hacer constar cómo España se ha proclamado varias veces campeón. Nuestra selección nacional nos conquistó las máximas victorias en los II Juegos Mediterráneos de Barcelona y en los Universitarios de San Sebastián. También nos trajo la copa del trofeo triangular de Lyon, conmemorativa del cincuentenario del hockey lyonnés.

En los locales de la Federación Nacional —número 19 de la madrileñísima calle del Barquillo— figuran muchos de los trofeos ganados. Una vitrina adosada a una de las paredes muestra quince o dieciséis copas con inscripciones que cantan victorias españolas. Tam-

bién hay dos marcos en los que lucen los diplomas que acreditan el haberle sido concedido a España por dos veces, en 1930 y 1950, la copa Paul Leautey. Y esta copa la entrega la Federación Internacional al país que cada año se distingue más por su actuación entre todos los países del mundo.

Ha intervenido España en 44 encuentros internacionales, de los que ha ganado 11, empatado 8 y perdido 25, siendo 109 los tantos en contra y 100 justos los tantos a favor. Son también numerosos los partidos interclubs, y solo en las dos últimas temporadas se han jugado 134, de los que España ganó 60. El balance aún no es positivo. Pero la marcha de nuestro hockey sigue el camino ascendente que ha iniciado. Un camino de victorias.

UN ACTA DE 1922

Entre 1907 y 1957 hay una fecha intermedia para la historia de nuestro hockey: 1922. El 26 de febrero de este año queda constituida la Federación Nacional.

No hubo entonces fotógrafos, y no podemos saber los gestos de aquellos cuatro aficionados—Joaquín de Aguilera, José María Alonso, Luis Satrustegui y Santiago Bellver—que se habían reunido en Barcelona. Llevaban un propósito todos ellos: constituir una Federación para unificar en ella toda la actividad española referente al hockey.

Era aquél el propósito que llevaban... y lo hicieron realidad. Si bien no quedó ninguna vieja foto, sí quedó para comprobarlo un acta que levantan dando fe de lo acordado: «Reunidos en Barcelona el día 23 de febrero de 1922 los señores expresados al margen, representantes, respectivamente, de las Sociedades de primera categoría que en España practican el deporte del hockey. Real Polo Hockey Club de Barcelona; Real Sociedad Sportiva Pompeya de Barcelona; Arenas Hockey Club de Bilbao, y Athletic Club de Madrid, y bajo la presidencia de...»

Un folio escaso a máquina ocupa el acta completa. En ella se instituyen los primeros cargos del Comité Directivo. La presidencia recae en don Luis Fernández Yreguas. Después de él han ocupado el cargo don Luis Satrustegui, don Joaquín de Aguilera y por último, desde diciembre de 1947, el actual presidente, don Juan Manuel Saiz de los Terreros.

La Federación de Hockey fué primero, sencillamente, Federación Nacional. Luego, Alfonso XIII le concedió título de Real Federación. Y a su escudo anterior—un león detrás del cual se cruzan dos «stick»—se le añadió una corona. Sin embargo, el trabajar en pro del deporte que representaba fué siempre el mismo en intensidad por parte de todos.

Dentro de la Nacional funcionan una serie de Federaciones Regionales y Provinciales. Actualmente existen doce de aquéllas y dos de éstas. Todo está dirigido por una Comisión directiva. Y existen además un Comité nacional de Competiciones, otro de Competiciones Juveniles y un Colegio Nacional de Arbitros. Hay un seleccionador nacional de hockey masculino y otro femenino

DIENTES POSTIZOS ¡Verlo es creerlo!

Su DENTADURA POSTIZA recobrará el brillo natural inmediatamente después de los primeros empleos de NEVER BRUSH.

Bastará una inmersión diaria para limpiar, desodorizar y desinfectar las prótesis, reportando a su boca frescura y bienestar.



(SIN NECESIDAD DE CEPILLAR)

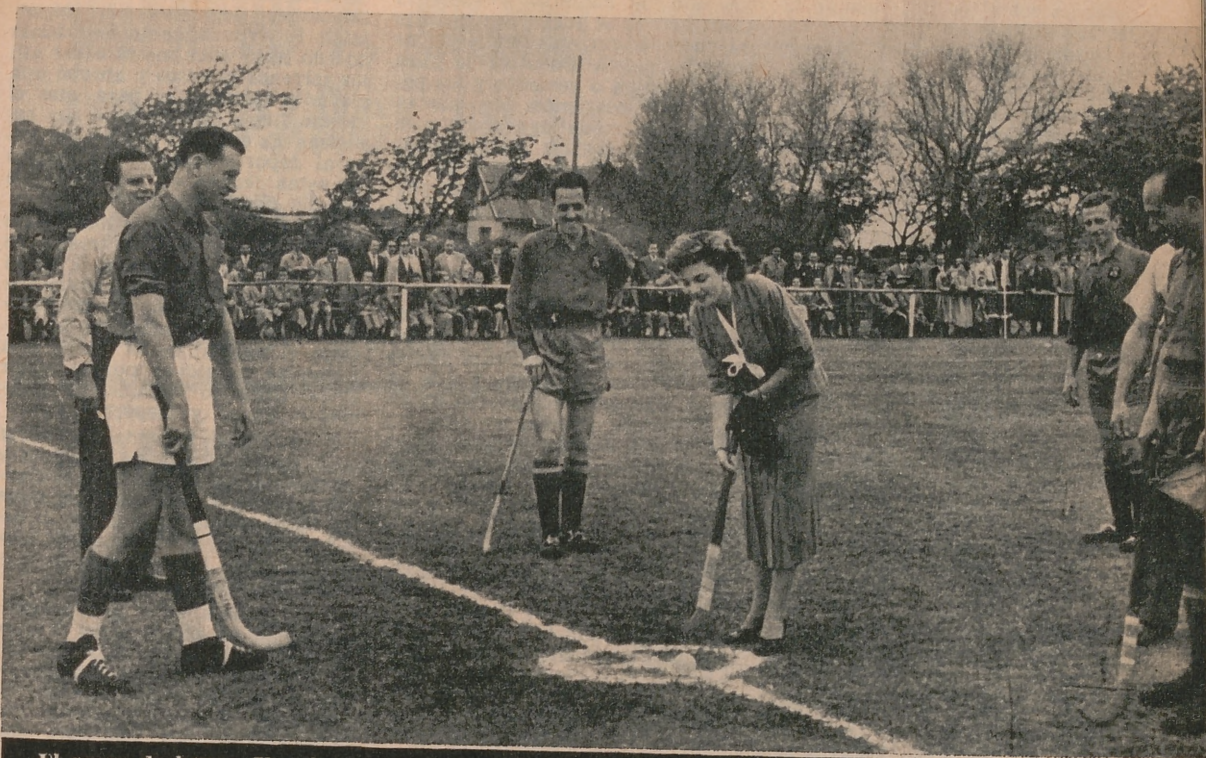
LIMPIA EN FORMA ABSOLUTA Y ES TOTALMENTE INOFENSIVO.

Never Brush

¡Haga Vd. una prueba!

Solicite muestra a:

DENTICLOR, S. L. - Apart. 5.120 - BARCELONA



El saque de honor. Una joven pone en juego la pelota. Los jugadores sonrían con ganas de empezar la lucha

Y nuestros organismos tienen representación ante la Federación Internacional, tanto en la masculina—cuya sede está en Bruselas—como en la femenina—que reside en Australia—.

LUIS VIVES DA REGLAS PARA EL DEPORTE

Aparte de otras muchas cosas, la Federación se ha tomado el trabajo de editar un boletín, con cuya lectura puede uno estar al tanto de cuantas cosas pasan por el mundo en relación al hockey. En uno de los números del boletín, el nueve concretamente, hay en una de sus páginas una nota que llama en seguida la atención: «Las seis reglas del juego según Luis Vives». Y tras los titulares y una pequeña introducción, vienen entrecomilladas unas frases del gran pensador de nuestra humanística.

Así dice la primera: «¿Cuándo se ha de jugar? La coyuntura para jugar es cuando el espíritu para jugar es cuando el cuerpo están fatigados, y al o el juego no se le ha de tomar de otra suerte que el sueño, la comida, la bebida y las otras cosas que renuevan y reparan las fuerzas».

No es cosa de ponerse ahora a hacer largos párrafos sobre la vieja sentencia del «mens sana corpore sano». Pero sí es interesante ver cómo Vives tenía un alto concepto del juego. Es éste imprescindible para el cuerpo y el espíritu. No es puro espectáculo. El hockey, gracias a Dios, es juego de auténtica afición. La tenían hace cincuenta años aquellos que seguían adelante con ella despreciando críticas irónicas. Y, gracias a ellos, tras su duro bregar por y para esa afición, la de hoy ha podido llegar a la magní-

fica realidad que el cincuentenario representa.

UNA AFICION QUE CRECE

Nada puede importarle a España que Sudáfrica tenga 229 Clubs de hockey, ni que Irlanda tenga 150, ni que en Inglaterra pasen del millar el número de los femeninos solamente, ni que... Porque en España existen Club numerosos extendidos por todo el país.

En 1915, ocho años después de fundarse nuestro primer Club, la afición era tan numerosa que pu-

do pensarse en organizar un Campeonato entre los distintos Clubs españoles. Desde entonces, salvo en los tiempos de la última guerra civil, todos los años ha venido celebrándose el correspondiente Campeonato nacional.

Hasta hoy es el Atlético de Madrid el equipo que más trofeos ha conquistado: 20 en total. Le siguen el C. D. Tarrasa—13 Campeonatos—y el R. S. H. E. Club de Campo, con 12. Madrid ha conquistado 26 trofeos nacionales y Barcelona, 17, con gran di-



Equipo femenino del Atlético de Madrid. La tercera por la izquierda es doña Matilde de León, once veces campeona de España, una de ellas teniendo como compañera a una de sus hijas

ferencia sobre los siete que se ha llevado Bilbao.

Desde la temporada 54-55 a la siguiente el número de equipos subió de 96 a 117 y el de licencias de jugadores, de 1.247 a 1.523. Hay actualmente 28 equipos de primera categoría y 34 de segunda, 22 campos y 11 pistas, y pasan del centenar y medio los árbitros. Las cifras cantan por sí solas y demuestran cómo la afición ha ido creciendo poco a poco, y la semilla pequeña de aquellos catalanes que fundaron el primer Club en 1907 ha fructificado plenamente en nuestro suelo.

LAS MUJERES TAMBIEN JUEGAN

Un caso singularísimo de atención es el de doña Matilde de León, mujer del señor Serrano de Pablo, coronel de Aviación. Doña Matilde ha ganado 11 veces el Campeonato nacional con el equipo de Castilla. El último año en que ganó jugaba en el mismo equipo que ella una de sus hijas.

Porque también entre las mujeres ha prendido la afición al hockey. Pese a ser un deporte duro y varonil, las competiciones femeninas tienen un encanto especial de ritmo y equilibrio ya que algunas reglas del juego se suavizan en los encuentros de esta clase. Ya no estamos en los tiempos aquellos de jóvenes damitas pálidas e impresionables que usaban vestidos hasta los pies y se cubrían con complicados sombreros y se ruborizaban hasta el blanco de los ojos de vez en cuando. El ritmo de vida actual ha impuesto un nuevo tipo de mujer que no se asusta ante nada. Tan femenina como la de antes, pero con un nuevo sigilo en esa feminidad. Una mujer que ha puesto el pie en muchas de las actividades que de siempre se había reservado el hombre por aquello de ser el «sexo fuerte».

Hay en España tres Clubs femeninos de hierba y cuatro de la modalidad de sala habiendo jugado España diez encuentros internacionales, de los que ha ganado solamente tres, siendo el estado actual de goles a favor y en contra de 12 y 23, respectivamente.

No es quizá muy brillante la hoja de servicios del hockey femenino español. La mujer no se ha lanzado del todo a este deporte. Sigue prefiriendo otros en los cuales sus especiales condiciones físicas hallen mejor medio de expresión. Tal pasa, por ejemplo, con el baloncesto, deporte al que la mujer española se ha dedicado con mucha más intensidad.

HOCKEY EN SALA

Es el hockey uno de los deportes que cuenta con más variedades y que se presta a las más diversas especialidades. En primer lugar, tenemos el hockey sobre hierba, que podemos considerar como la modalidad madre de todas las restantes.

Otras veces, el hockey se combina con la práctica de un nuevo deporte, el patinaje, confiriendo a aquél dificultades dignas de presentarse. En unos casos, los pati-

nes son de cuchilla y sobre la pista helada se juega con un tejo de cuero endurecido en lugar de con una pelota. En otros la pista es de madera o cemento y los patines son corrientes de ruedas. Tanto una modalidad como otra estaban regidas por la Federación Nacional de Hockey. Pero al ganarse en julio de 1934 el Campeonato mundial sobre patines, distintos directivos vieron la conveniencia de crear una nueva Federación, que se constituyó en Barcelona, como ya dijimos antes.

Modalidad que combina la falta de patines con la pista de madera o cemento, es una reciente que se ha creado en Alemania y que ha tenido una gran aceptación en todo el mundo: hockey en sala.

En vista de que por las bajas temperaturas exteriores era imposible practicar sobre hierba y en campo abierto, los aficionados alemanes decidieron adaptar el hockey a una sala cubierta. Las medidas se reducen y el campo pasa a tener casi la tercera parte que el de hierba. Del 90 por 50 aproximadamente de éste al 36 por 18 de aquél. Lógicamente, también se reducen las porterías; pasan a tener tres metros por dos, en lugar de los 3,66 de ancho por 2,14 de alto de la modalidad normal de hierba.

Y los jugadores también son menos: seis en vez de once. Todo ello hace que el juego tenga más agilidad, más ritmo y movimiento, lo cual explica la gran aceptación que ha tenido en el mundo entero.

Es quizá a los árbitros a los que menos les agrada la invención del hockey en sala. Su trabajo es mayor ya que sólo actúa uno en vez de los dos que hay en hierba, uno en cada mitad del campo. Aunque para ser árbitro de hockey en cualquier especialidad hay que tener buen ojo y buenas piernas para seguir las jugadas, mucho más pasa así en sala. Menos mal—no todo iban a ser desventajas para el árbitro— que en sala la duración del encuentro es menor, aunque siguen siendo iguales los pesos y tamaños de la pelota y los «stiks».

BODAS DE ORO

Como hemos podido observar, esto del hockey es cosa seria. Poco a poco ha ido avanzando en España. Gracias a la afición y al ímpetu de aquellos barceloneses que fundaron nuestro primer Club en 1907, hoy vamos a celebrar unas bodas de oro.

Y si la fundación de aquel Club tuvo lugar en Barcelona, en esta misma ciudad tendrán lugar los actos del cincuentenario. Habrá un torneo internacional de interclubs, otro de selecciones nacionales, una reunión de la Federación Internacional, una Asamblea de Federaciones, un Campeonato juvenil, un encuentro entre una selección española y otra catalana, y otro entre una selección femenina española y otra femenina de Lyon. Y, como es lógico, banquetes, excursiones a Montserrat, etcétera. Ya se han comprometido a asistir Alemania, Africa del Sur, Australia, Francia y otros países.

Los encuentros se celebrarán el 30 de abril y del 1 al 5 de mayo próximo en una nueva pista que

se está construyendo en las instalaciones deportivas de Montjuich. El Ayuntamiento barcelonés acordó hace unos meses ceder allí los terrenos precisos y aprobó una elevada subvención para que el campo fuera construido a sus expensas. Es como un regalo que hace al deporte español con motivo de estas fechas de las bodas de oro del hockey patrio.

Sin embargo, el primer acto del cincuentenario ha tenido ya lugar con la entrega a S. E. el Jefe del Estado del título de presidente de honor de la Federación. Para tal acto fué a visitarlo al palacio de El Pardo una Comisión presidida por el señor Elola, delegado nacional de Educación Física y Deportes.

Según nos informa el señor Saiz de los Terreros, presidente efectivo de la Federación, el Caudillo conversó con los miembros de la Comisión, demostrando estar al corriente de nuestro hockey y saber las necesidades que tiene planteadas.

—El Generalísimo nos preguntó la cabida que tendría el nuevo campo de Montjuich—nos dice el señor Saiz de los Terreros—. Cuando le dijimos que cabrían en él unos quince mil espectadores, nos contestó que estaba muy bien para hockey. Con ello se ve que está enterado de la afición española a este deporte, que si bien reacia y cumplidora, como pocas, no desborda los graderíos como pasa con el fútbol. El Jefe del Estado nos dijo también que deseaba que en todo el país se practicara deporte, que hubiera mucha gente, no sólo aficionada a verlo, sino a hacerlo, que es lo más importante para el buen desarrollo físico del país.

Aparte de este especial nombramiento para la presidencia de honor del hockey hispano, la Federación creó hace varios años unas medallas para distinguir a los mejores.

Se han concedido hasta la fecha 23 de oro, 59 de plata y 31 de bronce a las más distintas personalidades. Desde el filatélico barcelonés Juan Antonio Samaran, presidente actual de la Federación de Patinaje, a quien se le dió la segunda medalla de oro—la primera fué para el presidente de la Regional catalana—, hasta el jugador internacional Ricardo Cabot, al que se concedió la última medalla de bronce que se entregó en el pasado año 1956.

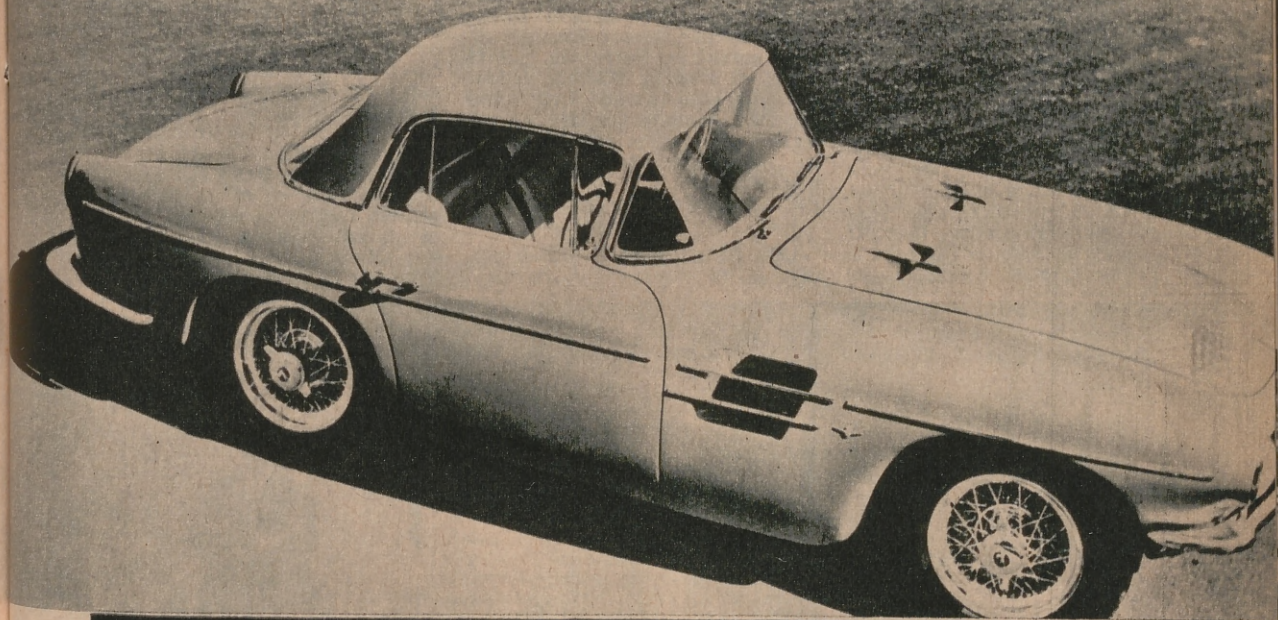
Constituye todo ello una forma galante de premiar la afición hacia un deporte que tiene ya una limpia ejecutoria española como demuestra la historia que hemos venido señalando a breves rasgos. Mejor que nosotros los saben esos antiguos aficionados que ya estuvieron presentes en el nacimiento de nuestro hockey, en su edad de hierro allá en 1907. Investidos de la autoridad que la veteranía concede, muchos de ellos asistirán a los próximos actos del cincuentenario. Otros, los que se fueron ya para siempre, serán recordados por los compañeros que aún siguen en la lucha.

Antonio GOMEZ ALFARO

WIFREDO P. RICART, UN ESPAÑOL EN LA PRESIDENCIA DE LA F. I. S. I. T. A.

EL CREADOR DE UNOS COCHES
CONOCIDOS EN TODO EL MUNDO

"LO QUE MAS MOLESTA ES
EL RUIDO Y LA FALTA DE
OBJETIVIDAD EN LAS OPINIONES"



La técnica y la ciencia de Wifredo Ricart concibieron el «pequeño» «Pegaso». El modelo «Z-103» tipo «Berlina», equipado con un motor de 3,9 Hs. obtuvo un éxito resonante en el Salón del Automóvil de París

USTED pronuncia una palabra:

—«Pegaso».

Y los ojos de su interlocutor se encienden. «Pegaso» es velocidad, «huele» a velocidad; es elegancia, es fama de España al otro lado de las fronteras. En la mente de su amigo y en la de usted mismo «Pegaso» está corriendo a más de 200 kilómetros por hora. Usted se lo imagina rojo o negro o blanco, quizá gris acero, lanzado por la pista, como un galgo de metal que ladra gasolina.

Y ya no piensa en más. Ahí está el coche triunfando una y

otra vez en París, ganando premios para España en los Salones del Automóvil. Usted lo ve en un escaparate y siente orgullo y curiosidad. Lo mira, lo vuelve a mirar, desea tener uno, y por fin sigue andando porque la cita con Rodríguez es a las siete y ya falta poco. «Pegaso» ha pasado al rincón del olvido en su memoria.

A veces usamos un refrán: «Los árboles no dejan ver el bosque.» Ahora encaja perfectamente. Donde dice «árboles» ponga «Pegaso», camiones o coches dice «bosque» ponga «Ricart». Y ya lo tiene: usted ve el coche, no a

quien lo ha proyectado, porque la fama del vehículo ha ocultado el nombre de su creador. Un hombre quizá más conocido fuera de España que en nuestro propio país, excepto en ciertas esferas de carácter más o menos oficial o industrial. Pero para la gran mayoría el excelentísimo señor don Wifredo P. Ricart ha sido eclipsado por la fama de su «hijo».

Pero los que manejan un automóvil, muchos de los que alguna vez han pilotado aviones, se han dedicado al estudio o la investigación, conocen bien este nom.

bre. Muchas industrias de muchos países lo cuentan entre sus amigos, y el espaldarazo definitivo lo ha recibido Wifredo Ricart no hace aún muchos días, al ser elegido por unanimidad presidente de la F. I. S. I. T. A., es decir, Federation Internationale des Sociétés de l'Automobile, entidad que tiene su sede en París, y que cuenta con un presidente español a raíz de la última reunión plenaria celebrada en Ginebra.

Haga usted, por encima nada más, un cálculo de lo que representa en el mundo la industria del automóvil y todo lo relacionado con ello y tendrá una ligera idea de lo que el nombramiento significa.

DE LAS CLASES DE EINSTEIN Y TERRADAS AL BANCO DE PRUEBAS Y LA PISTA

El día 15 de mayo de 1897 nació en Barcelona un niño, hijo de don José Ricart Giralt, director de la Escuela de Náutica, publicista naval y académico de la Real Academia de Ciencias, y de doña Ramona Medina. El niño llegó al mundo de los vivos haciendo ruido: lloraba. En la pila bautismal le pusieron el nombre de Wifredo. Diecinueve años más tarde seguía haciendo ruido: vendía motores marinos comprados en los Estados Unidos. Era el año de 1916 y la guerra aplastaba desde hacía veinticuatro meses los caminos de Europa.

Eso, diecinueve años forman y modelan el carácter y las aficiones de Wifredo Ricart. La primera enseñanza y el bachillerato, estudiados en los HH. de la Doctrina Cristiana y en los PP. Jesuitas de Barcelona, abren camino a su espíritu, que crece en un hogar en el que el estudio y la ciencia son familiares. Durante el verano la familia marcha a los Pirineos, y el comienzo del

nuevo curso marca el regreso de Wifredo a las aulas.

Puede decirse que nace al mismo tiempo que el motor en España, y desde entonces sus vidas han marchado paralelamente. En 1909 construye su primer modelo volante. Termina el bachillerato e ingresa en la Escuela Especial de Ingenieros Industriales de Barcelona.

En el mes de enero de 1918, cuando aún no ha cumplido los veintidós años, ingresa como ingeniero director en la Sociedad Vallet-Fiol, y ahí comienza la fabricación de motores agrícolas y marinos. Los motores «Rex» son el fruto de estos dos años (1918 al 1920) de trabajos, época en la que funda una Sociedad Anónima de motores: «Ricart y Pérez».

Hay algo más, sin embargo, que le atrae: Ricart no es un empírico. Concibe una idea, la estudia, calibra sus ventajas y desventajas y solo cuando está seguro de lo que ha creado sobre el papel busca su realización práctica y técnica. Y aquí entra la atracción que antes indicaba: su afición científica, quizá heredada de su padre y fomentada por él. Don José Ricart Giralt fue famoso por sus escritos sobre Marina, Geografía y Astronomía. Wifredo sigue el camino del padre. No es un ingeniero «mecánico» ni un ingeniero de salón de estudios. Compagina perfectamente la práctica con la teoría, y cuando el profesor Einstein da unos cursos en Barcelona, y más tarde en Madrid, Wifredo Ricart asiste a ellos porque quiere saber más. Alumno también de Terradas, se dedica al estudio de las modernas disciplinas físicas matemáticas.

HOMBRE DE CIENCIA Y DEPORTISTA

1924. Ricart gana el primer premio en la carrera automovilista

de la Rabassada. Se clasifica el primero de los españoles, sobre un coche enteramente proyectado y construido por él en la Sociedad Ricart y Pérez.

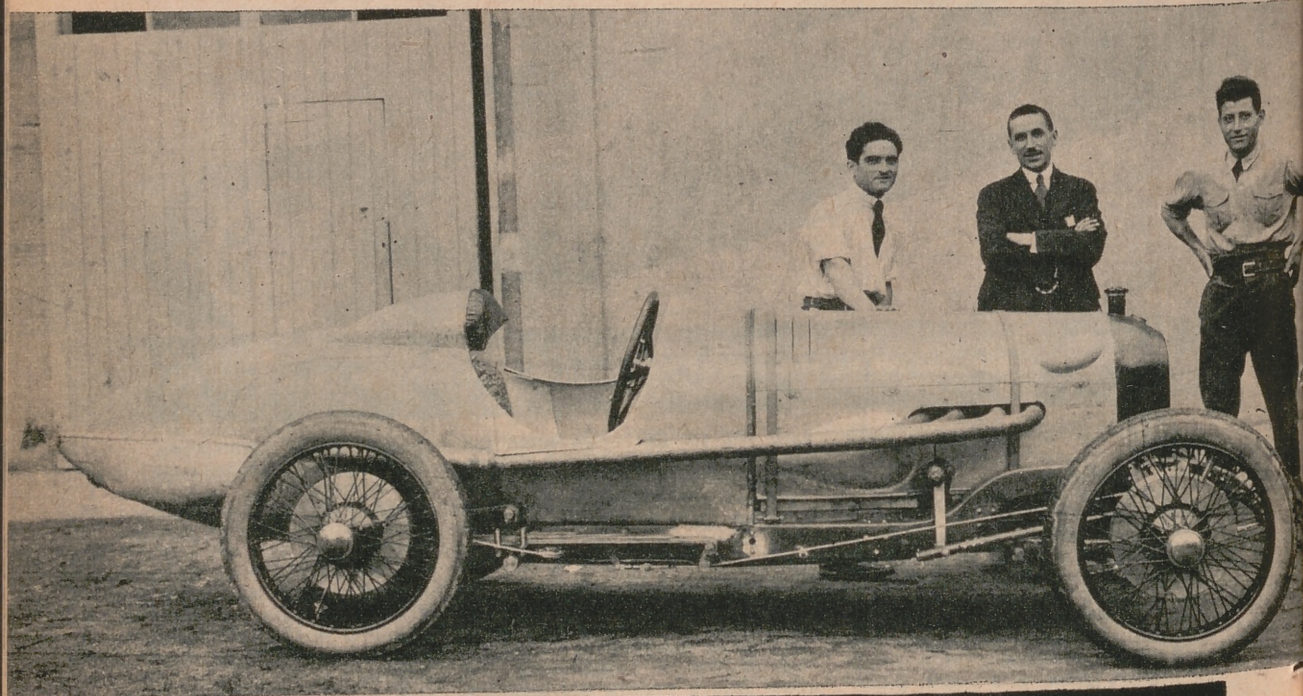
Dos años antes había proyectado su primer motor rápido, con culata esférica y dos ejes de levas superiores, accionando cuatro válvulas por cilindro. Dicho motor constaba de cuadro cilíndrico de 75 por 84, con una cilindrada de uno y medio litros, y giraba ya a más de 5.000 revoluciones por minuto. Se montó sobre un coche proyectado también por Ricart, el mismo con el que consigue el premio.

Naturalmente, Ricart no limita su campo de actividad a los motores para coches. Proyecta y construye motores marinos y agrícolas, y en el mismo año de 1924 consigue la Copa de la Regularidad en los dos días de regatas para el campeonato de canoas automóviles que se celebra por esas fechas en Barcelona.

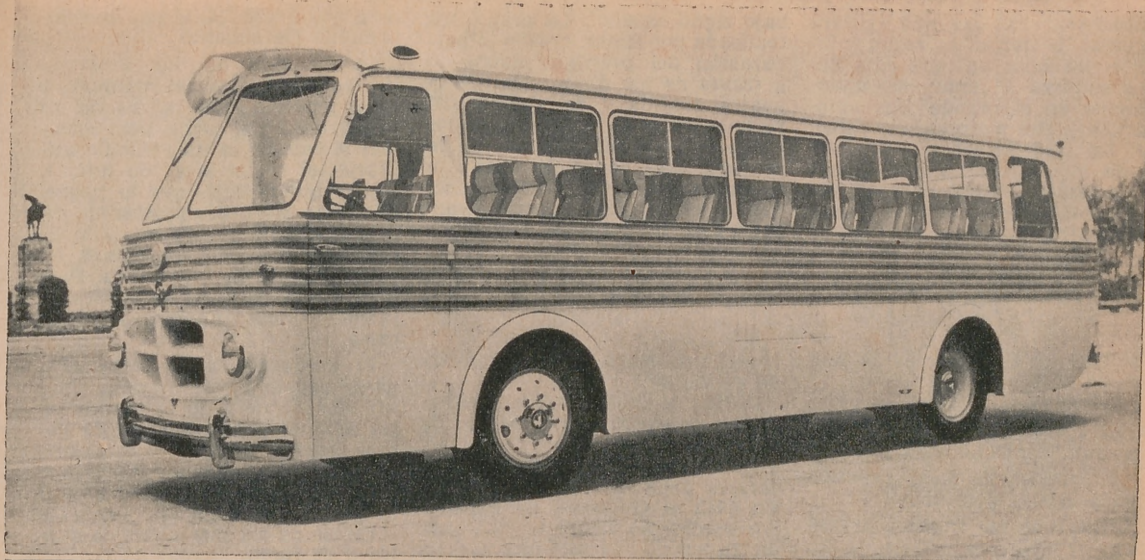
En alguna parte alguna vez leí que el deporte y el estudio son incompatibles si se practican ambos intensamente. Nunca he estado de acuerdo con esta afirmación, y ahora más que nunca. Mi razón se llama Ricart y es tan buena como la mejor. Cuando en 1916 se ganaba la vida vendiendo motores, con los beneficios que la venta le reportaba se compró un automóvil marca «Stutz», considerado entonces en los Estados Unidos como el más rápido. Su compra es como un indicio de lo que habría de ser su vida: un continuo buscar persiguiendo lo mejor.

Y en 1926 da su primer paso en ese sentido.

Se celebra en París el Salón del Automóvil, y en él un joven ingeniero industrial español presenta un automóvil sensacional: un seis cilindros, semejante al anterior, que despierta el interés y la



Primer coche construido por Ricart a los veinticinco años, con el cual alcanzó un primer premio en la Rabassada



Armonía, belleza y potencia se aúnan en este autocar con carrocería interurbana y 34 plazas de capacidad



La palabra «utilitario» tiene exacto significado en la versión urbana e industrial



Camión articulado «Pegaso - Diesel», de 110 CV. para diez toneladas de carga útil

admiración de los visitantes. El éxito llega a España, y meses después vuelve a ganar de nuevo en la Rabassada. Es entonces cuando, animado por las más altas jerarquías y personalidades, funda la Sociedad Anónima de Automóviles Ricart, que luego fué conocida por Ricart España. Un binomio que ha de seguir durante toda la vida, aunque la Sociedad desapareciese poco después, y que constituye la etapa más sobresaliente del automovilismo español.

Su visión, su inteligencia le hacen prever la decadencia industrial que ya empieza a sentirse, y en 1931 disuelve la Sociedad, conservando únicamente las Secciones de Estudio y Proyecto, que trabajaron como oficina técnica y de consulta.

Y su nombre empieza a sonar en el extranjero.

LA GUERRA EN EL FRENTE DE UNA FABRICA

Ya le conocían fuera de España. Desde 1920 comienza a recorrer el mundo, viajando continuamente, conociendo la mayoría de las industrias extranjeras. Esos

ocho años (1922 a 1930) dedicados a actividades automovilistas le han dado un nombre. En los cinco años siguientes se dedica a crear motores de diversos tipos para varias Sociedades industriales. Uno de estos motores es un aldabonazo en las puertas de la rama; es un modelo Diesel, a dos tiempos, con pistones opuestos y sobrealimentado, del que se construyen varias unidades para una Sociedad llamada Nacional Super-Diesel. En su gabinete estudia y crea servicios de transportes públicos; es consejero delegado de la S. O. G. E. A. en Valencia y tiene que viajar fuera de España cada vez más continuamente y por mayor espacio de tiempo. A principios de 1936 vivía ya fuera de España la mayor parte del tiempo.

El día 18 de julio de 1936 España se enciende en guerra. Ricart es, ante todo, español. Deja su puesto en Venecia, y dos días más tarde se pone a disposición de nuestra Embajada en Roma, cuando era agregado naval el almirante Estrada. Ricart, que en 1925 consigue el título superior español número 18 de piloto civil, se incorpora a la guerra con

el grado de capitán honorario. Pero a España se la puede servir en muchos frentes, y el general Kindelán le encomienda trabajos e información técnica en el extranjero. Las órdenes que recibe le obligan a simultanear el servicio con la aportación de sus conocimientos a fábricas italianas de material de automoción. Ya cuando se incorpora al Ejército español es responsable del proyecto de motores Diesel modernos para la Sociedad Anónima Alfa-Romeo. Vuelve a ella y combate a su manera y con los medios a su alcance. Su arma no es el fusil o el avión: es su conocimiento, su voluntad y su inteligencia. En 1937 Alfa-Romeo solicita del Gobierno italiano permiso para construir motores de aviación. El Alto Estado Mayor entiende que la experiencia va a ser ruinoso para la Sociedad y estima que los motores, muy potentes en aviación son poco rentables y de escaso rendimiento. Al mismo tiempo indica que su uso nunca tendrá aplicación práctica. A pesar de todo la Alfa se lanza a la aventura y Ricart crea un motor de 3.000 caballos de fuerza. Los acontecimientos

posteriores, la segunda guerra mundial, le darían la razón.

Son los años en que Alfa Romeo empieza a sonar escandalosamente en el mundo. Sus automóviles y sus motores son famosos. En 1938 Ricart se hace cargo de la construcción de coches de carreras y es entonces cuando la famosa marca italiana figura en primera línea.

RICART-ALFA ROMEO, DIEZ AÑOS DE INDUSTRIA ITALIANA

—¿Qué es lo que más le molesta?

Don Wifredo Ricart, ya cerca de los sesenta, ojos grises y sonrisa fina, contesta rápido:

—El ruido y la falta de objetividad en las opiniones.

No deja de ser irónico. El ruido es lo que más molesta a un hombre que ha pasado su vida entre motores. Quizá por eso. Cuando llega, terminada la tarea diaria, a su casa de El Plantío, cerca de Madrid, los aparatos de radio enmudecen y el silencio se posa en la finca alejada de la carretera. Hay una notable diferencia entre su vida de ahora y la de aquellos años siguientes al 1939, cuando Italia estaba empeñada en la Gran Partida y Ricart recibió de la Alfa-Romeo la prueba de confianza más grande que una nación puede dar a un extranjero en tiempo de guerra: la responsabilidad técnica de todas las actividades de aquel gran complejo industrial, que llegó a emplear a más de 16.000 obreros. Entonces Ricart organizó la Dirección de Proyectos y Experiencias, un conjunto excepcional de más de 700 especialistas, ingenieros y doctores en ciencias, que, bajo la dirección superior de nuestro compatriota, crearon la más compleja y extraordinaria variedad de productos industriales en el campo de la automoción.

Durante casi diez años los productos de la Alfa-Romeo al salir de las fábricas llevaban un sello netamente español, catalán para más señas: Ricart. Desde camiones hasta motores de aviación potentísimos, hélices de paso variable, motores marinos y para autovías, trolebuses, coches de gran lujo... Una nueva fábrica modelo, levantada en el fin de Italia, fué destruida por la guerra cuando iba a comenzar la construcción de un aparato de caza totalmente nuevo, creación de Ricart, en el que se utilizaba su último motor, de 28 cilindros y 3.000 caballos y un nuevo sistema de transmisión a dos hélices contrarrotantes, provisto de un original filtro dinámico de resonancias elásticas. Los coches de carreras que tan sólo unos meses antes del principio de la guerra conquistaban los grandes premios eran sólo hermanos mayores de aquel modelo presentado en 1926 en el Salón de París.

Diez años de industria italiana

bajo signo español. La gran obra realizada por Ricart creaba la perduración del prestigio alcanzado a través de los duros años de la guerra perdida y del cambio del régimen italiano. Hoy en días los «Alfa-Romeo» son «gente» en la primera línea de automóviles y la industria del motor italiano se codea, y en muchos aspectos aventaja, a la del resto del mundo.

UN «PEQUEÑO» GRAN COCHE ESPAÑOL POR EL MUNDO

—¿Cómo empieza cualquier día de su vida?

—Pido a Dios que me ilumine para no desperdiciar el tiempo de que dispongo.

Los últimos años han sido una carrera de Ricart contra el reloj. En 1945 el Gobierno de España, por medio del Instituto Nacional de Industria, decidió utilizar su experiencia para desarrollar la industria española de automoción. El español que hay en Ricart respondió a la llamada de España y desde la Dirección General del Centro de Estudios Técnicos de Automoción y como consejero-delegado de la E. N. A. S. A. ha demostrado en los pocos años transcurridos que la fabricación en España de medios de transporte por carretera, camiones o autocares de la máxima calidad, era perfectamente realizable. No era una tarea fácil, teniendo que partir de cero; pero el éxito de los «Pegasos», llenando por millares los caminos de España, es una demostración diaria que no admite discusión. Cuando estos vehículos han salido al extranjero, a su vuelta han traído copas y medallas, logradas en competencia con otros que llevan tras de sí años de ventaja en sus respectivos países.

El «pequeño» coche rápido «Pegaso» es punto y aparte. La E. N. A. S. A. se dedica sólo a la fabricación de autocamiones. Los coches son, como si dijéramos, un subproducto, no por su calidad, sino porque no responden exactamente a los fines de la Empresa. Esto se entenderá más fácilmente si se explica que dentro de la E. N. A. S. A. funciona una escuela de técnicos finos, en la que cada operación se ajusta a lo proyectado con fidelidad microscópica. Un laboratorio en el que cada pieza es calibrada, milimetrada, desmenuzada y vuelta a montar después de cientos de operaciones, que no tienen más finalidad que la de preparar a 200 hombres para que puedan servir mejor a España. El coche «Pegaso» es el resultado de sus prácticas. Se construyen pocos, porque cada vehículo es una pieza de estudio, porque en cada uno de ellos unos cuantos hombres estudian y se afanan por aprender. Cuando el coche está terminado se pone a la venta, porque la escuela cuesta dinero y lo que alguien pague por él supone un ingreso, mínimo, pero ingreso al fin, en las cajas de esa escuela montada para España.

Supongamos que un camión «Pegaso» se vende a 85 ó 90 pesetas por kilo. En esta proporción, el kilo de coche «Pegaso» se ven-

de a 350 ó 400. ¿Que hay desproporción? De acuerdo.

La calidad de los materiales empleados en el camión o en el autobús es la misma de los empleados en el coche, pero mientras el camión es un vehículo utilitario, el coche lo es de lujo. Y el que quiera lujo, que lo pague. Con esas 260 ó 310 pesetas de diferencia entre precio por kilo de camión y de coche se enjuga un poco el gasto de la escuela. Pero muy poco, porque los «Pegasos» salen en escaso número de la fábrica.

El «pequeño» gran coche «Pegaso» rápido ha asombrado a los aficionados de todo el mundo en los Salones del Automóvil de París, Ginebra y otros, han batido records y han llevado al primer puesto internacional el nombre y el prestigio de España, ante la sorpresa de los incrédulos de dentro y de fuera.

COLECCIONISTA DE FOTOS

Wifredo Ricart se casó en 1923. Murió su esposa y contrajo nuevas nupcias con doña María Antonia Vila-Servat. Tiene tres hijos: Wifredo, José Ramón y Jorge.

—¡Y por ahora diez nietos! —añade.

Sus dos primeros hijos se dedican a la ingeniería y el tercero a la agricultura. Los tres están casados.

Cuando Mora empezó a dar vueltas a su alrededor con la máquina en la mano, Ricart le envió una sonrisa cálida y ancha.

—Somos compañeros—dijo.

Resulta que la fotografía, junto con la música y el canto, es su distracción favorita, su pasión más bien, y los dos emprendieron una conversación llena de distancias focales, velocidades, objetivos, granos y marcas. Ricart tiene más de tres mil fotografías en color, empezadas a coleccionar en 1936, y sus últimas «obras» han sido las fotos de los nietos. Su voz parece nueva cuando habla de ellos y uno se siente contento sin saber por qué y escucha y calla. Y sin querer piensa en la gran diferencia que debe haber entre el abuelo y el ingeniero, creador de motores, parte viva de la historia automovilista de España, probador de aparatos de aviación, nadador y piloto de coches de carreras.

Un hombre para el que todo es bueno, para el que todo merece la pena, que ha dedicado su vida a la ingeniería y todo lo que con ella se relaciona. Dentro de poco podremos ver cristalizados todos sus proyectos referentes a los problemas de Racionalización y Normalización del Trabajo. Un español como hay pocos, un hombre que siempre va a más.

—¿Cómo terminará hoy su trabajo?

Sonríe otra vez con sus ojos grises:

—Haciendo examen de mis actos. ¡Pocas veces estoy plenamente satisfecho!

Gonzalo CRESPI



Este garaje de aluminio, levantado en Houston (Tejas) ha costado 3.000.000 de dólares y en su terraza pueden aterrizar helicópteros

EL ALUMINIO, LA PIEDRA DEL FUTURO

CONSTRUCCIONES MAS LIGERAS, MAS RESISTENTES Y MAS DURADERAS

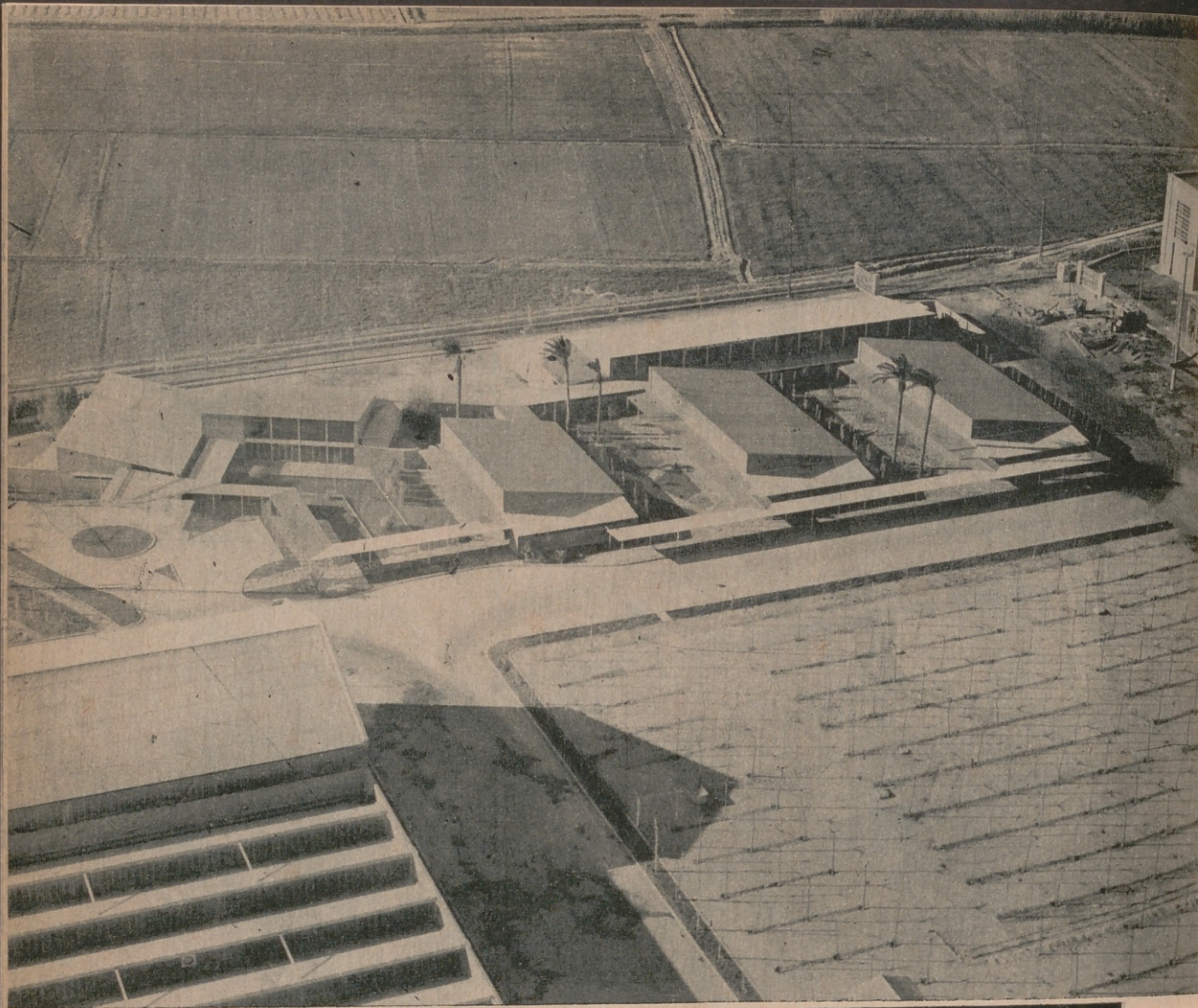
TRES ARQUITECTOS ESPAÑOLES EN VANGUARDIA DE LA TECNICA

[A noticia de la concesión del premio de la Reynolds Metals Corporation ha sorprendido a sus agraciados trabajando, y trabajando siguen los tres jóvenes arquitectos españoles Rafael de la Joya, Manuel Barbero Rebolledo y César Ortiz Echagüe en su estudio de la calle Máiquez, 26. No es tan natural ni corriente el que llegue, sin perturbar el orden día, un laudo internacional en virtud de concurso sin fronteras en el país puntero en las audacias arquitectónicas. Un laudo, no sólo verbal, sino también sazonado con 25.000 dólares. Comenzó la cosa porque llamé en una puerta y me abrieron otra, casi a mis espaldas y a no poca distancia, tan inesperada la respuesta que no me creía aludido. Es que debe de haber tres en uno, es decir, tres pisos, modernos, conv

rtidos e este grandioso estudio. Luego, me hacen pasar a una salita, a la derecha, que al pronto consideré un museo de paraguas abiertos y vistos por su parte cóncava. Y, no. No era esto, sino una serie de sillones-hamacas, de distintos colores, si mal no recuerdo, pero colores oscuros y discretos, situados a lo largo del muro, pero con esa flaccidez y ahuecamiento que da el uso. Apenas sentado junto a una mesa larga, bastante larga pero baja, muy baja, apareció el mayor en edad de los tres, el señor Joya. Alto, fuerte, de buena complexión, moreno, serioso y con apariencia de tímido. Habla como queriendo retener las palabras, mientras mira fijo, igual que un desconfiado. Pero todo esto es apariencia, el «flahs» de su persona. Más adelante, a medida que con el tiempo ahonda la con-

versación, resulta discreto, muy discreto, eso sí, pero sincero, de juicio ponderado e influido por la precisión profesional.

Pasamos a otro salón, a cuyo fondo se ven al trasluz, proyectadas sobre el claro hueco de la ventana que deja ver las plantas del patio, mesas y útiles de trabajo que con sus piezas largas asemejan esas esculturas abstractas de hoy. La mesita ahora intermediaria es tan baja, que no gana en altura a nuestras dobladas rodillas. Su aparente vacío parece dar más humanidad al diálogo. Aparece de pronto por una puerta el segundo en edad, señor Barbero Rebolledo. Su aspecto rebaja los treinta y dos años reales que tiene auestas. Locuaz, inquieto, vivaracho... El tercero, Ortiz Echagüe, se encuentra en Barcelona. Ninguno



Conjunto de construcciones de aluminio de la S. E. A. T., en Barcelona, resuelto felizmente gracias a las especiales características del aluminio

de los dos quiere hablar de sí mismo. Los tiene en vuelo sus propios proyectos.

—De sus edades profesionales sí podré hablar. ¿De la misma promoción?

—De la misma, que es la 100. Ortiz Echagüe, no; de la 102.

—¿Año a que corresponden?

—Año 1950 nosotros dos, y 1952. Ortiz Echagüe.

—Siete años incompletos es la vida profesional de los dos primeros. Y la vida biológica tiene la siguiente numeración: treinta y cinco años el señor Joya; treinta y dos, el señor Barbero, y treinta y uno, el señor Ortiz Echagüe. Es decir, más vida por delante, a la vista— si Dios no dispone otra cosa— que a las espaldas, que en el reloj histórico del registro civil. Los tres estudiaron en Madrid. Y de Madrid son el segundo y el tercero, mientras el restante conoció la cuna en Noja (Santander).

—Ya se sabe que la concepción del proyecto nada tiene que ver con la convocatoria del premio adjudicado...

—Es más, ni siquiera se había convocado.

—Bien. En ese caso, ¿qué razón les movió a ello?

Los dos se miran como pidiéndose la palabra. Al fin, hay uno que puede contener menos la contestación, y habla. Cualquiera que hable en el curso de este coloquio, no citaré por su nombre

a ser posible, ya que la idea, común a los dos, es la que ha de dominar e imponerse por medio de estos dos portavoces. De estar el tercero, sucedería lo mismo.

—La razón es—dice fortaleciendo las palabras abriendo y cerrando la mano—que la creíamos única solución al problema.

El problema, como consta en la Memoria que tengo en la mano, era la siguiente: con arreglo a la legislación social vigente ahora en España, la Sociedad Española de Automóviles de Turismo, S. A. (S. E. A. T.), tenía que construir unos comedores para su personal en la factoría de Barcelona, y eligió como emplazamiento una zona de terreno en el extremo sudoeste de la factoría, la única no afectada por el plan de futuras ampliaciones que la rodearan en un plazo próximo. El terreno es absolutamente horizontal, formado por tierras de erandizo, acumuladas con objeto de elevar el nivel del suelo que en esta zona de Barcelona está afectado a veces por inundaciones. Y un clima típicamente mediterráneo. En fin, un terreno movedizo.

—El problema—aclara uno—estaba en la cimentación, en el peso que habría de soportar esa cimentación.

—Que tal vez habría de hacerse con pilotes.

—Posiblemente—interviene el otro.

—Hacía falta, por tanto una

edificación ligera, de poco peso.

—¿Compensa?

—En caso de una edificación pesada, la mayor parte del coste se hubiera ido en el peso, en sostenerlo.

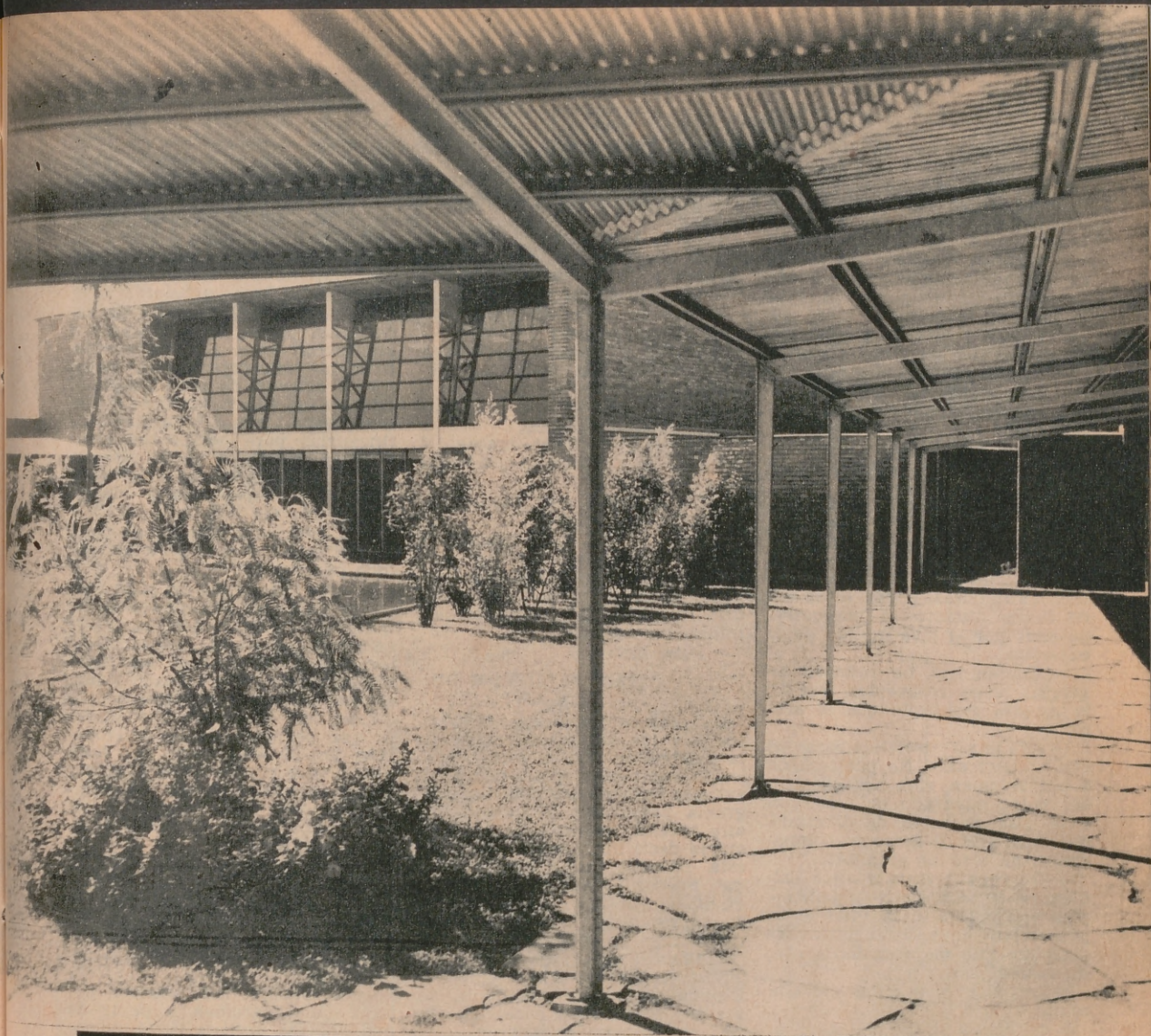
Por lo visto, se huía de las costosas cimentaciones que hubo que realizar en las restantes edificaciones de la factoría. Y, en este caso concreto, el problema era de envergadura. Los comedores habrían de tener capacidad para servir comidas a 1.600 obreros, 300 empleados y 100 técnicos. La distribución en dos turnos permitía a los constructores reducir la superficie de los comedores, pero no la de la cocina, cuya capacidad debería permitir la preparación de comidas calientes a todos los comensales.

—Y pensamos también en conseguir la máxima economía en los gastos de conservación del edificio e instalaciones.

Además, el tiempo empleado debería servir de sedante físico y espiritual para el personal que durante la jornada de trabajo está sometido a la agobiante y monótona tiranía de la fabricación en serie.

—¿Cómo han resuelto el primer problema, el de los comedores en cuanto a satisfacer la necesidad biológica?

—Por ser problema técnico con elementos también técnicos de espacio, distribución, maquinaria e instalaciones.



Hoy el paisaje queda incorporado al edificio. E l aluminio, ligero, resistente, es un nuevo elemento con el que ha de contar la arquitectura

—¿Y el segundo problema, el del ambiente agradable?

—Aprovechando la Naturaleza, la vegetación, el aire y el sol, pero de una manera íntima y personal.

—Es fundamental evitar la aglomeración masiva y anónima —dice el otro.

—Pero, ¿cuáles son las soluciones concretas?

—Se han creado jardines y pabellones independientes, aunque enlazados por porches que les dan unidad dentro de la variedad. En total, seis pabellones, enlazados y separados por cinco patios que crean unos espacios verdes íntimos y resguardados. Grandes ventanales dejan ver los jardines por un lado; por el opuesto, ventanales más pequeños cumplen una misión principalmente de ventilación.

—¿Cuánto tiempo emplearon en el proyecto?

—Un año.

—¿Y en la realización?

—Dos.

—No sé si será indiscreta la pregunta sobre el coste.

Se miran y se recogen en el asiento. Mientras aplasto el cigarrillo contra el cenicero, oigo que pronuncian, tímidamente la cantidad de doce millones de pesetas.



De la Joya, en el centro; Barbero, a la derecha, y Ortiz-Echagüe, los tres jóvenes arquitectos premiados en los Estados Unidos

MAS RESISTENTE POR KILO QUE EL ACERO

Las ventajas que efectos de cimentación ofrece el aluminio no hay por qué citarlas siquiera. A la vista, mejor dicho, al peso por vía de tacto, está. ¿Quién no ha tenido un objeto de aluminio en sus manos? Precisamente la característica principal de este metal radica en su ligero peso. Pesa la tercera parte que el acero, cobre o cinc, y la cuarta parte del plomo. Es blando y maleable, pero admite muchas aleaciones y entonces puede adquirir una dureza incluso superior a la del acero blando.

—Como arquitectos, ¿qué cualidades encontraron ustedes en el aluminio?

Habla uno, alternando sus miradas entre el otro y este servidor de mis lectores. El otro, algo replegado, da la impresión de control. Esta idea, trina en personas realizadoras, puede tener eco de matiz distinto en cualquiera de ellos por el leve motivo de la expresión.

—¿Cualidades? Lo primero, ligereza; luego, resistencia. Por kilo es más resistente que el acero.

—¡Fíjese bien!—aclara el otro—. ¡Por kilo! No por tamaño o por volumen, sino por kilo. Un decímetro cuadrado de acero resiste más que otro de aluminio. Pero ¿un kilo de acero en comparación de otro de aluminio...?

—Esto nos llevaría a otros problemas de espacio y magnitud, pero volvamos a los mismos. ¿Qué proporción de resistencia habrá entre un kilo de aluminio y otro de acero?

—Tres a uno, a favor del aluminio.

Y se miran.

—Bien, ¿qué otras cualidades?

—Conservación, aspecto estético

—Claro, la conservación es un factor cualitativo de mucha importancia.

—Bueno, bueno... —dice uno adelantándose—. Ocurre que las aleaciones más resistentes mecánicamente no lo son tanto a la corrosión. Aquí hemos buscado una que reúne las condiciones óptimas en ambos sentidos: el pantal.

—¿Qué es eso?

—Aluminio con silicio, magnesio y algunas otras cosas.

—Creo que no está de más ampliar algunos detalles—añade el otro—. Es el «UNE 38.534» de fabricación nacional. Y además de ser soldable, presenta estas características mecánicas: densidad, 2,7; resistencia a la tracción, 29 kgs./mm²; límite elástico, 2,9 kgs./mm²; alargamiento, 9 por 100.

—¿Y el calor? ¿Preserva de él?

—Le refleja. En el último verano han quedado perfectamente las condiciones de aislamiento térmico

—¿Y las deformaciones por cambio de temperatura, tan frecuentes en el clima español?

—Para evitarlo se han dispuesto los pórticos simplemente articulados.

—¿Y cómo se han contrarrestado los efectos de diferencia de temperatura entre el exterior, expuesto a los rayos del sol y el in-

terior con ambiente acondicionado?

—Se ha elegido un tipo de cubierta de perfil omega con altura suficiente.

—¿Y la dilatación? ¿No ha repercutido en la parte de fábrica?

—No.

—¿Y la humedad?

—El aluminio es perfectamente estanco a la humedad.

—¿Y el problema de los ruidos?

—Bajo la cubierta se ha colocado fieltro de lana de vidrio sobre placas perforadas de escayola, formando un cielo raso absorbente del sonido.

—Eso mismo—dice el otro—sirve de aislante térmico.

—El yeso español—insiste el primero—es fenomenal, y además muy barato.

—Me intrigan esas placas absorbentes de escayola.

—¡Ah! Tienen unos agujeros a escala determinada, con diámetros especiales, y después un aislamiento posterior de fibra de vidrio de grosor determinado. Eliminan los ruidos.

—¡Qué bien!

LOS PELIGROS DEL VIENTO

En postura semiárabe—tan bajas son las sillas—va rebotando la palabra de uno en otro en coloquio tan rápido, que a cualquier extraño hubiera parecido un programa preparado. Y siempre un aire juvenil, que en este caso no quiere decir inmadurez. Aquí todo está pensado, requetepensado, y ya se sabe lo que esto significa en una profesión que nada fia a la improvisación, ni a la inseguridad, ni a la imprecisión.

—Bueno—digo repartiéndole la mirada entre los dos—, aquí en España no había precedente de vuestro proyecto y obra, ¿dónde se han formado ustedes?

—La observación crítica de lo visto por Europa—responde riendo el señor Barbero desde su graciosa silla, color madera y forma de calzador pediculado.

—¿Y revistas?—insisto mirando interrogativamente.

—También—contesta el señor Joya como accediendo por no negar.

Hay en estas dos figuras de nuestra arquitectura un espíritu de viaje—el ausente está ahora en ello—como medio perfeccionador. Los perfila un aire desenvuelto, expeditivo, determinativo.

—Pensamos gastar gran parte del premio en viajar para enterarnos de lo que pasa por ahí.

Así que su programa es viajar y viajar para conocer y estar al tanto de lo que pasa, aunque sea en países ya vistos, porque, aparte de lo que se pierde tras el telón de acero, toda Europa ha sido visitada por ellos. Al señor Barbero le sorprendió en Egipto la guerra del Canal. Ya se sabe que el poder formativo que tiene el viaje. Como consecuencia tienen, no obstante su poca edad, unas líneas generales de futura acción o realización.

—En la costa mediterránea española—dice uno—pueden crearse maravillosos jardines y es fácil que la Naturaleza sea el personaje principal de la arquitectura, pudiendo reducirse la construcción a una mera protección para defenderse de unas inclemencias circunstanciales del clima.

—Nosotros—interfiere el otro—hemos procurado realizar un edificio con inhibición de los valores arquitectónicos. Que los obreros se liberen, que vean y sientan jardín a través de los ventanales.

—¿Tomaron algún dato de algún lugar europeo?

—Ninguno. Conocíamos revistas, pero no habíamos encontrado experiencia orientadora.

En vista de ello, a falta de experiencia previa, se la tomaron y plantearon ellos por su cuenta. Primero construyeron un pabellón a manera de pabellón-piloto durante un año y con él se pusieron y expusieron a todas las contingencias para comprobar viento. Con mucho cuidado estuvieron pendientes de los efectos de la lluvia, temperatura y viento. Sobre todo del viento.

—El problema no era el peso, sino el que el viento se lo llevase todo por delante.

Y el viento les dió un buen susto sin hacer acto de presencia siquiera. Aconteció que la Flota americana que anda por el Mediterráneo había emitido un parte meteorológico, mal captado y luego mal emitido por algún centro difusor de Barcelona. Lo cierto es que por mor de la equivocación los 20 kilómetros por hora anunciados por la Flota americana se convirtieron—sólo de palabra—en 200, nada menos, y así se lo comunicaron a nuestros jóvenes arquitectos.

—¡Fíjese!—dice uno todavía con restos de aquella preocupación—. La cubierta inclinada se hubiera convertido en ala de avión.

—Y ¡adiós!—insisto por ahondar.

—La solución fué amarrar, sujetar con maromas, a pesar de que era día festivo y no disponíamos de personal obrero.

Y se miran sus manos en gesto evocativo. Hubo que defender el pabellón-piloto, el de prueba.

—Así que han resuelto ustedes el edificio...

—Casi únicamente con estos tres elementos: aluminio, cristal y ladrillo.

—El aluminio y el cristal—añade el otro—para resolver de manera inmejorable el problema de la estanquidad; y el ladrillo para el de aislamiento.

—Los dos elementos principales, aluminio y ladrillo—insiste el primero han sido tratados con el máximo respeto, sin revestimientos que desvirtúen su valor estético. Y siempre independientes, sin mezclarse. El único enlace ha sido el cristal, que los une sin desvirtuarlos.

UN ERROR DE CINCO MILIMETROS HACE INSERVIBLES LAS PIEZAS

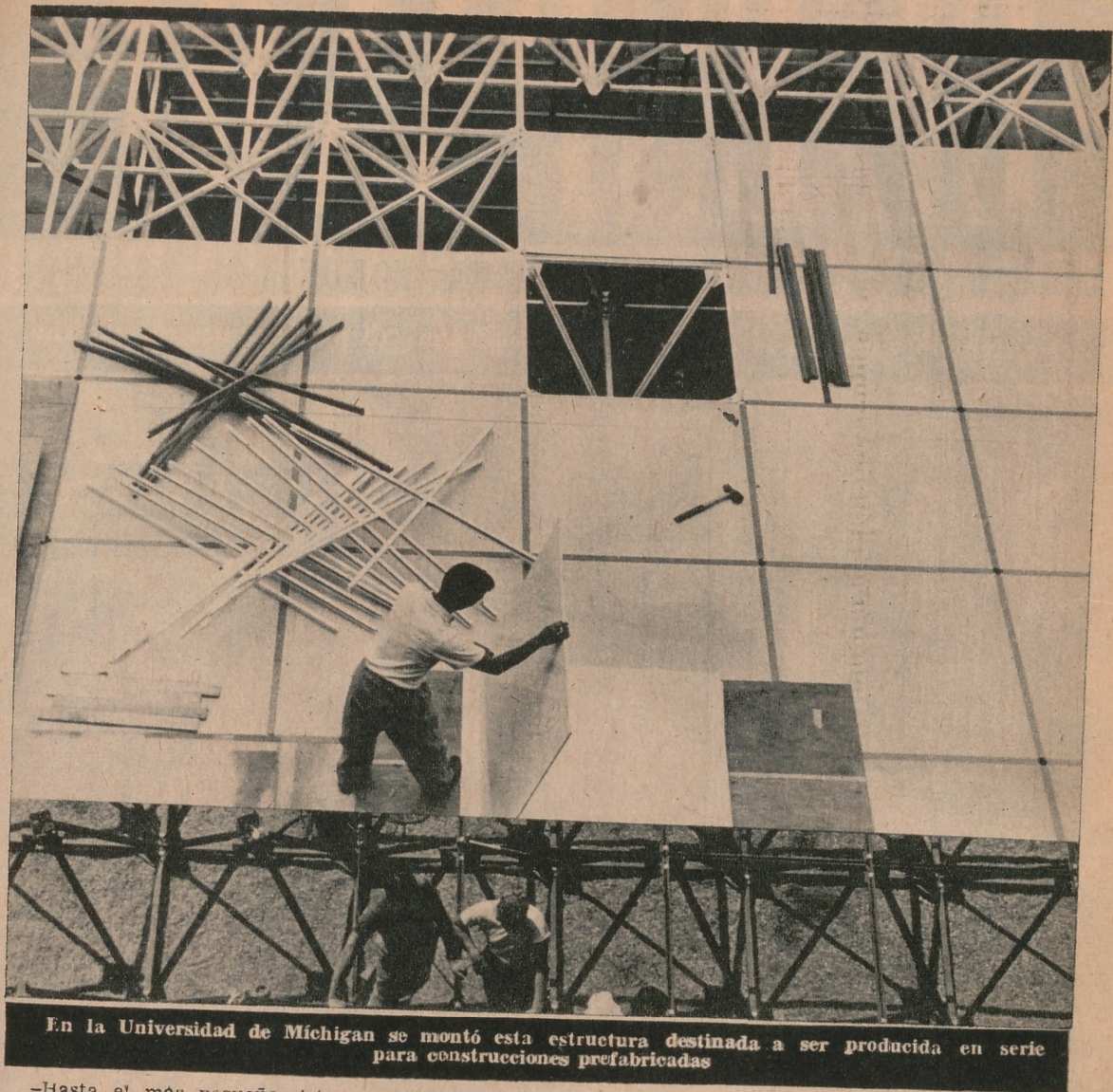
—Concretando, ¿qué papel dió al aluminio?

—La parte fundamental: estructural y cubrición de tejado.

—La parte estructural—dice el otro—cumple además una función estética, porque está a la vista.

—Por eso—agrega el primero—este tipo de construcción ofrece garantía de verdad y autenticidad. Está todo a la vista. El engaño no existe. No se pueden cubrir los defectos.

—Y a la recíproca, ustedes habrán de preverlo todo, ¿no?



En la Universidad de Michigan se montó esta estructura destinada a ser producida en serie para construcciones prefabricadas

—Hasta el más pequeño detalle. Si al principio no se preve un punto de luz, no puede sacarse después.

—El alumno—ahora habla el otro—es un metal apto para construcción tipo «Meccano». Se trabaja bien o no se trabaja. No caben chapucerías. Todo hay que saberlo con exactitud.

—Nosotros hemos usado—dice el compañero quitándole la palabra durante una inspiración larga y necesaria del que hablaba—, hemos usado como unidad de medida el milímetro. Lo corriente, como ya sabe, es el centímetro.

—Bueno, mis queridísimos amigos—la simpática amabilidad de los interlocutores permite el tratamiento—, estamos en el mismísimo borde de las construcciones prefabricadas.

—Bueno, en parte lo ha sido. Las chapas y piezas de aluminio se fabricaron en Construcciones Aeronáuticas de Getafe.

—Conste—dice el otro señalando con el dedo—la valiosísima cooperación del ingeniero señor Valle y su ayudante señor Herrero.

—Bien—contesto escribiendo

—Se fabricaron en Getafe

—continúa el que tenía la palabra—y se trasladaron en camiones a Barcelona. Las piezas largas se dividieron en cuatro partes.

—A tal extremo llega la decisiva importancia de la exactitud, que el error en cinco milímetros en alguna pieza, por ejemplo, las ventanas hizo que no nos valiesen.

—Esto nos lleva a otro terreno: al de capacitación y especialización del personal—les digo haciendo el cambio

—Exacto. ¿Y no es mejor para todos tanto en perfección de la obra como en remuneración económica del que trabaja?

41.200 KILOS DE ALUMINIO EN 4.000 METROS CUADRADOS DE SUPERFICIE

—¿Puede saberse en cuánto ha reducido la mano de obra?

—En una construcción de este tipo, los presupuestos pueden aquilatarse mucho, muchísimo. Hay menos imprevistos. La lluvia, por ejemplo, que provoca días de paro, resulta mucho menos nociva, puesto que las piezas del techo, por ejemplo, están prefabricadas.

—Pero ¿se reduce mucho el personal?

—Mucho. La mano de obra es pequeña y especializada, y, por tanto, mejor retribuida

—En fin, ¿cuántos kilos de aluminio se han empleado?

—Vamos a ver—dice uno consultando—, vamos a ver. El peso de la estructura completa—pórticos, estabilizadores y correas—es de 7 kilos por metro cuadrado; y el peso de la cubierta es de 3,3 kilos por metro cuadrado... Así que se ha obtenido un peso total de 10,3 kilos por metro cuadrado. Como la superficie total de la edificación es de 4.000 metros cuadrados, tenemos que se han empleado en la construcción 41.200 kilos.

—Salíó. Y ¿qué preocupaciones o cuidados han tenido ustedes?

—Que las funciones de resistencia, estética y funcionales, tengan unidad. Que una pieza, la cubierta, por ejemplo, cumpla su misión de arriostramiento de la estructura y sea bonita y resistente a la vez.

—Bien. Pues mi enhorabuena. ¿Qué conclusión han sacado de la adjudicación de este premio?


—Que lo que creíamos una excepción en España también ha debido ser algo especial en el mundo.

Ya se sabe: nuestros tres arquitectos han obtenido el máximo galardón en concurso en que han competido ochenta y seis proyectos del mundo entero.

EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar: 3,00 ptas. . Suscripciones: Trimestre, 38 ptas.; semestre, 75; año, 150



Los treinta pisos de este rascacielos de Pittsburgh fueron montados con piezas prefabricadas

EL ALUMINIO, LA PIEDRA DEL FUTURO

CONSTRUCCIONES MAS LIGERAS,
MAS RESISTENTES Y MAS DURADERAS

TRES ARQUITECTOS ESPAÑOLES EN
VANGUARDIA DE LA NUEVA TECNICA